Edgar Wallace

La cuarta plaga

Comentario [LT1]:

Prólogo

Al sur de Florencia, a unas sesenta millas y a una distancia de casi tres veces igual del oeste de Roma sobre tres colinas, está enclavada Siena, la más uniforme de todas las ciudades de Toscana.
En el Terzo de Cittá, ignoro en qué región, está el palacio Festini.
Se encuentra en un lugar apartado; es de magnificencia suntuosa al par que solemne, y como data de la época del contiguo Baptisterio de San Giovanni, viene a ser como un resto desmoronado y severo de aquel sagrado edificio, que en un gesto de rebeldía ha querido subsistir para ir destruyéndose a su placer.
Aquí, con una grandeza ruin, moraban los Festini, quienes se decían ser descendientes nada menos que de Guido Novello, del cual escribió Compagni, el archiapologista: ““El conte Guido non aspettó il fine, una senza dare colpo di spada, si parti”” (1).
Los Festini eran una familia cuyo nombre oía la nobleza italiana con expresión imperturbable. Si optabais por alabarlos, se produciría un asentimiento cortés, o si los condenabais, seríais oídos en silencio; pero si inquiríais respecto a su situación jerárquica, podéis tener la seguridad que, desde Roma hasta Milán, vuestra pregunta tropezaría con un inmediato, cuando no invariable, cambio de tema.
Los Festini, cualesquiera que fuesen sus relaciones con Guido “el Cobarde”, en realidad llevaban a cabo los procedimientos de los Polomei, los Salvani, los Ponzi, los Piccolomino y los Forteguerri.
Las venganzas de la Edad Media revivieron y fueron mantenidas por estos productos de la civilización del siglo Xix, y el viejo Salvani Fes (1) “El conde Guido no esperó al final; pero sin dar una estocada, fuese.”tini es bien notorio que había sobrepasado el límite prescrito para los agravios de su propia familia y se había aliado, ya activamente o por simpatía, con toda sociedad que amenazase al buen gobierno de Italia.
Era una tarde calurosa del mes de junio del año ...99, cuando un hombre y dos mozalbetes se sentaron a la mesa, a las doce de aquel día, en el sombrío comedor del palacio.
El hombre, que ocupaba la cabecera de la mesa, era, a pesar de sus años, de espalda ancha y de aparente vitalidad; una cabeza leonina cubierta por una crin de pelo gris hubiese bastado para distinguirle, sin ser preciso para ello aquella gran barba que cubría su chaleco de terciopelo negro.

No obstante, a pesar de su aspecto patriarcal, había algo en su rostro blanco y arrugado, en los ojos fríos, que miraban insolentemente por debajo de sus cejas peludas: algo que era siniestro y amenazador.
Comía en silencio y apenas se preocupaba de contestar a las preguntas que se le hacían.
El muchacho que estaba a su derecha era un apuesto chaval de diecisiete años; de complexión marfileña y de rasgos perfectos, bien definidos y de patricio, que caracterizan a la nobleza italiana. Sus ojos marrones, brillantes; su boca delicada, su barba casi afeminada, daban testimonio de la raza de la que había surgido.
El joven que se sentaba enfrente tenía cuatro años más. Estaba en el momento de la transición de joven a hombre, lo que era de fatales consecuencias para los rasgos de su fisonomía. Era de aspecto delgado, de mandíbulas hundidas, y solamente la tranquilidad de sus ojos sepulcrales le salvaba de una positiva fealdad.
—Pero, padre –preguntó el mozalbete más joven–, ¿qué le hace suponer que el Gobierno sospecha que está usted en antecedentes acerca de la Mano Roja?
El mozalbete mayor no dijo nada, pero sus ojos escudriñadores estaban fijos en su padre.
Salvani Festini volvió sobre sí mismo de un sobresalto.
—¿Cómo? –preguntó.
Su voz era áspera, pero sin maldad, cuando se dirigió al muchacho; y el resplandor de un orgullo inconsciente, que brillaba en sus ojos al mirar al jovenzuelo, dulcificó la expresión repulsiva de su cara.
—Estoy muy bien informado, hijo mío –dijo, refunfuñando gentilmente–.
Sabes que tenemos una información excelente, Los carabinieri están prosiguiendo sus investigaciones, y ese infernal amigo tuyo –se volvió hacia el hijo mayor– está a la cabeza de los inquisidores.
El jovenzuelo aludido sonrió.
—¿De quién se trata? –preguntó, con aire inocente.
El viejo lanzó una mirada de desconfianza a su hijo.
—Tillizini –dijo con sequedad–.
Ese viejo mentecato, ¿por qué no se dedica a sus libros y a sus lecturas?
—Ha sido muy bueno para mí –dijo el más joven. Hablaba meditativamente y con reflexión–. Siento que le haya molestado, padre; pero es cosa de él la investigación del crimen.
—¡Crimen! –bramó el viejo–. ¿Cómo te atreves tú, un hijo mío, que se sienta a mi mesa, a considerar los actos de la Mano Roja como un crimen?
Su rostro enrojeció de rabia y lanzó una mirada de odio a su heredero, que, ciertamente, hubiera conmovido a un hombre de mayor susceptibilidad.
Pero Antonio Festini estaba acostumbrado a estos espectáculos. Ni estaba molesto ni alterado por esta demostración reciente del descontento de su padre. Conocía, y no le agraviaba, el favoritismo demostrado hacia Simón, su hermano. Esto no contribuía a que quisiese menos a su hermano o a que le desagradase más su padre.
Antonio Festini tenía muchas cualidades que los hombres de su país no poseen generalmente. Esa presencia de ánimo, flemática y filosófica había nacido con él. Algún remoto ascendiente, frío, osado, posiblemente con algo de sangre aún más fría entre sus antecesores, había transmitido a este joven pausado algo del poder de imperturbabilidad.
Sabía que su padre odiaba al viejo profesor de Antropología de Florencia, ya que los Festini, aun en la época actual, conservaban el espíritu de antagonismo que los sieneses de hace quinientos años sentían por los florentinos, Había bastantes escuelas en Siena; un colegio que era famoso por sus abogados y doctores.
Simón estaba graduándose allí, y lo que era suficientemente bueno para Simón, con seguridad había de serlo también para Antonio.

Pero el hijo mayor había elegido a Florencia con ese propósito deliberado que siempre había constituído una condición en él peculiar, aun desde su más tierna infancia, y frente a toda oposición y a despecho de todas las tradiciones de los Festini, a Florencia es donde fué a parar.
Tillizini, ese hombre de ciencia notable, sintió amistad por el muchacho, lo tomó bajo su protección y lo adiestró en su propio destino, ruta irregular e inconsecuente.
Tillizini era un maestro del crimen, y poseía un conocimiento enciclopédico de los hombres. Estaba al tanto de los secretos de la Policía desde un extremo a otro de Italia, y, según rumores, los Gobiernos de otras naciones le ajustaban para ciertos fines, previo pago por anticipado.
Fué Tillizini quien se consagró personalmente a la tarea de aniquilar la Mano Roja, que durante tantos años había sembrado el terror en el sur de Italia y que ahora extendía su esfera de acción hacia el norte.
Y era un hecho odioso el que su trabajo hubiese sido coronado por el éxito. Sus investigaciones Habían llegado hasta los mismos talones, nada menos, que de una persona tan destacada como Mateo de Orsini, el abogado romano, que durante tantos años había dirigido las operaciones de una de las más poderosas secciones de la Mano Roja.
En el pecho del viejo latía algo semejante al miedo; aunque era un Festini demasiado auténtico para darlo a conocer, y fué el temor lo que hizo fermentar su furia.
—Oirás distintas versiones respecto a ese Tillizini –gruñó–. Fíjate en esto, Antonio. Algún día lo hallarás muerto, con un cuchillo clavado en el corazón, la garganta seccionada o una bala alojada en su cabeza, ¿quién sabe? La Mano Roja no es una sociedad de recreo.
Miró detenida y fijamente a su hijo.
Simón reclinóse, sus codos sobre la mesa, descansando la barba sobre las manos, y contempló a su hermano con indiferente interés.
—¿Qué sabe de mí Tillizini? –preguntó el viejo súbitamente–. ¿Qué le has contado tú?
Antonio sonrió.
—Padre, eso es una pregunta absurda –dijo–. ¿Cómo puede imaginar que yo le hable al señor Tillizini de usted?
—¿Por qué no? –dijo el otro ásperamente–. Conozco tu casta. Tú tienes algo de tu madre. ¡Esos Bonnichi, que venderían a sus esposas por cien liras!
Ni la referencia que se había hecho a su madre consiguió enfurecer al joven. Estaba sentado, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de montar, la cabeza un poco inclinada hacia adelante, mirando a su padre con firmeza, con curiosidad y observándole.
Durante algunos minutos tuvieron la vista clavada el uno en el otro, y el muchacho, que estaba al otro lado de la mesa, disgustadamente paseaba la vista del padre al hijo y del hijo al padre.
Por fin, el viejo apartó los ojos con un encogimiento de hombros, y Antonio apoyóse sobre la mesa, cogió dos granos de uva de una fuente de plata que había en el centro, con mano que ni el disgusto ni el temor hacían temblar en manera alguna.
El viejo se volvió hacia su favorito.
—Puedes esperar que vengan aquí los alguaciles hoy o mañana –dijo–.
Habrá búsqueda de papeles. Una serie de sucios napolitanos estará revolviendo toda la casa. Supongo que desearías que invitase a comer a tu amigo Tillizini –dijo, volviéndose hacia el otro con un poquitín de mofa.
—En cuanto a eso, puedes hacer lo que te plazca, padre; mucho me agradará que le invites.
—Ya lo creo que te agradará –gruñó el viejo. Si tuviese la seguridad que ese perro viejo había de atragantarse, le invitaría. Conozco a tu Tillizini –dijo con dureza–. Paulo Tillizini –rió, pero en su risa no había chanza alguna.

Antonio se levantó de la mesa, plegó su servilleta en forma de cuadro y la puso cuidadosamente entre las dos copas venecianas que estaban frente a él.
—¿Me das tu permiso para retirarme? –dijo con un ligero y ceremonioso ademán.
Una inclinación de cabeza fué la única contestación.
Con otra pequeña reverencia para su hermano, el joven salió de la habitación. Caminaba a través del enlosado y sombrío "hall" hacia la pesada puerta del palacio.
Un criado con una librea completamente raída abrió la puerta, y Antonio se encontró ante aquel sol deslumbrante. El calor que subía de la calle pavimentada le azotó como si proviniese de un horno de fundición.
No tenía proyecto alguno para pasar la tarde, pero deseaba evitar cualquier nuevo conflicto con su padre, y si bien él personalmente no aprobaba la asociación que su casa había constituido con muchas bandas de desesperados y delincuentes que tiranizaban a Italia, anhelaba encontrar un procedimiento por medio del cual el inevitable peligro y la desgracia pudiesen impedirse.
No se trataba de una cuestión de sentimiento, por lo que a él se refería. Había llegado a un estado en que había de considerar no sólo a su padre, sino también a su hermano menor –tan presto a ayudar y tan deseoso de que llegase el día en que pudiese tomar parte activa en las operaciones de la Liga– como personas fuera del reino de sus afecciones.
Era natural que dirigiese sus pasos hacia la Piazza del Campo Todo Siena era lógico que se trasladase a aquella explanada en forma de abanico, con su pavimento de ladrillos como espinas de arenque, y su asociación imperecedera a los procesos y triunfos de Siena.
Allí estaba en el empedrado ancho y central que marca la dirección del Pallio, sumido en sus pensamientos y ajeno a tantas miradas curiosas como se le dirigían. Pues, pese al calor del día, toda Siena estaba en la calle.
Si no hubiese estado tan abstraído en sus ideas, hubiese mirado como un hecho curioso el que los sieneses, que consagran esta hora para la siesta, se hubiesen apiñado en tal forma en la calle y en la plaza una calurosa tarde del mes de junio.
Encontrándose allí, absorto por sus cavilaciones, oyó que detrás de él pronunciaban su nombre cariñosamente, y se volvió.
Con una sonrisa despojose de su sombrero de suave fieltro y tendió la mano.
—No esperaba verle a usted, señor Tillizini –dijo.
El placer del encuentro fué, no obstante, nublado un segundo después, cuando pudo comprobar con recelo que la visita del viejo profesor no se hallaba desprovista de un sombrío significado para su casa.
Tomó el brazo de su alumno, y a paso lento le condujo a través de la plaza.
En aquel entonces, el profesor Tillizini tenía ochenta años. Tan tieso como un cadáver, su fisonomía ascética y flaca tenía como atenuante dos ojos ardientes, en los que el alma de un hombre palpitaba y vivía.
—Antonio mío –dijo con un tono grave–. He venido porque el Gobierno desea ciertos datos. Tú sabes, aunque yo no te lo haya dicho, que estamos haciendo averiguaciones respecto a una determinada organización.
Posó su mano, fina y blanca, sobre el hombro de su acompañante y paróse, indagando en la cara del muchacho con atención sutil.
—Antonio –dijo lentamente–, esta investigación tiene como objetivo tu padre y sus hechos.
El otro asintió.
—Lo sé –dijo simplemente.
—Celebro que lo sepas –dijo Tillizini con un suspiro tranquilizador– Esto me ha molestado bastante.
Hace tiempo que quería comunicarte que una investigación de tal índole era inevitable; pero no creía que cumplía con mi deber para con el Estado si yo facilitaba tal información.

Antonio sonrió con algo de tristeza.
—No importa, señor –dijo–; después de todo, mi padre no lo ignora y está esperando a usted.
Tillizini asintió.
—También esperaba yo esto –dijo–, o mejor, si he de ser franco, suponía que sucedería, ya que policía aguardado es policía derrotado –dijo, sonriendo.
luego anduvieron en silencio un pequeño trecho.
—En su opinión, ¿tiene usted el pleno convencimiento de que mi padre está entremetido en todos estos desafueros? preguntó Antonio.
El viejo le miró fijamente.
—¿No lo estás tú también? –inquirió.
El heredero de los Festini no respondió. Como por mutuo acuerdo cambiaron de tema y hablaron de otros asuntos.
El viejo estaba aguardando la llegada de los funcionarios de la Policía; Antonio había adivinado esto suficientemente.
Hablaron del Colegio de Florencia y de amigos de ambos.
Entonces, con escalonamiento preconcebido y fácil, el profesor fuese acercando a su tema favorito, el tema de su vida de trabajo.
—Es tristísimo, ¿no es cierto?
–dijo–, que habiendo llegado tan lejos, el buen Dios no quiera concederme otros cien años de vida.
Sonrió y se encogió de hombros.
—Al fin de cuyo plazo pediría otros cien –exclamó filosóficamente–.
Quizá sea también mejor que no podamos satisfacer nuestros deseos. Me hubiera dado por muy satisfecho –continuó– si hubiese tenido un hijo que continuase mi obra. De nuevo me contradigo. Admito –dijo, con esa inocencia que constituía su encanto– que en mi vida ni siquiera he elegido una esposa para mí. Fué esto una imprevisión que pago ahora.
Se detuvo, ya que, balanceándose y atravesando la Piazza del Campo, venía un oficial alto, con uniforme de carabinieri; Antonio Festini, instintivamente, se apartó del lado de su maestro.
Hablaron ambos, y poco a poco, con una pequeña inclinación de despedida y una sombra pasajera de conmiseración en sus ojos, Tillizini acompañó a aquel oficial alto en dirección del palacio Festini.
Antonio le observó hasta que se hubo perdido de vista. Con las manos atrás y la cabeza inclinada sobre el pecho, reanudó los pasos que, sin objeto alguno, había recorrido por la plaza arriba y abajo.
Tillizini acompañó al alto oficial al palacio Festini. Tiró de la mohosa campana que colgaba del lado de la inmensa puerta, y fué recibido.
Se le condujo con toda ceremonia que su indiscutible rango demandaba (¿no iba acompañado de un oficial de carabinieri, que le trataba con gran deferencia?) hasta el gran salón de los Festini.
Era una estancia desabrigada y sin adornos. Los antiguos esplendores de las pinturas del techo estaban ahora opacos y descoloridos; el suelo, pavimentado con mármol, aparecía resquebrajado en algunos sitios y nada se había hecho para repararlo. Las pocas sillas y la finesa francesa, que habían sido arrimadas contra la pared, parecían perdidas en la soledad de este mármol helado.
A los pocos instantes entró el conde Festini. Iba aún vestido con su chaqueta y chaleco de terciopelo, botas y pantalones de montar, prendas que él y su hijo lucían invariablemente, ya que eran muy buenos jinetes, y éste era el único gusto en que ambos congeniaban.
Honró a Tillizini con una inclinación de cabeza, a la que correspondió el profesor.

—Estoy a la disposición de Su Excelencia –dijo solemnemente, y aguardó.
—Conde Festini –dijo Tillizini–, he venido con una misión desagradable.
—Es de lamentar –dijo el conde Festini brevemente.
—Es mi deber rogarle me permita dirigir el examen personal de sus papeles.
—No sólo es desagradable, sino ultrajante –dijo Festini, pero sin dar las señales de disgusto que esperaba el oficial de carabinieri, mientras con sus dedos tiraba nerviosamente del silbato con el que convocaba a sus hombres.
—No es mi deseo –continuó Tillizini hacer a Su Excelencia esta visita más desagradable de lo que sea preciso; por lo tanto, le ruego me considere como un amigo que desea que su nombre quede al abrigo de ciertas calumnias, las que...
—Puede usted privarme de sus discursos –dijo secamente el conde Festini–. Le conozco, Paulo Tillizini.
Creí que era usted un caballero, y le confié la educación de mi hijo. Me encuentro con que es usted un policía.
En la actualidad –hizo un encogimiento de hombros–, la nobleza italiana (y si la memoria no me es infiel, usted desciende de la casa de los Buonsignori...).
Tillizini hizo una inclinación.
—En la actualidad –continuó Festini– es preciso, supongo yo, para nuestra decadente nobleza, hallar los medios de facilitar –proporciones para sus hijas casaderas.
—En mi caso –dijo Tillizini– es innecesario.
Hablaba suave y pausadamente; cualquier palabra que el conde Festini hubiese pronunciado era, en el código que ambos comprendían, un insulto mortal. Tillizini reflejaba exteriormente el mismo aspecto de indiferencia que Festini había visto reproducido en su hijo de forma tan desastrosa.
—Únicamente puedo añadir –continuó el viejo– este solo argumento: que cualesquiera que sean los abismos en que un miembro de una casa noble pueda sumirse al prestar ayuda al Estado para ejercer la justicia sobre los hombres que se están mofando de las leyes del país, es posible, señor, para un hombre hundirse aún mucho más y ser uno de esos cuyos actos reprobables y cuyas prácticas crueles pongan en movimiento el mecanismo de la Ley.
Hablaba en tono desapasionado e imperturbable, y un rojo bochorno tiñó las mejillas del conde.
—Pueden ustedes buscar cuanto deseen –dijo–. Mi casa está a su disposición. He aquí mis llaves.
Sacó del bolsillo un llavero, del que pendían una docena de llaves.
Tillizini no hizo ademán alguno para cogerlas.
—Si quiere usted acompañarme a su dormitorio –dijo–, no le molestaré con ninguna otra pesquisa.
El conde Festini dudó solamente un segundo. Una nube de recelos cruzó por su rostro. Después de hacer una ligera inclinación, con la mano señaló la puerta.
Los siguió hasta el “hall” y fué delante escaleras arriba. Su cuarto era grande y daba a la calle. Estaba tan pobremente amueblado como el resto de la casa.
Tillizini cerró la puerta tras él y el oficial quedó interceptando toda salida.
—Aquí están mis llaves –otra vez el conde Festini ofreció el pulimentado manojo.
—Gracias, no las quiero –dijo Tillizini. Estaba perfectamente situado frente al hombre–. Creo es conveniente, conde –dijo con amabilidad–, que le comunique lo que sé. Hace cuatro días fué detenido un sujeto en el momento de colocar una bomba en la línea del ferrocarril de Roma a Florencia. Al parecer, se trataba de un nuevo reclutado; pero después, de su detención se supo que era una persona que ocupaba un alto puesto en los Consejos de la sucursal de Florencia de su preeminente sociedad.
Festini no dijo nada. Escuchaba con el máximo interés.

—En cierto modo –continuó Tillizini–, este hombre ha descubierto muchos secretos, los que estoy seguro no tiene intención de revelar la Mano Roja. Probablemente habrá actuado como secretario de uno de los dirigentes de su Orden. Sea de ello lo que quiera, sabía que los documentos comprometedores para usted y para gran cantidad de personas influyentes de Italia estaban secretamente ocultos en esta casa.
—¡Realmente! –dijo Festini con frialdad–. Usted tiene las llaves; puede comprobar por sí mismo la verdad de lo manifestado por su informante.
De nuevo Tillizini no hizo ademán alguno para coger las llaves.
—Sabía más de cuanto yo he manifestado –dijo con calma–. Me indicó un escondite que presumo es conocido sólo de usted y de los cabecillas de su banda.
Se dirigió hacia el final de la habitación, donde cuatro grandes ventanas daban luz a la estancia. Entre la segunda y la tercera pendía un cuadro con marco de oro viejo. Pasó su mano escrupulosamente sobre el adorno del lado izquierdo del marco.
Luego halló lo que buscaba, y apretó.
La porción inferior del suntuoso tallado se abrió, surgiendo un cajón estrecho.
Festini le observaba imperturbable, cuando cogió un manojo de papeles del escondrijo secreto que estaba detrás de la moldura del gozne.
Acercándose a la ventana, Tillizini los examinó brevemente, y con todo cuidado los metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Miraba a Festini con insistencia; pero antes que pudiese hablar, se abrió la puerta y Simón Festini penetró apresuradamente.
Se dirigió hacia su padre.
—¿Qué pasa? –preguntó, mirando al viejo profesor y frunciendo coléricamente las cejas,
—No es nada, hijo mío –dijo el conde Festini.
Pasó su mano sobre la cabeza del muchacho, y sonrió.
—Debes bajar hasta que yo haya terminado mis asuntos con Su Excelencia.
El muchacho dudaba.
—¿Por qué he de marcharme? –preguntó.
Presentía el peligro y le era difícil alejarse. Miró a su alrededor, a uno y a otro, alerta, receloso, lo mismo que un gato.
—Si algo me sucediese, Simón –dijo el conde Festini con dulzura–, te suplico creas que me he preocupado de ti con todo esmero y he previsto algo que es lo más grande que puedo ofrecerte: la protección y la amistad, y, como espero, algún día la dirección de algunos camaradas que te servirán bien. Y ahora debes marcharte.
Inclinóse y besó al joven en la mejilla.
Simón retiróse, con la mirada taciturna, pero dándose perfecta cuenta de todo. Abajo, en el "hall", se encontró frente a frente con su hermano, –que había vuelto de la "Piazza".
–Ven aquí, Antonio –dijo el muchacho con gravedad.
Se dirigió primero al comedor, donde hacía una hora habían estado juntos en el momento de la comida.
—Creo que nuestro padre ha sido arrestado –dijo, aun con frialdad, como si estuviese examinando un hecho corriente–. Creo también saber lo que sucederá después. Ahora te pregunto: ¿qué camino tomas si yo me hago cargo de la labor de mi padre?
Sus ojos brillaban con exaltación contenida; súbitamente se había convertido en un hombre, con ese rápido conocimiento de la inminente responsabilidad.
Antonio miróle con tristeza.
—Yo sigo el camino recto, Simón –dijo pausadamente–. Cualquier camino que sea honrado, limpio y bueno, ése es el que yo sigo.
—Bueno –dijo el otro–. Entonces ahora mismo nos separamos, a menos que Dios obre un milagro; tú a tu destino y yo al mío.

Detúvose y quedóse mortalmente blanco, y mirándole Antonio, vió las huellas de la fatiga en sus sienes.
—¿Qué ocurre? –preguntó, y fué a colocarse a su lado; pero el muchacho le apartó.
—No es nada –dijo–, nada.
Se mantenía tiesamente erguido, alzada la hermosa faz, y sus ojos fijos en los descoloridos adornos del techo.
Cuando oyó el tiro de pistola, algo apagado por las puertas intermedias y por los muros espesos, esto le indicó el final del conde Festini.
Tillizini bajaba corriendo para revelarle la noticia, y se lo encontró plenamente preparado.
—Muchas gracias, Excelencia –dijo el muchacho–. Lo sabía. Su Excelencia no vivirá para ver el resultado de su obra, porque es un viejo; pero si viviese, contemplaría la venganza que por este crimen haré surgir del centro de la tierra, porque yo soy muy joven y, por merced divina, tengo muchos años por delante.
Tillizini no dijo nada; pero, entristecido, regresó a Florencia.
Tres meses después visitó de nuevo Siena, y en la Vía Cavour, en pleno día, fué tiroteado por dos enmascarados, que tuvieron la fortuna de escapar; y en su cátedra, en el Colegio de Antropología, de Florencia allí reinó prematuramente, Tillizini el más joven.

Capítulo primero

Sir Ralph emite su fallo

Era absurdo denominar a este asunto el proceso de la Mano Roja, por cuanto la Mano Roja no había tomado parte alguna en este hecho en lo que con el robo tenía relación.
Se trataba de un robo vulgar, en el que se hallaba enfrascado un miembro muy conocido, amén de humilde, de la comunidad de Burboro. Se le encontró en una casa en las primeras horas de la mañana, dió una explicación incoherente al avispado mayordomo, que lo capturó, y, aparte del galimatías de un cuento que algún misterioso italiano le había preparado “ad hoc”, no aparecía rastro alguno de los manejos de la extraordinaria asociación que de momento conmovía a los leguleyos de Inglaterra.
Era igualmente absurdo y burdamente descortés acusar a los periódicos que hacían referencia al asunto como el “caso de la Mano Roja”, de un afán de sensación injustificado. Después de todo, se hablaba de un italiano mezclado en este robo, lo que en tales días de pánico era suficiente para justificar la noticia.
La Sala de justicia estaba muy concurrida, puesto que el caso había despertado un interés nada corriente.
Todo el condado se había reunido en aquel lugar. Lady Morte–Mannery tenía asiento en el Tribunal, como era su derecho. Casi todo East Mannery se había trasladado allí, y los asistentes ocupaban puestos elegidos, no sin las consabidas molestias para los estrados y para los representantes de la Prensa; estos últimos, a regañadientes e indignados, soportaban esta usurpación de sus dominios, ya harto reducidos.
Pero Sir Ralph Monte–Mannery, el presidente del Tribunal, no temía a la crítica y opinaba, aunque muchas veces en la práctica se apartase de la teoría, que de la Prensa se podía prescindir, debiendo darle la sensación de que no tiene valor alguno.
Los periodistas de la Sala de Justicia de Burboro estaban sometidos constantemente a ese misterioso proceso que se conoce con el nombre de “ser colocado en tu sitio”. Con toda su

alma deseaban que ese sistema se pusiese ahora en práctica, ya que sus plazas estaban ocupadas por los invitados del presidente.
Hilary George, K, C.(1), estaba sentado con sus colegas, pero actuaba sólo de espectador. Era curioso ver en funciones la labor de la justicia, como Sir Ralph la concebía.
Las sentencias de Sir Ralph se conocían mucho antes de pasar a la revisión de sus fallos. Era quizá el hombre más odiado de todo el país.
Las madres atemorizaban a sus hijos traviesos hablándoles de Sir Ralph.
Era el espantajo de los cazadores

(1) Abreviatura inglesa de Knight Commander: Caballero Comendador.
(N. del T) furtivos, un fantasma moral para los vagos, para los que dormían al sereno y para todos aquellos que fuesen de condición igualmente peligrosa.
Un hombre pequeño, mezquino y huesudo; sus vestidos, aunque estaban flamantes, parecían como si se los hubiera colgado; de cara larga, pálida y tétrica; con un gesto fúnebre en aquellos labios, que parecían prendidos a cada una de las comisaras. Un par de lentes de oro se juntaban en ángulo sobre aquella nariz de péndulo, como para dar a entender que estaban colocados de tal guisa con objeto de no impedir la visual. Tenía el pelo fino, y blanco. A cada lado de la cara, dos patillas, que eran dos mechones grises y sucios; y lucía el cuello de Gladstone (1). Cuando hablaba, su voz era quejumbrosa y revelaba un tono de querella; daba la impresión de que tenía un resentimiento personal

(1) Gladstone, político inglés, fué el primero que en su país usó el cuello de una sola tira, con puntas dobladas, similar al cuello llamado en España “de pajarita”. (N. del T.) con el infeliz procesado que ocupaba el banquillo, por haberse permitido sacarle de su confortable biblioteca y traerle a este Tribunal tan pésimamente aireado.
Sir Ralph era hombre que frisaba en los sesenta años. Su mujer, que estaba encantadora, con su capa negra y su gran sombrero del mismo color, en el que lucía una pluma blanca, tenía treinta años menos. Una mujer hermosa en toda la extensión de la palabra.
De porte juvenil, imperioso y autoritario; sus labios, en silencio, eran rectos y delgados, y, a decir verdad, algo repulsivos. Muchos eran de igual opinión. Hilary George, uno de ellos, osado jinete en las cacerías con sabuesos y muy dado a emplear la fraseología propia del campo, confesaba que nunca Había visto aquella boca cerrada, pero una voz interior le hacía esta advertencia: “¡Ojo! ¡Ojo!” Era una mujer hermosa y una mujer desengañada. Cinco años antes se había casado con Sir Ralph, creyendo, con suprema fe, que esto la libertaba para siempre de aquella atmósfera de pobreza con que se vió rodeada su adolescencia; creyendo haber dicho “adiós” a los esfuerzos, a las escaseces y a la fingida cursilería en que la había sumido una madre con aspiraciones dentro de la sociedad y con una renta anual de ciento cincuenta libras esterlinas.
Pero Vera Forsyth se encontró con que había salido de un ambiente de pobreza impulsada por las circunstancias, metiéndose en una atmósfera en la que el amor constituía también una pobreza. Sir Ralph era un hombre ruin; le faltaba un ápice para ser un miserable, y tenía la firme convicción de que, preocupándose de los peniques, estaba llamado a ser, por derecho divino, el heredero natural de muchos cientos de miles.
A ella, durante el primer año de matrimonio, le pareció que nunca podría desprenderse del libro de cuentas. Era un verdadero fanático en cuanto al inventario doméstico. Estaba al tanto, mejor que ella, del precio corriente de las patatas, y tomaba nota, con verdadero pesar, de cualquier aumento en la factura del colmado, y se imponía a sí mismo la simpática misión de averiguar el motivo de tan crecido desembolso.

Ahora miraba con curiosidad al Tribunal donde estaba su marido; esto constituía siempre para ella un motivo de interés, del que precisaba para soportar las relaciones cotidianas con aquel hombre.
En aquel momento él estaba haciendo el resumen con burda parcialidad.
Aunque del Tribunal de Apelación de lo Criminal había recibido uno o dos buenos rapapolvos, no tenía la intención de apartarse de su deliberado propósito, que era el de limpiar el país de todos aquellos que tienen una mareada inclinación a no comprender la diferencia entre “mío” y tuyo”.
Los que estaban al tanto de los hechos comprendían que el resumen era del peor gusto. Al joven, blanco de cara, que estaba en el borde del banquillo y que con sus manos convulsas agarraba y soltaba la barandilla de hierro que tenía delante de él, se le estaba juzgando por el delito de robo con escalo, y éste se había cometido en la misma casa de Sir Ralph.
—Os ha dicho, señores del Jurado –continuó Sir Ralph en su discurso–, que un misterioso italiano le pidió que penetrase en la casa, donde alguien se hallaría esperando para entregarle un paquete igualmente misterioso. No tenía la intención de robar, así os lo dice; se limitaba únicamente a cumplir las instrucciones de este imaginario; quizá no debería yo decir “imaginario” –exclamó con viveza Sir Ralph, haciendo alusión a los comentarios que sobre un juicio suyo había hecho un presidente del Tribunal Supremo–, pero que a vosotros, señores del Jurado, puede parecer una persona imaginaria. Os dice que su pobreza le indujo a ir a Highlam a medianoche para penetrar por la cocina y esperar allí a que un individuo con caspa y antifaz le entregase un paquete que él había de sacar. Os dice que no tenía ni la menor intención de robar al propietario. Era sólo el cómplice de una persona de dentro de la casa.
Sir Ralph echóse hacia atrás con una sonrisita de satisfacción.
—Bien, señores del Jurado –dijo, extendiendo sus manos con una seudobondad–, si vosotros creéis esto, desde luego debéis condenarle por el delito de complicidad. Como sabéis, hay en esa casa una colección muy valiosa de joyas del Renacimiento, y cuando el Consejo, que en este asunto actuaba sólo como tal Consejo, afirma que la deducción que hay que inferir de la presencia del hombre en la cocina, donde el despensero lo descubrió, es la de que pretendía apoderarse de tales joyas, tenéis quizá la misma justificación para creer esta sugerencia que, para dar crédito a la del prisionero del Consejo, que en este asunto actuaba sólo como un agente inocente.
Dijo unas cuantas palabras más, resumió las que como prueba no había incluído en su anterior alegato e invitó al Jurado a que deliberase con el aire de benevolencia con que siempre revestía la peroración de sus discursos más maliciosos.
Pesadamente retiróse el Jurado, y un zumbido de conversaciones invadió toda la sala. El procesado se reclinó un poco sobre la barandilla; miraba la fisonomía delicada de su mujer–niña, aquella mujer de diecisiete años que había seguido el proceso en tensión y ojerosa, escuchando la prueba.
—No podía evitarse, querida –dijo.
Era un hombre de la clase trabajadora, pero su voz revelaba una cultura desusada.
La muchacha pudo únicamente dirigirle una mirada piadosa; sus labios temblorosos no podían formular respuesta alguna. Sabía que su joven marido había dicho la verdad; la pobreza los había conducido hasta la desesperación; pero, cualquiera que hubiese sido el límite a que los hubiese llevado, nunca habría hecho de su hombre un ladrón.
A los cinco minutos regresó el Jurado. Se acomodaron en sus puestos y respondieron a sus nombres, manteniendo la vista apartada del procesado.
El secretario del Jurado les formuló sus preguntas:
—¿Consideran ustedes al procesado “culpable” o “no culpable” del delito de robo con escalo?

—Culpable– dijo el presidente del Jurado en voz alta y nerviosa.
Sir Ralph inclinó la cabeza en sentido de aprobación. Volvióse hacia el encartado, mientras el secretario decía:
—¿Tiene usted algo que alegar antes que la sentencia sea aprobada?
El procesado lanzó una rápida mirada hacia el rostro abatido de su mujer, que se había desmayado, y a la que un buen policía recogió para sacarla de la sala.
—El relato que he hecho –dijo, hablando con claridad y sin vacilación– es un relato verídico. Yo no tenía la intención de robar la casa de usted, Sir Ralph. Fuí allí únicamente, porque creía que actuaba como agente de alguien que llevaba a cabo una especie de... –dudó–, no me atrevo a decirlo..., una especie de intriga –continuó audazmente–, y que no quería que este hecho se trasluciese.
Sus ojos vagaron por todo el Tribunal y se detuvieron al tropezar con los de Lady Morte–Mannery. Se miraban mutuamente: ella con calma, sin curiosidad alguna; él con esperanza, con mirada fija, anhelante, inquisitiva.
—Es mi primer delito –continuó–.
Nunca me he encontrado en una situación semejante; y, aunque el Jurado me haya considerado "culpable", espero, señor, juzgue usted benévolamente ese delito, no sólo en obsequio a mí, sino en atención a mi mujer y a mi hijo, que no ha nacido todavía.
Su voz tembló un poco mientras se disculpaba. Fué la única muestra que dió de emoción.
Sir Ralph asintió nuevamente. Fué una inclinación de cabeza bastante lúgubre. Concedió una pausa al discurso del procesado. El presidente se ajustó los lentes, inclinándose a derecha e izquierda para consultar a sus colegas.
—Su delito, George Mansinghaam –dijo–, me repugna profundamente. No tomo en consideración el hecho de que la casa robada fuese la mía. Afortunadamente, me hallo desprovisto de prejuicios personales, y la circunstancia de que yo hubiese salido aquella noche me permite juzgar este caso con absoluta imparcialidad.
Con aire pensativo miró el papel que tenía encima del pupitre.
De pronto levantó la cabeza.
—Estará usted en trabajos forzados durante siete años –dijo.
Algo parecido a una convulsión se dejó sentir en toda la sala. Hilary George, calado su monóculo y a medio levantar, dejóse caer de nuevo.
El procesado se hallaba aturdido.
—¡Siete años! –repitió, y dejó caer la cabeza como si no acertase a comprenderlo. Volvióse entonces y bajó las escaleras que conducían a los calabozos inferiores.
Hilary George era un hombre robusto; de fisonomía larga y fresca y ojos que retrataban plenamente su inmensa vitalidad y la alegría de vivir. Mirándole, se le creería un muchacho grandullón, y el monóculo, como había observado un amigo, parecía fuera de lugar para una persona tan joven. Tenía una gran práctica en el Foro; era un abogado habilidoso y un brillante polemista.
Con sus labios separados, que mostraban dos hileras de dientes completamente blancos, y esa mirada de sorpresa y placer que brillaba en sus ojos, hubierais creído que era un hombre fácil de manejar. Pero todo aquel que alguna vez había intentado persuadir a Hilary George de algo contrario a su voluntad, no repetía la suerte.
Veíasele ahora, con una cara inmaculada, en los escalones de la Sala de Justicia. No sonreía, y estaba todo lo grave que la configuración de su rostro le permitía. Con mucha calma y muy deliberadamente, abotonóse los guantes blancos que cubrían sus manos inmensas. Miró al reloj, y mientras hacía esto, llegaron los de East Mannery, precedidos algo por Lady Morte–Mannery, siguiéndoles Sir Ralph con dos o tres invitados.
–¿Viene usted con nosotros en el auto o tornará usted el carricoche?
–preguntó Sir Ralph amablemente.

Tenía algo de miedo al famoso abogado –idéntico miedo que podía tener de cualquiera–, y revestía siempre su malestar de cierto floreo de modales que, al tratarse de Sir Ralph, se tomaban por buen humor.
—No los acompaño, Ralph –dijo tranquilamente.
—¿No viene? –repitió–. ¿Qué quiere usted decir?
—Vuelvo a la ciudad –dijo Hilary con igual calma que antes.
—Pero ¿por qué? ¿Qué ha sucedido?
Creía que tenía usted ganas de cazar.
—Preferiría no decir por qué –dijo Hilary–. Si tiene usted la bondad de decirle a mi criado que lleve mis maletas a la estación... Me distraeré en Burboro una hora más.
—Pero ¿cuál es el motivo? –insistió Sir Ralph–. ¿Ha recibido usted alguna noticia? ¿Es preciso que regrese usted a la ciudad?
Hilary rascóse la mejilla pensativamente.
—Le diré a usted –dijo, y miró al otro fijamente–. Usted ha condenado a un hombre a siete años de trabajos forzados.
—¿Sí? –replicó Sir Ralph con admiración.
—Ha sido una sentencia perfectamente bestial –dijo el Caballero Comendador, y cada palabra cortaba como un cuchillo–. Una sentencia perfectamente bestial, maliciosa, vengativa e injusta –repitió–, y no permaneceré ni una hora más en la casa del hombre que la ha aprobado. Aún hay más –dijo, en un acceso de fiereza y de benévola maldad, valga la paradoja, que casi paralizó al que la oía–. No pararé hasta que esa sentencia sea revocada.
Mis procuradores la llevarán al Tribunal de Apelación.
—¿Usted, usted, cómo osa usted?
–balbució Sir Ralph.
—Una sentencia perfectamente bestial –repitió el otro con un propósito deliberado de molestar–. No me hable usted, Sir Ralph; yo no soy un principiante; soy un abogado. Conozco el juego mejor que usted. Yo no sé qué sentencia era la que procedía. Sé perfectamente cómo su prejuicio personal le ha llevado a confinar a ese hombre, a ese hombre joven, delincuente por primera vez, a un infierno viviente.
Hablaba con vehemencia, y su cara gordinflona se enrojecía más y más a medida que su rabia crecía.
—¡Nunca se lo perdonaré, Hilary!
–gritó Sir Ralph, estremeciéndose de ira–. Me ha ofendido usted mortalmente. Usted sabe que yo tengo fe en las sentencias prolongadas.
—Me importa un bledo en lo que usted crea –dijo el otro, y su marcada calma recalcaba la crudeza del lenguaje–. Muy buenos días.
Se dirigió hacia donde estaba Lady Morte–Mannery, quien miraba a los dos.
—Siento mucho, Lady Morte–Mannery –dijo, un poco secamente–, el que no me sea posible volver a casa. Un compromiso importante requiere: mi presencia en Londres.
Ella, en tono convencional, dió a entender su pesar, si bien en manera alguna le desagradaba ver retirarse a un hombre que, en principio, ella creyó pudo dejarse muy fácilmente influir por sus planes. Precisa hacer observar que los planes de Lady Morte–Mannery eran muy especiales.
—¿Por qué se ha marchado? –le preguntó a su marido mientras el auto cruzaba por la calle principal de Burboro.
Sir Ralph, que estaba encendido de rabia, se dignó conceder una respuesta gruñona.
—¿Cómo puedo saberlo? ¿Por qué haces preguntas ridículas? Porque es un loco –continuó maliciosamente–.
Porque es un pelagatos... Me ha insultado burdamente, y nunca se lo perdonaré.

Estaba al rojo blanco, y durante todo el día estuvo dándole vueltas a la ofensa que se le había inferido.
Vera hizo una o dos tentativas infructuosas para suavizarle el encrespado plumaje. Tenía un particularísimo interés en ponerle de buen humor.
Tenía que hacerle una o dos peticiones, y en el estado en que él se encontraba, sabía serían rechazadas sin discusión. Sus esfuerzos fueron inútiles.
—Te agradecería que no volvieses por aquí –gruñó, dirigiéndose a su mujer, cuando ésta se marchaba a la biblioteca so pretexto de ordenar varios libros que algún invitado poco cuidadoso se había dejado fuera.
—¡Ah, ven! –dijo en el momento en que ella salía de la habitación–.
Aquí hay una factura de Hurt.
¿Cuántos paquetes de avena preparada nos enviaron la semana última?
—No me acuerdo, querido –dijo ella.
—Seis –murmuró él–. ¿No sabes que antes no gastábamos más que cuatro?
—A Mr. George le gustaba para el desayuno –dijo ella.
—¡Mr. George! –exclamó, casi gritando–. No pronuncies el nombre de esa persona. ¿Por qué Burgered nos cobra a un chelín y cinco peniques la libra de buey? Es escandaloso. Cambia de carnicero. Deseo vivamente que demuestres más interés en la forma de llevar tu casa, Vera.
Por bajo de sus cejas blancas y perfumadas miróla ceñudamente.
—Te conduces como si yo estuviese hecho de oro. Pon en práctica un poco de economía. Hija mía, antes de casarte contabas hasta el último céntimo. Hazte cargo de que es de tu madre y cuenta los míos.
Ella salió de la habitación encogiéndose de hombros. Con un humor semejante era imposible tratar con él.
Se dirigió al salón, pensando cómo podría abordar a su señor sobre el asunto que ocupaba toda su imaginación. Cerca de una de las ventanas estaba leyendo una muchacha. Cuando Vera entró, fué recibida con una sonrisa de la jovencita.
—¿No es una pena? –dijo–. Acaban de comunicarme que Mr. George ha regresado a la ciudad. Tan bien como jugaba al “piquet”(1). ¿Por qué se ha marchado?
Levantóse perezosamente, dejando caer el libro. Era una muchacha alta, hermosa, con ese exquisito color que constituye la herencia de las damas inglesas. La cabeza, perfecta de líneas, estaba coronada por

(1) Juego llamado de “los cientos”.

una exuberante mata de pelo color rojo oro. Sus cejas, dos líneas delicadas, negras como el azabache, estaban colocadas sobre el par de ojos más encantadores que hombre alguno hubiese mirado. Por lo menos así pensaba más de un hombre de los que la conocían.
Hasta Sir Ralph, ensimismado y despreciativo, hablaba de la belleza y hacía comentarios sobre su ingenuo encanto.
Completaban el cuadro una nariz recta, una barbilla firme y rebelde y una boca perfectamente tranquila.
Cuando se movía desplegaba la gracia de su talle fino. Cada movimiento sugería la libertad –libertad de los caminos y de la campiña– en forma elocuente, al igual que su complexión, que tenía todas las suaves características de su tierra natal: Irlanda.
—Es cosa terrible ser amigo pobre –dijo, mientras posaba cariñosamente su mano sobre el hombro de la otra–; eso de no poder mandar a los amigos de los conocidos ricos que uno tiene. Yo le hubiese dicho a Hilary George: “Usted no puede marcharse a Londres, por más que su asunto sea muy urgente, porque mi sobrina Marjorie desea que alguien juegue al

"piquet" con ella." Vera retiró la mano del hombro de su sobrina con un movimiento casi imperceptible.
—No seas tonta, Marjorie –dijo con algo de acritud–. Ralph está muy disgustado. Hilary ha estado excesivamente grosero con tu tío.
—¿Grosero? –repitió–. ¡Cómo! ¡Si yo creía que eran tan buenos amigos!
—Ha estado muy grosero –dijo nuevamente–. A propósito: tu hombre viene hoy, ¿no es eso?
La cara de la muchacha enrojeció.
Se adelantó un poquito.
—Desearía que no dijeses una cosa semejante, Vera –dijo–. Yo hago todo lo posible para serte agradable, y tú no desperdicias nunca la ocasión para hablar maliciosamente.
Vera rió y dejó correr los dedos por el piano.
—Ignoraba que eso fuese malo –dijo, mientras se sentaba y cogía algo de música del musiquero que tenía al lado.
La muchacha la siguió, con las manos atrás, y se situó detrás de ella.
—¿Te agrado, Vera? –preguntó.
Vera volvióse, mirándola fijamente.
—Hijita mía –dijo–, no seas absurda. Tú no me desagradas.
—Sí, te desagrado –insistió la otra–. Lo he notado con tanta frecuencia, tengo una convicción tan evidente, que ello me hace, un poco desgraciada.
Acercó su silla al lado del piano y se sentó.
—No toques –dijo–; vamos a hablar ahora mismo de corazón a corazón.
—Es la índole de conversación que odio –dijo–. Acabo de tener un corazón a corazón acerca de la avena –dijo la otra–. Pero ¿cuál es el nombre de ese joven?
—Gillinford, Frank Gillinford –dijo Marjorie con firmeza.
—Parece que te gusta un poquito, ¿no es eso?
—Creo que yo le gusto a él un poco –dijo la muchacha y el buen humor iba alejando su rencor.
—¿Qué profesión tiene? ¿Ingeniero o algo así? –preguntó Vera, mientras tocaba las teclas con sus manos delicadas.
—Una cosa así.
Y Marjorie cambió de conversación.
—El tío... –dudó, buscando una semejanza como diría Mr George, ¿no vapuleó un poco a esa persona tan desgraciada?
—¿Te refieres al ladrón?
Marjorie asintió.
—Tengo el convencimiento de que recibió lo que merecía, ni más ni menos –dijo Vera.
—¿Crees verdaderamente que vino buscando la colección del tío?
—¿Por qué no? –preguntó Vera, sin volverse–. Es una colección muy valiosa. Hay en ella medallones que tienen un valor de trescientas o cuatrocientas libras cada uno; hay uno que, por lo menos, vale mil –añadió con viveza–. Creo que ése es su precio.
—Pero ¿para qué iban a servirle?
–insistió la muchacha.
—Bueno... –Vera encogióse de hombros–. Me quieres obligar a que practique una investigación psicológica de la imaginación de un ladrón –dijo–, y esto no estoy dispuesta a hacerlo.
Marjorie volvió a la ventana y miró hacia el paisaje, que tenía un aspecto triste. Una hora antes había llovido, y los árboles resultaban mezquinos, envueltos como estaban hasta la mitad en la niebla que ascendía del valle de Medway.
—Te aconsejaría que no discutieses el tema de esa sentencia con tu tío..

–le dijo Vera casi al oído–. Está bastante resentido. Creo que ésa fué la causa de su disgusto con Hilary George.
La muchacha no contestó. No podía comprender a Vera. Siempre había constituído un enigma para ella. Marjorie sabía que era una mujer desengañada. Había soñado con una vida de tranquilidad deslumbrante, y, en vez de esto, lo único que había hecho es ser la sucesora de Sir Ralph en el manejo de la casa, tarea de la que Sir Ralph se había cuidadosamente descargado, y, además, esta renuncia databa de la fecha misma de su boda.
Vera era una mujer ambiciosa. No había puesto límite a sus aspiraciones. Se había encontrado, como pensaba, en un mundo vasto, en una vida desahogada, con horizontes para poner en práctica su genio innegable; pero se había encontrado al mismo tiempo limitada a los prosaicos deberes de conducir una casa para un hombre viejo, mezquino y rabioso.
La abstracción de Marjorie fué interrumpida por el cese inmediato de la música. Hubo una pequeña pausa, y Vera preguntó:
—¿De dónde podría yo sacar quinientas libras?

Capítulo Ii

La visita de Tillizini

Marjorie volvióse, sobresaltada.
—¡Quinientas libras! –repitió.
Vera asintió.
—Deseo tener esa suma –dijo– para una finalidad determinada. ¿Comprendes que esto es confidencial?
—¡Oh, perfectamente! –dijo Marjorie–. Pero es mucho dinero. ¿No podría dártelo el tío Ralph?
—Tío Ralph –repitió la otra desdeñosamente no dará ni quinientas patatas. Una petición de quinientas libras nos apartaría el uno del otro para lo que resta de nuestros días.
Lanzó una carcajada un poco amarga.
Marjorie frunció, algo pensativa, su precioso entrecejo.
—No se me ocurre nadie –dijo con calma.
—Entonces que no se te ocurra –dijo Vera con brusquedad–. Verdaderamente, no sé por qué te lo he preguntado.
Fué imposible continuar la discusión sobre este tema, porque se presentó el propio Sir Ralph.
En verdad, había olvidado que entre él y su mujer hubiesen existido relaciones algo tirantes, y también que entre los dos hubiese surgido aquella inicua extravagancia de la avena preparada.
—Vera –dijo dirigiéndose a ella–, ¿no observaste hoy en la Sala del Tribunal un hombre que tenía un aire marcadamente extranjero?
Ella recapacitó un instante.
—Sí, había una persona que se sentaba cerca... –casi fué a decir de Hilary George, pero consideró como de mayor tacto citar el nombre de otro abogado que hubiese tomado parte en la causa.
—¿Qué impresión te produjo? –preguntó él.
—Desearía decirte que no me impresionó lo más mínimo –dijo, sonriendo.

Deseaba vivamente volverle a su buen humor–. Pero, por desgracia, me fijé detenidamente en él: un hombre bastante distinguido, barbilampiño y con cara arrugada y pensativa.
Sir Ralph asintió.
—Es el mismo –dijo–. Acabo de recibir un aviso de él. Yo no sabía que estuviese en Burboro. Es Tillizini –dijo esto de modo impresionante.
En aquel entonces, el nombre de Tillizini estaba en boca de toda la población de Inglaterra.
—¿Tillizini? –repitió ella, y sus ojos se entornaron.
Él asintió.
–No otro –dijo él–. He recibido un aviso de uno de los subsecretarios del Ministerio del Interior diciendo que venía. No comprendo cómo nuestro robo, tan insignificante, haya podido llamar su atención; pero de todos modos, no le habrá interesado mucho cuando no se ha presentado hasta hoy.
Acaba de enviarme una nota comunicándome que para en el hotel George, y le he escrito rogándole que venga a cenar esta noche Ella hizo un pequeño gesto.
—Es un detective o algo así, ¿no es eso? –preguntó.
—Más que un detective.
Sir Ralph era propenso al enfado si no se daba valor a sus apreciaciones Era preferible encomiarlas que menospreciarlas, en cualquiera de los caso.
—Seguramente has leído los periódicos –continuó, con su aire perfectamente magistral– En estos momentos es imposible que su nombre te pase inadvertido. Es el hombre a quien el Gobierno inglés requirió a título de consultor para tratar de esta terrible aparición de crímenes.
—Algo he oído –dijo su mujer, sin darle importancia–. La Mano Negra, o la Mano Roja. Me he olvidado exactamente de qué color es.
Sir Ralph puso mala cara.
—Vera, no debes tratar estos asuntos a la ligera –dijo fríamente–. He tenido mis motivos para Hablarte de esto en otras ocasiones. La Mano Roja es una organización muy misteriosa, que está lesionando el corazón mismo de nuestra tranquilidad doméstica. Cualquier hombre, y hasta me atrevería a decir cualquier mujer, deben estar profundamente agradecidos a aquellos que por sus dones de adivinación están esforzándose por escudar a las víctimas inocentes de una banda de criminales organizados.
Vera odiaba a su marido cuando éste le pronunciaba discursos. Sabía más acerca de la Mano Roja y de sus manejos de lo que pudiese discutir con Sir Ralph.
Era una actitud suya, como lo era de ciertos individuos de su clase, profesar una profunda ignorancia sobre los temas que atraían la atención de los lectores de periódicos. La actitud de ignorancia es corriente entre los miembros de las clases acomodadas; corriente, porque sugiere su superioridad frente a las influencias que los rodean, porque determina su independencia respecto a los hechos que aparecen en las crónicas y también porque, de todas las actitudes, es la más fácil de adoptar y de mantener.
Vera se había apoderado de este truco, y encontró que era de gran provecho. Le prestaba una candidez verdaderamente sojuzgante, que producía un efecto paralizador entre los individuos mejor informados, pero socialmente inferiores entre los del montón; y evitaba, además, el que le fastidiasen a uno con una exposición extensísima de las noticias que ya había leído en los diarios de la mañana en forma más concisa y exacta. Su interés por el detective italiano era, de momento, de índole puramente doméstica y convencional, y levantóse del taburete, que estaba junto al piano.
—Tendré que decirle a Parker que prepare otro sitio –dijo.
—Si acepta –interrumpió Marjorie.
Vera arqueó las cejas con una sonrisita.
—No digas tonterías, Marjorie.

Desde luego que aceptará. ¡Cómo hemos de llamarle: inspector, sargento o algo parecido? –preguntó Sir Ralph.
El espíritu de rebeldía se revolvía en ella y se permitía una actitud chistosa, que de ordinario no hubiese demostrado. Y esto, a pesar del deseo subconsciente de que él, suavizándose, adquiriese un humor más asequible.
Ni un solo instante se imaginaba que él le adelantase el dinero que ella necesitaba; pero quizá le diese una parte si llegaba a inventar un cuento suficientemente verosímil. No había que contar con decir la verdad.
Sólo pensándolo sonrió a sí misma.
Era una mujer de imaginación pero no lo suficiente para representarse a Sir Ralph en el momento de la confesión. Necesitaba el dinero como nunca. No era para ella; sus propios deseos eran pocos, y sus gustos, sencillos. Quizá pudiese inducir a su marido a que le diese un centenar de libras si lograba una razón convincente, y ésta había de ser extremadamente poderosa para que Sir Ralph se decidiese a desprenderse de su dinero En cierto modo, el fastidio que todo ello le producía, el viejo desprecio de la vida que llevaba, influyeron sobre ella y la inclinaban a tratar el asunto de forma que le constaba que su marido habría de oponerse rotundamente.
—Le llamarás doctor Tillizini –dijo Sir Ralph severamente–. Es profesor de Antropología en la Facultad de Medicina de Florencia. Se trata de un caballero, Vera, y como tal espero que te comportes con él.
Marjorie, que había actuado de espectador de lo acaecido entre marido y mujer, se había retirado discretamente con su libro y su silla hacia la ventana. Cuando Sir Ralph se volvió para marcharse ella se levantó.
—¡Hola! ¿No es una broma? –dijo¿Viene realmente, tío?
Sir Ralph asintió.
—Así lo espero. No puedo hacer más que invitarle; pero es un hombre tan ocupado que es probable que tenga que regresar a la ciudad. De todas formas, estoy seguro –dijo algo pomposamente– dará su aprobación a la manera como hoy he tratado a ese bribón.
Creo que el modo como Hilary George se ha comportado es monstruoso...
Estaba todavía resentido por el trato que le había dado su amigo de antaño y se sumió en un mar de explicaciones y justificaciones, e incidentalmente hizo a la muchacha un relato bastante escogido de la escena acaecida fuera del Palacio de Justicia, escena en la que él había desempeñado por su cuenta un papel digno y apropiado, y en la que Hilary George había perdido la serenidad en grado lamentabilísimo.
El fuego de la elocuencia de Sir Ralph llegó a abrasarle y a hacerle pronunciar frases balbucientes e incoherentes de desaprobación y gesticulaciones de igual naturaleza.
—Hilary George –dijo– se arrepentirá de esto.
Hablaba con el tono de satisfacción del que se ha puesto de acuerdo con la Providencia para tales fines.
Marjorie iba detrás de su tío al disponerse éste a abandonar la habitación; pero una mirada de Vera la hizo retroceder. Vera esperó a que la puerta se hubiese casi cerrado detrás de su marido.
—Marjorie –dijo con tono suave y meloso, que la muchacha reconoció como la voz de “su hogar”–. Deseo que hagas algo por mí.
—Encantada, querida –dijo la muchacha afectuosamente.
Lady Morte–Mannery manoseó los adornos plateados de una de las mesas que tanto abundaban en el salón y los colocó como si fuesen peones de un juego nuevo que estuviese jugando.
Mientras hablaba parecía como si tuviese concentrada toda su atención en este pasatiempo.

—Quiero que hagas algo muy especial por mí –repitió–. Desde luego, sé que puedo tener confianza en ti respecto a ese dinero, y ahora quiero que me ayudes con un poquito de astucia. Ese hombre que viene hoy –dijo–, esa persona italiana, no es precisamente la clase de hombres con que yo deseo encontrarme. Odio a los detectives y a todos esos individuos melodramáticos y duros. Hablan de cosas y de crímenes, y, además... –dudó–, puedo tener confianza en ti, ¿no es cierto?
Observóla con mirada penetrante.
–Sí –dijo la muchacha gravemente, presumiendo lo que se avecinaba.
—Bien; tú sabes, querida –dijo Vera con calma, jugando aún al juego misterioso con las cajas de confites y la plata holandesa–. Yo soy socio de un club. Es un club de señoras; no lo encontrarás en Whitaker, porque no nos interesa dar a conocer nuestra existencia, aunque, por supuesto, estamos inscritas. Bien; casi tuvimos allí un disgusto hace dos o tres meses. Nosotras, nosotras... ¿por qué tengo que engañarte?. –dijo en una explosión de confianza y con su enigmática sonrisa–, fuimos sorprendidas.
Como ves, querida, jugábamos bastante fuerte. No nos limitábamos al prosaico juego del bridge. Una mujer (he olvidado su nombre) introdujo el baccarat y teníamos también una pequeña ruleta, ¿sabes?... –se encogió de hombros–. Era encantador en extremo, y se perdían y se ganaban sumas muy importantes. Y entonces se originó el contratiempo, y la Policía vino una noche casi inesperadamente. Tu tío Ralph estaba en la ciudad asistiendo a las juntas del mes de mayo, y yo disponía de gran cantidad de tiempo.
Fué muy afortunado que pudiese escapar a las serias consecuencias de mi temeridad. Yo di un nombre falso, y a la mañana siguiente fuí conducida, con las demás mujeres, a Bow Street (recordarás que el caso produjo gran sensación), y fuí confinada con aquel nombre falso. Nadie me conoció y nadie más que tú lo sabe –detúvose de nuevo y lanzó una mirada rápida y de reojo hacia la muchacha–. ¡Oh, no debes avergonzarte! –dijo, y con la acritud del tono de su voz afirmaba lo dicho–. No hubiese sido tan desagradable; pero Tillizini estaba en la Sala de Justicia aquel día, y creo que me ha reconocido.
—¡Qué contratiempo! –dijo Marjorie–. Realmente, Vera, no me avergüenza esto lo más mínimo, y, después de todo, no soy yo la llamada a juzgar tus actos. ¿Qué deseas que haga por ti?
—Quiero que me prestes tu ayuda cuando yo le diga a Sir Ralph que me encuentro demasiado enferma para obsequiar a esa persona. Me marcharé directamente a la cama, y deseo que tú, como un ángel, hagas los honores de la casa.
—¿Por qué no? Con mucho gusto –dijo Marjorie con una sonrisita.
—De todas maneras –dijo Vera algo duramente–, Ralph no te amedrentará delante de las visitas ni hará referencia, de modo picante, a tu inútil extravagancia sobre las patatas.
Ralph es casi un fanático en la cuestión de las patatas –dijo. Hay una norma según la cual juzga todas las fases de la economía doméstica.
A Marjorie la invadió una infinita piedad hacia la muchacha. No era más que siete u ocho años mayor que ella, y todavía bastante joven para hallar encanto en el color y en el movimiento de la vida.
—Haré todo aquello que me sea posible –dijo. Por segunda vez ese día, posó su mano sobre el hombro de la otra.
—No me eches la zarpa, querida –dijo Vera con rápida aspereza, y el corazón afectuoso y generoso de la muchacha se quedó hecho un témpano.
Vera vio esto y trató de rectificar–.
No te preocupes por mí, querida –dijo en un tono más suave–. Estoy bastante perturbada; demasiado perturbada, ciertamente, de tener que encontrar a ése...
En aquel instante abrióse la puerta del salón, y Guillermo, el mayordomo, penetró solemnemente. Estaba en pie junto a la puerta abierta.

—Profesor Tillizini– anunció.

Capítulo Iii

Un cazador de hombres

Parecióle a Marjorie que Vera retrocedió al oír el nombre.
La muchacha esperaba que Vera, adelantándose, saludase al recién llegado; pero como no hizo movimiento alguno, Marjorie comprendió que estaba llamada, aun en este momento, a desempeñar los deberes de ama de la casa.
El hombre que se hallaba en la puerta era alto; parecía más alto debido a su delgadez. Iba vestido de pies a cabeza de negro, y la gran chalina que rodeaba su cuello era de matiz igualmente sobrio. En la mano llevaba un sombrero flexible de fieltro, del cual no había logrado desprenderle el mayordomo, a pesar de haberlo intentado inutilmente.
Era de cara larga y delgada, pálida y con arrugas; ojos grandes, grises y de mirar fijo. “Eran terriblemente vivaces y expresivos”, fué el pensamiento de Marjorie. Daban la impresión de que en sus profundidades se contenía todo el proceso de la vida.
El pelo, negro y peinado liso detrás de las orejas. Su fisonomía no era corriente; era atractiva debido a su mismo carácter y energía. No era ni guapo ni feo. La boca, grande y sensual; las manos, desenguantadas, largas, blancas y delicadas, como las de un cirujano.
Lanzó una mirada rápida a una y a otra.
—Lamento injerirme en su conversación –dijo. No denotaba señal alguna de acento extranjero en su voz–.
Creía que encontraría a Sir Ralph.
Ha salido, ¿no?
Tenía un sistema de conversación rápido y sobre aviso. Se desvivía por adelantar la contestación. Antes que Marjorie pudiese responder, ya había continuado él:
—Ha tenido la bondad de invitarme a cenar esta noche. Lamento mucho no poder aceptar. He de regresar a Londres dentro de una hora o dos. He combinado una o dos entrevistas de importancia.
Su sonrisa era deslumbrante; iluminaba totalmente su rostro y lo transformaba de una cara funeraria y áspera en un ser nuevo y radiante.
Marjorie observó que resultaba demasiado guapo como pasatiempo. La sonrisa iba y venía como un rayo de sol visto a través de la hendidura de una nube tempestuosa.
—Usted es Miss Marjorie Meagh –dijo–, y usted, señora –con una leve inclinación–, es Lady Morte–Mannery– su cabeza ladeóse un instante, como tratando de descubrir algo. Esto y la inclinación fueron lo único que reveló su origen continental.
Vera hizo un esfuerzo por sonreír.
Adelantóse algo turbada. Tenía la esperanza de haber podido escapar sin necesidad de presentación y haber podido fingir un oportuno dolor de cabeza que la alejase de Tillizini.
—La vi a usted en la Audiencia –dijo Tillizini con viveza–. Fué un caso muy interesante, ¿no es cierto?
Ese pobre hombre...
Extendió los brazos con un gesto de conmiseración.
—No comprendo cómo simpatiza usted con él –dijo Vera.
—¿Siete años? –Tillizini movió la cabeza–. Es mucho tiempo, señora, para un hombre... inocente.

Otra vez el encogimiento de hombros. El hombre alto recorría la estancia nerviosamente.
—Usted ha oído el relato. Dijo que vino a esta casa para encontrarse con un individuo que había de entregarle un paquete.
—Pero de fijo que usted no cree semejante cosa –dijo la otra, recreándose en el desprecio.
—Sí, lo creo –dijo Tillizini gravemente y con calma–. ¿Por qué no lo he de creer? La misma actitud del hombre y cada palabra me ponían de relieve con toda elocuencia su sinceridad.
—¿Cree usted entonces en ese misterioso italiano? –dijo Vera.
—¡Oh, Vera!, ¿no te acuerdas?
–interrumpió, de pronto, Marjorie, algo excitada–. Estaba un italiano en la ciudad. Le vimos el día antes del robo. ¿No te acuerdas? –preguntó de nuevo–. Un hombre muy bajo, con un macferlán largo que le llegaba a los talones. Yendo en el coche nos cruzamos con él en la carretera de Breckley, y yo te hice observar que era italiano o español, por la forma peculiar con que sujetaba el cigarrillo.
—¡Ah, sí!
Allí estaba Tillizini con una vitalidad tremenda, estremeciéndose como si fuese una cítara delicadamente templada y cuyas cuerdas hubiese hecho vibrar la mano de algún músico.
—Era bajo y fornido, e iba vestido de negro –dijo la muchacha.
—Con bigote, ¿no? –dijo Tillizini.
La muchacha movió la cabeza.
—Era barbilampiño.
—Ustedes llevaban la misma dirección, ¿no?
La muchacha asintió de nuevo, sonriendo ante la impaciente pregunta del hombre.
—¿Y miró a ustedes o apartó la vista? ¿La apartó?
Nuevamente asintió la muchacha.
—¿No quería que ustedes le viesen la cara?
El propio Tillizini movió la cabeza en señal de contestación.
—¡Qué disparate! –interrumpió Vera con petulancia–. No me acuerdo en absoluto de tal cosa. Siempre hay organilleros acompañados de mohos y otras cosas semejantes que van por los pueblos, o vendedores de helados que vienen de Chatham. Te dejas llevar de tu imaginación.
Marjorie estaba asombrada. Se acordaba ahora del incidente de forma muy distinta. Se lo había referido a Vera por la noche, durante la cena.
Era asombroso que ella misma lo hubiese olvidado hasta este momento.
—¡Pero si tienes que recordarlo!
–dijo.
—No me acuerdo –respondió la otra brevemente–. Además, haces muy mal en facilitar a Mr. Tillizini una pista falsa. No cabe duda de que ese Hombre, Mansingham, robó la casa, sin otra idea que la de apoderarse de la colección de Sir Ralph.
—Instigado por el italiano –dijo Tillizini–. ¡Oh, ustedes, los ingleses! –dijo, desesperanzado y encogiéndose de hombros–. Me hallo desolado cuando hablo con ustedes. Le temen tanto al melodrama... Se aferran ustedes de tal manera al hecho de que lo evidente constituye la única explicación posible...
Volvió a mover la cabeza con resignación voluntaria. De tratarse de otra persona cualquiera, esa expansión hubiese resultado un capítulo de imperdonable impertinencia. Pero Tillizini tenía el don de saber crear una atmósfera como de amistad que existiese de muy antiguo. Incluso la misma Vera, abiertamente antagonista, tenía una vaga idea de haber discutido antes este asunto en iguales términos con el hombre que se expresaba de forma tan desdeñosa respecto a sus compatriotas.
Miró al reloj.

—Tengo necesidad de ver a Sir Ralph antes de marcharme ¿Dónde puedo encontrarle?
Vera tenía la remota idea de que en aquel momento Sir Ralph estaba enfrascado en una violenta entrevista con el delincuente carnicero, que había cargado medio penique sobre el precio del buey; pero consideraba que le hacía muy poco favor a su marido y que tampoco estaba en consonancia con su propia dignidad admitir tal cosa.
—Volverá muy pronto –dijo.
La miró muy fijamente, sin que hubiese motivo, a juicio de ella. Nada hubo en el tono de su voz que justificase la mirada de vivo interés que reveló el rostro de Tillizini.
—Creo haberla visto a usted antes en algún sitio, Lady Morte–Mannery –dijo con rapidez–, y no es corriente en mí que no pueda al momento reconstruir los hechos.
—¿Ciertamente? –dijo Vera con tono que demostraba que el tema no tenía interés para ella–. Tiene uno esos recuerdos vagos... Ahora me dispensará usted, doctor, ¿verdad? –dijo.
Tengo un dolor de cabeza bastante intenso, y me parece que me voy a echar.
Miss Meagh entretendrá a usted hasta que regrese Sir Ralph.
Se dirigió rápidamente hacia la puerta, la que abrió para que la traspusiera Vera, ante la que hizo una inclinación de cabeza al pasar aquélla. Cerró la puerta, volviendo lentamente hacia donde se encontraba Marjorie.
—¿Dónde, dónde, dónde? –dijo, dándose unas palmaditas en la barbilla y mirando solemnemente a la muchacha.
Ésta rió.
—No debe usted confundirme con el Oráculo –dijo–, ¿Sabe usted, doctor, que le hacemos unas preguntas...?
Nuevamente la encantadora sonrisa iluminó el porte sombrío de Tillizini.
—Estaba interrogando a este oráculo –dijo, palmoteándose el pecho–. Y ahora me acuerdo. Hubo una redada en una casa de juego; fué dirigida por uno de mis compatriotas y yo formaba en la comitiva.
—Espero que olvidará usted eso, doctor Tillizini –dijo Marjorie sin inmutarse–. Es posible que haya sido una locura de Lady Morte–Mannery el que la hayan encontrado en un sitio semejante; pero no estaría bien recordar...
Detúvose al ver en el rostro del otro una mirada de asombro.
—Mi querida señora –dijo, con una sonrisa de triunfo–, ¿usted puede sugerir el que Lady Morte–Mannery se hallase complicada? Sería inicuo, absurdo, villano –dijo, con extravagancia –asociar una dama de tal alcurnia a un asunto tan tenebroso. Fué una redada muy vulgar –continuó–; estaban comprometidos muchos italianos; y mucha gente de origen ruin, y mi interés en el asunto consistía meramente en la esperanza de identificar a alguno de los participantes como caballeros que demostraban otra clase de interés hacia mí. Lady Mannery se encontraba ciertamente en la Audiencia; pero estaba allí como invitada del magistrado Mr. Curtain, magistrado de la Policía metropolitana, que creo que es algo pariente de Sir Ralph.
Así era, en efecto, según lo que Marjorie sabía. Entonces, ¿por qué Vera le había mentido? Comprendió lo fácil que para ella era hilvanar un cuento; pero ¿por qué dar eso como excusa para no encontrarse con Tillizini?
—Ahora llega Sir Ralph –dijo de pronto. Había visto el coche cruzar frente a la ventana–. ¿No le importa quedarse solo mientras yo voy a comunicarle que está usted aquí?
Él le abrió la puerta con su original inclinación de cabeza. Encontró a Sir Ralph en el hall y le comunicó que el visitante estaba esperando.
—¿Dónde está Vera? –preguntó.
—Ha ido a acostarse– dijo Marjorie–. Tiene un dolor de cabeza tremendo.
Sir Ralph juró para sus adentros.

Era su principal arma de defensa: el dolor de cabeza. Un procedimiento adecuado, pero, a juicio suyo, burdamente impropio para eludir responsabilidades. Estaba ahora más exasperado aún, porque comprendía quo no sólo se había excusado de hacer los honores de la casa al hombre cuya posición le infundía a él profundo respeto, sino que habíase escapado de las justas consecuencias de su indiferencia. Había descubierto que se debía a ella exclusivamente el que la carne de buey hubiese sido encarecida en medio penique más. Ella había accedido a la imposición en una carta que, con aire triunfante, exhibió el carnicero en defensa de su reputación.

Cuando se encontró con Tillizini, estaba en el peor estado que puede hallarse un hombre, si la mitad de su imaginación está bajo la influencia de un agravio personal.

Los dos hombres se dirigieron hacia la librería, permaneciendo en ella un cuarto de hora aproximadamente Pasado este tiempo, volvieron al salón, Tillizini para despedirse de la muchacha, y Sir Ralph para acompañarle hasta la puerta.

Marjorie observó que el presidente del Tribunal de Burboro estaba altamente incomodado. Tenía la cara roja, con su pelo gris desaliñado, signo evidente de perturbación. Estuvo, además, algo tirante con su invitado.

Por lo que respecta a Tillizini, era el mismo: imperturbable, frío y dominante. Sí, ésta era la palabra que Marjorie andaba buscando. Este hombre era dominante hasta un extremo que ella no hubiese podido nunca imaginar.

—Algún día volveré a encontrarla, –dijo Tillizini al tomar la mano de la muchacha en la suya. Ella quedóse sorprendida de la fortaleza de este apretón–. No pienso marcharme pronto, ya que Sir Ralph ha tenido la amabilidad de permitirme que me entreviste con ese hombre, Mansingham, que fué declarado culpable hoy.

—Creo que sus trabajos van completamente descaminados, profesor –dijo Sir Ralph, ásperamente–. Lo único que sacará usted en claro será un montón de mentiras.

—¡Ah, únicamente mentiras! –dijo Tillizini, con ademán absorto–. Son tan interesantes, Sir Ralph, mucho más interesantes que la vulgar verdad, y proporcionan muchos más datos.

El viejo, que se preciaba en sus discursos pronunciados después de las comidas de ser un inglés puro y brusco, y, por tanto, representación genuina de todo lo mejor que pueda haber en un inglés, no tenía la cabeza para paradojas. Gruñó antipáticamente:

—Usted es italiano –dijo–. Supongo que estas cosas le entretienen.

Pero aquí, en Inglaterra, somos partidarios de lo que es evidente. Ahorra gran cantidad de tiempo y, generalmente, es exacto. Sepa usted –dijo, con impertinencia– que esas historias de organizaciones misteriosas son buenas para las novelas. Admito que en su país tienen ustedes la banda llamada “Camorra”, y un factor de tal índole seguramente influye para que la apreciación de usted no sea perfectamente equilibrada; pero puedo asegurarle –dejó caer las manos con solicitud marcada y paternal, sobre los hombros del otro– que no hay tal cosa.

Estaban junto a la ventana. Se iniciaba el crepúsculo y el gas aun no había sido encendido. Estaba tan oscuro, que, de pronto, una vidriera situada al nivel de la cabeza de Tillizini desplomóse con estrépito.

Parecía haberse desplomado tres veces seguidas, y, al propio tiempo, desde fuera pudo percibirse un fuerte ruido: “¡Crac, crac, crac!”

Capítulo Iv

El fracaso de la mano roja

Sir Ralph percibió el silbido de las balas al cruzar delante de él, oyó el crujido del cuadro contra el que fueron a dar en la pared opuesta, y saltó hacia atrás, blanco y tembloroso. Tillizini le tendió la mano, y con un movimiento apartó a la muchacha para protegerla.
En un instante se hincó de rodillas y fué arrastrándose rápidamente hacia la ventana. Levantó las manos, se deshizo del cinturón y con viveza recostóse hacia el exterior. Sólo un segundo permaneció así, y entonces una llamarada salió de su mano, y todos quedaron sordos, efecto de la detonación de la "browning". Disparó de nuevo y esperó. Volvióse entonces, dirigiéndose hacia ellos con una sonrisa beatífica que iluminaba su rostro.
—¿Decía usted –exclamó con calmaque estas cosas no suceden en Inglaterra?
Su voz no había cambiado ni temblaba. La mano que había sacado un pañuelo blanco e inmaculado para enjugar un hilillo de sangre que le manaba de la frente no temblaba tampoco lo más mínimo.
—¿Qué ha sucedido? –preguntó Sir Ralph, con agitación–, Debe haber sido algún cazador furtivo o algo así.
¡Esos pordioseros me odian!
—Los cazadores furtivos no utilizan pistolas Máuser –dijo Tillizini, con calma–. Tómese usted la molestia de extraer las balas de su pared, que supongo se habrá deteriorado algo, y descubrirá que no se parecen en nada a los perdigones con que supongo estarían cargados los cartuchos de sus amigos. No –dijo sonriendo–, estos tiros no iban dirigidos a usted, Sir Ralph. Estaban dedicados por entero a mí.
Miró ávidamente fuera de la ventana.
—Temo que no le haya tocado –exclamó–. Le vi bastante claramente mientras se escapaba por entre los árboles.
—¿Quién era? –preguntó Sir Ralph con ansiedad.
Tillizini le miró con socarronería.
—¿Quién era? –preguntó deliberadamente–. Creo que era el italiano que envió a William Mansingham a casa de usted para recibir un paquete.
—Pero ¿de quién? –preguntó Sir Ralph
—Eso lo sabremos algún día –contestó el otro evasivamente.

Sir Ralph bajó a la estación para encontrarse con Tillizini y despedirle. Se moría de curiosidad por saber el resultado de la entrevista que había concedido al detective.
El que a él le hubiese asistido el derecho de dar instrucciones a los guardias de la prisión local para que admitiesen a Tillizini era un punto a discutir; pero en vista de que el italiano tenía poderes tan extraordinariamente amplios como los que le habían sido otorgados por el Ministerio del Interior es muy probable que la entrevista se hubiese celebrado aun sin la autorización de Sir Ralph.
El presidente había insinuado que sería decoroso, ya que no decente, que Tillizini viese al prisionero en su presencia; pero el italiano evadió esta sugerencia con gran arte.
Sólo cinco minutos antes de la salida del tren, Tillizini saltó del cabriolé que le había conducido hasta la puerta de la estación. Iba fumando un cigarro largo y delgado, y, en opinión de Sir Ralph estaba profundamente satisfecho de sí mismo, ya que al dirigirse a paso largo a la taquilla del andén, entre los dientes cerrados iba tarareando una cancioncilla.
—Bien –preguntó el presidente con curiosidad–. ¿Qué tiene que alegar nuestro amigo?

—Nada que usted no sepa –respondió el otro con viveza–. Ha repetido simplemente el relato que hizo desde el banquillo acerca de mi misterioso compatriota. Me facilitó uno o dos detalles que fueron para mí mucho más interesantes de lo que puedan serlo para usted.
—Tales como... –inquirió Sir Ralph.
—Bien –Tillizini dudó–. Me dijo que su instructor le había informado que el paquete sería lo suficientemente pequeño para meterlo en el bolsillo de su chaleco.
Sir Ralph sonrió sarcásticamente.
—En mi colección hay una docena de objetos que pueden llevarse en el bolsillo de un chaleco de hombre. ¡No!
–dijo, corrigiéndose a sí mismo–, hay, por lo menos, cincuenta! ¡A propósito! –dijo, de pronto–. Nunca me ha preguntado usted por mi colección.
Tillizini, con cierta complacencia en la mirada, hizo un enérgico movimiento de cabeza.
—Sería innecesario –dijo–. Conozco cada objeto de los que usted tiene, Sir Ralph; su tamaño, su procedencia y hasta el precio que ha pagado usted.
Sir Ralph miróle sorprendido.
—Pero ¿cómo puede ser? –preguntó, admirado–. Sólo yo tengo mi catálogo particular, y fuera de mi casa no existe copia alguna.
—Muy bien –dijo Tillizini–. Déjeme que los enumere.
Con la mano los fué contando, dedo por dedo.
—Número uno: un medallón egipcio, procedente de la colección Calliciti, de oro, con rubíes sin tallar incrustados; valor, cuatrocientas veinte libras. Número dos: un plato decorativo, vajilla de Tanagra, ejemplar bastante raro, en un marco de oro bajo, con leyendas sirias. Número tres: un medallón de cristal, sacado de Nápoles por Napoleón, con un busto de Beatriz d.Este en el anverso, y en el reverso, Il Moro, el Duque de Milán, valor (por cierto que no le dije a usted el coste anterior, porque lo ignoro), seiscientas libras. Número cuatro un amuleto veneciano en forma de arpa...
—Pero... –balbució Sir Ralph–, estos pormenores respecto a mi colección los conozco yo únicamente.
—También los conozco yo –dijo el otro.
Mientras estaban hablando llegó el tren. Tillizini dirigióse hacia un vagón vacío y entró en él. Cerró la puerta tras de sí y asomóse a la ventanilla.
—Hay muchas cosas que averiguar, y ésta no es la última de ellas –dijo–.
Entre el hombre que posee el secreto y el hombre que conoce el secreto, existen intermediarios que han sorprendido al primero e informado al segundo.
Sir Ralph fué desembrollando esto cuando el tren hubo desaparecido de la estación y las luces de cola se perdieron en el túnel que atraviesa la colina de Burboro.
Al quedarse solo, Tillizini cerró ambas puertas y bajó las cortinillas del departamento. Conocía perfectamente las siniestras intenciones del hombre u hombres que le habían seguido el rastro con tanta insistencia desde que abandonó Londres. Si habían de matarle, estaba dispuesto a que no fuese de un tiro disparado por un hombre desde el estribo.
El tren era un rápido desde Burboro a Londres, y la primera parada sería en London Bridge. Colocóse en el asiento central del departamento, puso los pies en el asiento opuesto, dejó la pistola a su lado y se dispuso a leer. Llevaba media docena de periódicos de Londres en el maletín de mano, que era su compañero inseparable.
Uno de ellos ya lo había leído por completo en el viaje de ida, y su atención se fijó en otro. Su escudriñamiento se concentraba en la sección de anuncios. El tormento le era indiferente, pues estaba convencido de que ningún criminal “al día” utilizaría semejante procedimiento indagatorio.

Uno por uno fué examinando los prosaicos anuncios que seguían al encabezamiento “Se desean criadas de servicio”. Leyó hasta el fin, sin descubrir nada interesante. Dejó el periódico, y cogió otro.
A mitad de la columna “CriadosDemandas”, detuvo la vista ante un anuncio. Para el lector corriente se trataba de un vulgar anuncio pidiendo una criada de las comunes. Rezaba: “Cocinera general, se prefiere cocina italiana. Cuatro de familia; los viernes; no los jueves, como se anunció previamente. Indiquen cantidad dispuestos a entregar.” La dirección era una agencia de publicidad de la plaza. Volvió a leerlo; sacó un cortaplumas del bolsillo del chaleco y cuidadosamente recortó el anuncio.
Había muchas particularidades en este anuncio. Se le daba demasiada importancia a lo de “viernes” y no jueves, como se anunció previamente”, cosa no habitual en esta clase de anuncios. ¿A quién podía interesarle que fuese jueves o viernes lo que antes se había indicado, probablemente refiriéndose a tener la noche “libre”?
Pero el error notorio que se observaba en el anuncio estaba en el párrafo último. El anunciante vulgar deseará saber qué salario va a percibir el recién llegado, y seguramente no se le ocurrirá que la “cocinera general” cuyos servicios se buscaban haya de contribuir, aparte de su trabajo, con algo que signifique pago por el privilegio de servir.
Tillizini miró hacia el techo con gesto pensativo. Hoy era lunes. Algo había sido convenido para el jueves.
Se había aplazado hasta el día siguiente. Por ese “algo” había que pagar un precio; posiblemente se pedía un anticipo sobre el precio convenido en un principio. El anunciante difícilmente accederá a desempeñar su cometido sin un previo acuerdo en cuanto al precio.
En manera alguna trató de asociar el anuncio a los recientes acontecimientos de Highlawn; eran sólo una parte del gran juego que se estaba desplegando. Los emisarios de esa terrible sociedad cuyas maquinaciones él se había propuesto desbaratar, viajaban sin duda en el mismo tren. Estaba tan acostumbrado a este espionaje que prescindía de él, aun cuando no lo despreciaba. Estaba siempre preparado para todo movimiento, inevitable a su juicio, que pudiese atentar contra su vida o contra su seguridad.
Era mucho esperar que la Mano Roja le perdonase la labor que él había llevado a cabo en América. Había limpiado los Estados Unidos del azote mayor de los tiempos modernos.
No era culpa suya que se hubiese aprovechado de las leyes inglesas, tan tolerantes en materia de inmigración, para instalarse en la metrópoli.
Colocó de nuevo los periódicos en el maletín, y poco antes de que el tren llegase a London Bridge, levantó las cortinillas del departamento.
El día era triste, húmedo y oscuro.
No Intentó descender en la estación.
No era, como sabía por experiencia, un sitio seguro para terminar su viaje un hombre que estaba amenazado.
Había túneles bastante oscuros que conducían a la entrada principal de la estación, túneles en los cuales un hombre podía ser enviado al otro mundo, caso de ser el único pasajero que hubiese de compartir el éxito y durante cinco minutos o más nadie sería testigo del hecho; tiempo suficiente para que puedan escapar esos profesionales del crimen.
Al salir de Waterloo volvió a bajar las cortinillas. Hacía esto automáticamente, sin temor alguno. Tomaba las mismas precauciones que el ciudadano toma cada día al cruzar la calle. Miraba de derecha a izquierda antes de atravesar esta calzada tan peligrosa para él.
A ras del puente del ferrocarril que cruza el río hasta la estación de Charing Cross hay un andén, la pasadera de Old Hungerford.
Aquella noche tempestuosa y húmeda se habían colocado allí, espaciados, tres hombres, para observar la llegada del tren procedente de Burboro. Podían verlo desde un

emplazamiento que les hubiera permitido, caso de presentarse la ocasión, disparar hacia el compartimiento.
Tillizini no sabía esto, pero podía adivinarlo. No era una contingencia improbable.
En la populosa estación de Charing Cross ya estaba más seguro. Además, había allí dos hombres que se habían pasado la tarde deambulando, por la estación sin ostentación alguna y que le cogieron en cuanto salió de la valla.
Le hizo a uno de ellos una pequeña inclinación de cabeza, que sólo el más fino observador hubiera podido percibir.
Los dos agentes de Scotland Yard, cuyo deber era protegerle en Londres, caminaban muy cerca, detrás de él, y permanecieron fuera, sobre el pavimento, hasta que él hubo entrado en el coche eléctrico que aguardaba.

Capítulo V

La historia de la mano roja

El profesor Antonio Tillizini constituye un nombre que ha originado la más encontrada controversia. Ningún hombre de ciencia puede olvidar su extraordinario trabajo leído ante la Real Sociedad de Sheffield. Se titulaba prosaicamente “Algunas reflexiones sobre la insuficiencia del Código Penal”, y fué realmente notable, desde el punto de vista del lego en la materia, que el profesor, durante su disertación, hubiese admitido serenamente que había considerado necesario, en varios momentos de su carrera, matar a diez criminales. Fué lo suficientemente discreto para no ofrecer ningún dato más sobre el particular; y aunque sus enemigos se esforzaban, siguiendo la pauta que él les había indicado, en llevar a cabo, por lo menos, un crimen en la casa del italiano, no tuvieron éxito.
Lo que es más significativo en cuanto al juicio de la opinión pública, Tillizini no fué privado de su cátedra de Antropología de la Universidad de Florencia, ni la sociedad de Londres cerraba sus puertas ante el extranjero que se había confesado a sí mismo como un homicida.
Aún más: se sabe que al redactar el Gobierno su enmienda número 19 de la ley Penal, solicitó el consejo de este hombre extraordinario.
Pero fué al mismo tiempo que surgía el crimen de carácter peculiar, que el joven que pasaba seis meses del año en Inglaterra y seis meses en su querida Italia, y sobre el cual se había hecho la frase de que pensaba en inglés y obraba en italiano, ocupó preferentemente la atención pública.
Se decía que todos los secretos de los Borgias le eran conocidos; había tenebrosas alusiones mezcladas con las supersticiones de la brujería, y esta fama generalmente gozada entre la colonia italiana de Londres le fué muy útil cuando le llegaron los días de forcejear con la Mano Roja.
La organización conocida por la Mano Roja había sido ahuyentada de América gracias al heroísmo y abundancia de recursos de Teurn, el famoso detective de Cincinnati. Se habían instituido leyes drásticas hasta la brutalidad; el sistema de interrogatorio conocido por el “tercer grado” había sido confeccionada de tal forma, que se apartaba muy poco de los más refinados procedimientos de la Inquisición española, y para contender con el aumento del chantaje y del crimen, en los cuales la Mano Roja se hallaba especializada.
Hubo un letargo de esta clase de crímenes, después de la electrocución de siete hombres de Pittsburg; pero, por fin, la Mano Roja rompió su silencio.

Fué en diciembre de 19... cuando Carlo Gattini, un rico italiano que vivía en Cromwell Square Gardens, recibió una petición corta y escrita a máquina para que depositase mil libras en billetes de Banco debajo de cierto asiento de Hyde Park. Se indicaban fecha y hora, y la carta iba firmada por una pequeña mano roja, que se veía claramente que había sido impresa con un sello de goma.
Gattini sonrió y entregó la carta a la Policía. Siguiendo las indicaciones de ésta, les contestó por medio de las "agony colums" (1) del "The Times", mostrándose conforme con la petición. Se hizo un paquete, que se depositó debajo del asiento indicado, y cuatro hombres de Scotland Yard estuvieron esperando toda una tarde desapacible a que llegase el emisario de la Mano Roja. No llegó. O sospechaba o lo sabía; de esa forma, el asunto hubiera terminado con la aplicación de un Código policíaco severo y nada romántico. Pero a la mañana siguiente, el italiano recibió otra carta. Era muy breve: "Te ofrecemos otra oportunidad.
Vuelve a la Policía y eres hombre

(1) En los periódicos ingleses, la columna en donde se publican anuncios de índole privada.
muerto. Coloca en un sobre dos mil libras en billetes y déjalo debajo del primer arbusto de tu jardín." Asustado, Gattini se dirigió a la Policía. Desdeñaron toda sugerencia de peligro. Hombres con indumentaria corriente fueron ocultados en la casa y en el jardín; otros individuos de la Policía secreta se situaron en la casa de enfrente; pero otra vez el emisario no compareció, ni el italiano volvió a recibir aviso alguno.
La nochebuena, Mr. Gattini regresaba de la ciudad, después de un día de mucho trabajo. Era viudo y vivía solo, aparte de los cuatro servidores: una mujer de edad que actuaba de cocinera, una doncella y dos criados.
A las siete y treinta, el criado fué a la habitación para avisarle que la cena estaba dispuesta. La puerta estaba cerrada.
Golpeó en la puerta, pero no recibió contestación alguna. Volvió a golpear, sin resultado.
Regresó al cuarto de los criados y dió cuenta de su fracaso, y él y el chófer se dirigieron a la fachada de la casa, y a través de la ventana miraron a la habitación de Gattini.
Estaba sumida en la oscuridad.
Providencialmente, sucedió que, un agente de Scotland Yard se había presentado en aquel momento con las cartas amenazadoras, y los criados le expusieron sus temores.
Los tres hombres se dirigieron a la puerta de la habitación de Gattini y golpearon con fuerza. Nadie contestó, y entonces, pegando, los hombros a la puerta, la abrieron violentamente.
Uno de ellos hizo girar el interruptor de la luz.
De momento no vieron nada; la habitación estaba, al parecer, vacía...
Entonces observaron...
El desgraciado había sido apuñalado al sentarse ante el tocador. Faltaba el cuchillo que le había segado la vida; pero era evidente que había muerto sin proferir un solo grito.
Éste era el primer crimen. Habían de sucederse otros.
Sir Christoforo Angeli, un rico banquero, naturalizado como súbdito británico, recibió una petición de dinero. Consideró la amenaza tan a la ligera como lo había hecho Gattini...
Cayó muerto mientras estaba asomado a la ventana de su casa una tarde de primavera y nadie más que él pudo ver al criminal.
De nuevo hubo un letargo; pero era evidente para la Policía que estaba revolviendo toda Europa en busca de una pista, que la aparente inactividad era menos significativa desde el punto de vista de que la banda hubiese cesado en sus trabajos, que, respecto a sus éxitos. Hombres aterrorizados y temiendo por sus vidas, pagaban y facilitaban informaciones

prescindiendo de la Policía. Iba extendiéndose el reino del terror, cuando, una vez liquidados los miembros ricos de la colonia italiana, la banda fijó su atención en otras fuentes de ingreso.
Henry S. Grein, un rico corredor de Chicago, y conocido en toda Europa por sus colecciones de arte, recibió la consabida petición impresa.
Telefoneó a la Policía, y Scotland Yard envió a su mejor agente para que se entrevistase con el millonario en el Fitz Hotel, donde paraba.
—No pago nada –dijo el millonario.
Era alto y de rostro severo, con una boca como una ratonera, y el agente secreto sabía que en este caso la Mano Roja se encontraba frente a una pretensión bastante ardua–. Es cosa de usted procurar que no me maten; puede usted concertar los arreglos que estime oportunos; pero yo voy a ofrecer una recompensa de veinte mil dólares por la captura de la banda o de su dirigente.
Entonces dió comienzo la extraordinaria contienda, que por primera vez abrió los ojos del público respecto a la índole de los manejos existentes.
El acontecimiento de la batalla de Grein con sus asesinos, sostenida en el tejado del hotel Fitz; cómo disparó, matándole, sobre un hombre llamado Antonio Ferrino, que había conseguido llegar hasta su dormitorio; el intento frustrado de volar el Fitz Hotel con dinamita, todos estos hechos son ciertamente históricos. Fué la mañana en que el cuerpo de Henry S.
Grein fué hallado flotando en el Támesis, pasado el obelisco de Cleopatra, cuando el Gobierno pensó en Tillizini.
La noche de su regreso a Burboro, Tillizini se sentó ante su amplio pupitre para redactar una exposición parcial del problema. El rojo resplandor de la lámpara de pantalla que tenía a su lado prestaba a su cara un aspecto siniestro del que habitualmente carecía. Era una fisonomía delgada y con profundas arrugas; un ligero tinte pálido y azulado ante la mandíbula y el labio superior; nariz larga y puntiaguda, cejas negras y arqueadas; pero cualquiera que fuese la impresión desagradable que produjeran los rasgos de este falso Mefistófeles, esa impresión se olvidaba ante la sensación agradable que percibía todo aquel que mirase los ojos de Tillizini.
Italiano como era en todos sus rasgos, sus ojos eran casi irlandeses por su color pardo suave; grandes, claros y luminosos, las largas pestañas negras que los sombreaban les prestaban nueva hermosura.
Descansando la mano izquierda sobre el libro para que el grueso volumen se mantuviera abierto, del otro lado de la mesa cogió la petaca de oro, tomó un cigarrillo largo y delgado y lo encendió junto a la pequeña lámpara que tenía próxima al codo.
La estancia donde se hallaba sentado era alta y espaciosa. El techo y la chimenea estaban en la misma forma que el arte mágico de Adam los había dejado. Las paredes tenían un zócalo de roble oscuro, y aparte de una acuarela representando una escena en el bosque y que estaba colocada a la izquierda de la chimenea, carecían de cuadros.
A lo largo de una pared veíase una estantería para libros, que ocupaba desde el muro exterior hasta una puerta cerca de la ventana. Las ventanas eran largas y estrechas, y de ellas pendían cortinas color rojo oscuro.
Todo respiraba bienestar; la gran mampara dorada frente al fuego, el amplio sillón de Casino, la alfombra suave y gruesa y el menudo reloj sobre la repisa de la chimenea, con su tictac musical.
Tillizini leía tranquilamente, y el humo del cigarrillo ascendía hasta el techo en azulados espirales.
De pronto cerró el libro de golpe, y levantóse sin hacer ruido.

Miró al reloj; era una mirada innecesaria, puesto que sabía la hora que era. Tenía una intuición imponente en cuanto a la hora, fuese de día o de noche.
Se dirigió hacia una de las tres ventanas y miró hacia el malecón.
Vió una serie de luces tenues que se extendían hacia Blackfriars(1) y que quedaban entrecortadas en la oscuridad por la mole del puente de Waterloo. A través del río se divisaba un anuncio luminoso, que le suplicaba bebiese por su cuenta un vino determinado; más allá, una torre alta, con luz intermitente, le acuciaba para que apurase el único whisky que valía la pena.
El profesor observó sin sonreír.
(1) Un barrio de Londres De pronto se inició un claro resplandor, extinguiéndose con rapidez.
Brilló de nuevo –una luz blanca, deslumbrante, con interferencias– y volvió a desaparecer.
Tillizini retrocedió rápidamente.
De un armario sacó una lámpara de aspecto raro y un espiral de alambre.
Inmediatamente introdujo el extremo que iba provisto de un conmutador de clavijas, en un enchufe que había en la pared, apagó todas las luces de la habitación y aguardó. De nuevo la luz brillante flameó desde la ribera opuesta. El profesor tocó una llave en el pie de la lámpara, y por medio del proyector, de forma cónica, lanzó un destello rápido de luz débilmente azulada.
Después de haber hecho esto dos veces, la luz de la orilla opuesta comenzó a centellear violentamente y con ritmo precipitado. Centelleo largo, centelleo corto, largo, corto; sin pausa, se proyectaba hacia adelante, transmitiendo su urgente mensaje.
A medida que la lámpara iba hablando, Tillizini contestaba brevemente.
Leía en el mensaje con tanta facilidad como si se tratase de un libro impreso, ya que conocía el inglés tan bien como su lengua materna, y era, además, un experto en tales menesteres.
La luz de la otra orilla cesó de hablar, y Tillizini cerró la ventana donde había estado, guardó el proyector en el armario y volvió a colocar la mesita que había utilizado para el mismo junto a la pared. Bajó entonces la cortinilla y encendió la luz del techo.
Acercóse al pupitre y escribió rápidamente un resumen del mensaje recibido. Estaba escrito con signos pequeños y apretados, que podrían muy bien ser, y seguramente lo eran, una taquigrafía que sólo a él le era dado comprender. Apenas había terminado, cuando el sonido musical de un timbre eléctrico le llamó la atención. Accionó un pulsador eléctrico situado en una de las patas de la mesa deslizó con rapidez su libro de notas en uno de los cajones, y volvióse en el momento en que la puerta se abría.
El criado, pulcramente vestido, hizo penetrar a un visitante.
—El inspector Crocks –anunció.
Crocks era bajo, robusto y jovial.
Tan calvo como una bola de billar, su barba puntiaguda era algo pardusca; era un burgués de burgueses. No obstante su aspecto nada prometedor, Tillizini no andaba engañado respecto a lo que a este elegante policía le interesaba.
—Siéntese, inspector –dijo, indicando una silla–.
¿Un cigarrillo?
—Muy refinado para mí –dijo–. Soy fumador en pipa.
—Llénela –dijo el profesor, con una ligera sonrisa.
No insultó a su visitante ofreciéndole tabaco, puesto que sabía que es ésta una atención con la que, todos los fumadores en pipa se dan por agraviados, porque se pone en duda, como así es, en efecto, su propio discernimiento y criterio.
—¿Bien? –preguntó, mientras el otro llenaba lentamente su cachimba pulimentada.
—Sus compatriotas, si usted me perdona, no son útiles; son un poco...

—Son embusteros –dijo el profesor con calma–. Todos los hombres son mentirosos cuando están asustados, y puedo asegurarle que esos pobres diablos están atemorizados de una forma que usted no puede imaginar. No en cuanto a ellos mismos, sino por sus hijos, por sus mujeres y por sus padres y sus madres viejos.
Se levantó de la mesa y empezó a andar con lentitud de un lado para otro de la habitación.
—Estos hombres que usted persigue son inhumanos; no comprende usted lo que quiero decir con la palabra inhumanos. Es un vocablo que para usted significa una cierta severidad injusta, crueldad quizá. Pero, amigo mío..., ¡crueldad! –rió, con una sonrisa un poco amarga–. Ignora usted de qué crueldad se trata; no el tipo de crueldad que florece en las orillas del Adriático. No se la describo a usted porque le estropearía el sueño de esta noche.
El detective sonrió.
—Conozco un poquitín –dijo tranquilamente, lanzando una bocanada de humo y observando con mirada perspicaz cómo se esfumaba.
—La idea de usted –continuó el profesor– es apresarlos; muy bien. Y cuando ya los haya cogido, demostrar la culpabilidad de los mismos; perfectamente otra vez –dijo secamente–; tan fácil es una cosa como la otra. Mi opinión es que son bichos, ratones de la sociedad, que han de ser exterminados sin proceso y sin remordimiento.
Hablaba tranquilamente; no había el menor signo de emoción ni en la voz ni en el ademán. La mano que buscaba un cigarrillo en la pitillera de oro estaba firme; entonces Crocks, que no era un sentimentalista, tembló.
—Ya sé que es ésa su opinión –dijo con una sonrisa forzada–; no obstante, no es opinión que goce de mucho favor en este país; es un punto de vista que podrá ocasionarle algún disgusto muy serio con las autoridades, y hasta podría conducirle a Old Bailey(1)

(1) Tribunal Central de lo Criminal, en Londres (N. del T.) con la máxima acusación.
El profesor rió, con risa débil y musical. Dejó correr los dedos por entre su pelo gris con un gesto característico y se hundió en el sillón acolchado junto al escritorio.
—¡Bien! –dijo con viveza–. ¿Qué ha descubierto usted?
El detective movió la cabeza.
—Nada –dijo–, o sea nada que valga la pena. La banda es inapresable; las personas que pueden facilitar algún dato son bestias mudas; están atemorizadas, o bien afiliadas a la Mano Roja. He intentado amenazarlas; he tratado de sobornarlas; no se consigue ni lo más mínimo.
Tillizini rió suavemente.
—¿Y la Mano Roja ha hecho algún otro movimiento?
El detective metió la mano en el bolsillo. Extrajo un manojo de papeles, unidos por una goma elástica. De entre ellos sacó una carta.
—Ésta ha sido dirigida al embajador en San Remo –exclamó–. No me molestaré leyéndosela a usted; es el tema acostumbrado. Solamente que, en este caso, el amenazado es un niño.
—¡Un niño!
Las negras cejas de Tillizini se fruncieron diabólicamente.
—Ése es un naipe principal –dijo serenamente–. Quisiera saber cuánto tiempo estará el chiquillo libre de sus garras. ¿En qué consiste la amenaza de nuestro desconocido?
—Rapto, primero, y crimen, después, si el rapto no da resultado.
Tillizini tomó la carta de manos de su compañero y la leyó con detenimiento. Colocó el papel junto a la luz.

—Es la banda americana. Yo creía que los habíamos exterminado; pero, evidentemente, es una organización más vasta de lo que yo pudiera suponer.
Un timbrecito musical sonó sobre su cabeza. Tillizini levantó la vista, escuchando. Después de un corto intervalo, el timbre volvió a sonar.
El profesor hizo un gesto afirmativo. En una de las esquinas de la mesa había una gran caja negra; la abrió mientras el detective le observaba con curiosidad. Al dar vuelta a la llave y levantar la tapa, desapareció el frente de la caja, dejando al descubierto tres hileras simétricas de frascos de cristal.
De la fila delantera tomó uno Tillizini, lo deslizó en el bolsillo e, inclinándose un poco, pulsó el timbre que había en la mesa.
Abrióse la puerta para dar paso a un criado que iba seguido de un joven de color sano, perteneciente, sin ningún género de duda, a la clase trabajadora. Crocks le miró, vió que se trataba de un inglés, y estaba pensando de qué forma los dos hombres habrían llegado a conocerse. Invitado por Tillizini, el joven se sentó.
—Bien, amigo mío –dijo el profesor con complacencia–, ¿está usted dispuesto a continuar en este asunto?
—Sí, señor –respondió el otro con firmeza.
Tillizini hizo un ademán de asentimiento.
—Recibí su mensaje –dijo. Se dirigió al detective–: Este hombre se llama Carter –dijo con brevedad–; es un lampista sin trabajo, soltero, sin familia y dispuesto a arriesgarse.
Tengo entendido que ha servido usted en el Ejército, ¿no? –dijo.
El recién llegado asintió. Estaba sentado incómodamente en el borde de la silla, por no hallarse habituado a la buena sociedad, y se encontraba visiblemente azorado.
—Puse un anuncio –continuó Tillizini– buscando un hombre que desease arriesgar la vida; le pago doscientas libras, y a fe que se las gana.
Crocks estaba desconcertado.
—¿Qué es lo que hace exactamente?
–preguntó.
—Eso –dijo Tillizini, con una leve: sonrisa– es precisamente lo que él no sabe.
Volvióse hacia el otro, que gesticulaba tímidamente.
—Cumplo instrucciones –dijo–, y he percibido cien libras.
—Está bastante claro, Mr.
Crocks; se limita a vivir en una pensión, en Soho(1), se dirige a un

(1) Distrito de Londres en donde radican los principales restoranes muelle que está allí –yendo hacia la ventana, indicó un punto determinado–, cada tarde, a esta hora, me transmite por señales un mensaje bastante incomprensible, y después pasea lentamente, cruzando el puente de Westminster, a lo largo del malecón, Villiers Street arriba y luego a mi casa.
Recorrió la habitación, balanceándose y con zancadas largas.
—Tiene la vida en sus manos, y le consta –dijo–. Le he manifestado que probablemente lo asesinarán; pero parece que esto no le hace retroceder.
—En estos tiempos –dijo el soldado–, una cosa tan insignificante como ésa no es para preocuparse; es preferible ser asesinado que morirse de hambre, y he estado sin trabajo doce meses, hasta que el señor Tillizini me dio esta plaza.
—Percibe doscientas libras –continuó Tillizini–, conforme a contrato.
Le he apagado cien. Esta noche le pagaré las otras cien, más sus gastos.
extranjeros. (N. del T.) Probablemente –dijo con una sonrisa–, escapará con heridas leves, en cuyo caso le felicitaré de todo corazón.
Volvióse rápidamente hacia Carter.

—Ahora entrégueme todos los papeles que lleva en los bolsillos. Póngalos encima de la mesa.
El hombre rebuscó en diferentes bolsillos y sacó trozos de papel, memorándums, libros de notas y toda la gala literaria de su rango.
Tillizini sacó de su bolsillo el frasco que extrajo de la caja de medicamentos. Lo destapó, y un olor penetrante y nauseabundo invadió la estancia. Con el extremo humedecido del tapón fué tocando cada uno de los objetos que el hombre había depositado encima de la mesa.
—Ya se acostumbrará usted al olor –dijo sonriendo–; pasado un momento, no lo notará.
—¿Qué es esto? –preguntó Crocks con curiosidad.
—Quedará usted sorprendido cuando se lo diga –respondió el otro–. Es una destilación doble de aceite esencial de rosas, que en su estado actual es el olor más repugnante del mundo, y esta botella que tengo en mis manos, comercialmente, tiene un valor de veinticinco libras.
A una indicación de Tillizini, Carter recogió sus papeles y los guardó de nuevo en sus bolsillos.
—¿Tiene usted revólver? –preguntó el profesor.
—Sí señor –respondió el hombre–.
Me voy acostumbrando a su manejo. No entiendo estas pistolas automáticas, pero fuí el otro día a Wembley y ya tengo algo de práctica.
—Espero que no se le presentará ocasión tan a la mano para ejercitar su práctica –dijo Tillizini secamente.
Llamó al timbre y vino el criado,
—Sírvale algo de cenar al señor Carter– ordenó. Al marcharse, Tillizini le saludó con una ligera inclinación.
—¿Qué significa todo esto? –preguntó Crocks.
—Ya lo verá usted –dijo el otro.
—Pero no comprendo –dijo el asombrado detective– por qué ha de darle usted a ese hombre una cantidad tan importante nada más que por transmitirle señales eléctricas cada noche.
Tillizini sentóse junto a su escritorio.
—Mr. Crocks –dijo–, sería una falsa inmodestia por mi parte suponer que mis movimientos escapan a la vigilancia de la Mano Roja. Estoy perfectamente convencido de que, ni salgo ni entro de esta casa sin que la organización lo sepa. Cada paso que doy es vigilado; cada acto mío se considera desde el punto de vista de una posible amenaza para esa sociedad. Esa sociedad sabe que cada noche yo me dedico a cruzar mensajes con un hombre apostado al sur del Támesis. El mismo misterio será, cosa muy natural, un aliciente para el temperamento latino, y su significado se exagerará. La segunda noche puede usted tener la seguridad de que supieron dónde se situaba Carter. Puede usted estar también seguro de que fué observado desde el muelle y seguido hasta su casa.
El detective comenzó a ver claro.
—Entonces, ¿Carter no es más que un señuelo?
—Un señuelo de doscientas libras –dijo el otro gravemente–. Conoce el peligro y le pago una cantidad crecida; afortunadamente, es un buen transmisor de señales, y gracias a esto puede transmitirme, por medio de un código enteramente nuestro, cuanto sucede en la orilla opuesta del río. He de admitir –dijo sonriendo– que por ahora no ha ocurrido nada digno de mención.
—Le matarán. –dijo Crocks.
—Lo intentarán –dijo el otro con tranquilidad–; creo que es un hombre de bastantes recursos. Espero que lo peor que sucederá es que buscarán una forma elegante de aclarar el

misterio que le rodea. “Hallo!” De pronto abrióse la puerta violentamente y penetró el criado.
—Lo siento mucho, señor –dijo tartamudeando.
—¿Qué ocurre? –Tillizini estaba en pie–. ¿Es Carter?
—No, señor; está en la cocina. Oí sonar el timbre, y la muchacha –continuó de forma incoherente.–, y una muchacha cayó hacia adentro. ¿Qué debo hacer, señor?
—¿Cayó hacia adentro? –Tillizini echó a andar rápidamente delante de él, y bajó los amplios escalones de dos en dos hasta el “hall”.
El hombre había tenido la suficiente presencia de ánimo para cerrar la puerta después de la extraña aparición de la visitante.
En el suelo alfombrado del “hall” yacía el cuerpo de una mujer.
Tillizini, práctico en los menores manejos de la banda, avanzó con cautela. Yacía bajo una lámpara colgante, y esto le permitía a Tillizini verle la cara. Levantóla, y con la carga volvió a subir las escaleras con presteza.
Crocks estaba en el quicio de la puerta de la habitación.
—¿Qué pasa? –preguntó.
Tillizini no contestó. Conducía el débil cuerpo y lo depositó en el banco que estaba junto a la pared.
—¿Qué es lo que sucedió? –preguntó Tillizini brevemente.
—Oí sonar el timbre, señor –dijo el afectado servidor–, y me dirigí hacia la puerta creyendo que era...
—Prescinda de todo eso; sea breve –dijo Tillizini.
—Bueno; abrí la puerta, señor, y debe haberse desvanecido junto a ella.
No tuve tiempo más que para cogerla y para arrastrarla hacia el “hall” antes que se muriese.
—¿Vió usted a alguien fuera?
—No, señor –dijo el criado.
—Veo que cerró usted la puerta tras sí –dijo Tillizini en sentido de aprobación–. A buen seguro, yo haré algo de usted, Tomás.
De un estuche médico tomó un pequeño frasco, lo destapó, y –con el contenido se humedeció la yema del dedo.
La pasó; por los labios de la muchacha, que se hallaba insensible a todo.
—Se ha desmayado únicamente –dijo, mientras que con mano hábil y con presteza le tomó el pulso, y con los delicados dedos le hizo una ligera presión en el cuello.
La droga que le había administrado fué de efecto maravillosamente rápido.
Casi en seguida abrió los ojos y miró a su alrededor. Vió entonces la cara de Tillizini.
—No pretenda Hablar –dijo con gentileza–. Espere. Voy a traerle un poquito de vino, aunque creo que no lo necesitará.
Intentó sentarse; pero la mano firme de Tillizini se lo impidió.
–Esté un ratito echada tranquilamente –dijo–. Este señor es un detective de Scotland Yard. No tiene usted que temer nada.
—¿Es usted el doctor Tillizini?
–preguntó la joven.
Él asintió.
—Mi marido, ¿lo ha visto usted?
–murmuró.
Tillizini asintió de nuevo.
—Sí, sí. Era el hombre que fué condenado en Burboro.
Una expresión de dolor cruzó la cara blanca de la joven.
—Sí, fué condenado –dijo débilmente–. Era inocente, pero fué condenado.

Las lágrimas asomaban a los ojos de la muchacha Tillizini tenía en la palma de la mano el frasco estrecho y azul. Lo inclinó nuevamente, y otra vez pasó el dedo meñique por los labios de la muchacha. Ésta frunció las cejas.
—¿Qué es eso? –dijo–. Es una cosa muy dulce.
El profesor sonrió.
—Sí, es muy dulce, hijita –dijo–; pero te hará mucho bien.
Su predicción se cumplió, pues a los pocos minutos sentóse la joven, ya completamente calmada y repuesta.
—He oído que estuvo usted a ver a mi marido –dijo–. Deseaba hablar con usted, pero ya se había usted marchado, y entonces pensé en escribirle, y estaba comenzando mi carta, cuando llegó un caballero...
—¿Qué caballero? –preguntó Tillizini.
—El caballero italiano –contestó la muchacha–, el que mi marido dijo que le había rogado fuese a Highlawn.
¡Oh! A mí me constaba que no era verdad que hubiese robado a Sir Ralph. Pobres como éramos, nunca hubiésemos hecho tal cosa.
Tillizini asintió y alzó su mano con una sonrisita de recriminación.
—Sí, llegó el italiano. ¿Y qué deseaba?
La joven se había tranquilizado de nuevo.
—Me dió algún dinero –dijo la muchacha–, diciéndome que haría lo posible para que mi marido fuese puesto en libertad, y yo le estaba tan agradecida, porque tenía la completa seguridad de que iría a ver a Sir Ralph, hablaría con él y Jorge sería sacado de la cárcel.
Era poco más de una chiquilla, y los dos hombres que escuchaban estaban invadidos por demasiada piedad para sonreír ante una apreciación tan cándida del poder de Sir Ralph.
—Y entonces –continuó la jovensolicitó de mí una cosa horrible.
Se estremeció sólo de pensarlo.
—Me pidió que hiciese aquello por lo que mi marido había sido condenado.
—¿Ir a la casa?
—Sí –la joven hizo un gesto afirmativo.
—¿Y coger el paquete?
Afirmó nuevamente.
—¿Y esto tenía usted que hacerlo la noche del viernes?
Los ojos de Tillizini brillaban de excitación.
—Sí –dijo–; ¿cómo lo sabe usted?
Una ligera expresión de temor se apoderó de su rostro. Estaba fuera de sí con todas esas intrigas y maquinaciones, esta campesina sencilla, que había arrostrado todas las responsabilidades y pruebas del matrimonio a una edad en que infinidad de muchachas aun van a la escuela.
—Lo sé –dijo Tillizini.
Andaba de un lado para otro de la habitación con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza inclinada.
—No le será a usted posible llevarlo a cabo ahora. Han observado cómo venía usted hasta aquí; supongo que es por eso por lo que se ha dirigido usted a mí.
—Sí –dijo–. Me dan tanto miedo esos hombres... Nosotros somos gente de pueblo completamente. No nos hemos visto nunca mezclados en una cosa semejante.
Tillizini meditó un momento; cogió entonces el auricular del teléfono y dió un número. Habló brevemente con alguien, en italiano, y lo hizo con aire autoritario. Volvió a colgar el auricular.
—He telefoneado a una señora, que ha de venir aquí, a cuya casa irá usted acompañada por ella –dijo–. No creo que esa gente pueda molestarla lo más mínimo, puesto que usted no

conoce nada que pueda afectarles ni en un sentido ni en otro. Supongo –dijo dirigiéndose a Crocks– que podrá usted prestarme unos cuantos hombres para que vigilen a esta muchacha hasta que llegue a la casa donde la envío.
Crocks asintió.
—Yo mismo la acompañaré –dijo jovialmente–. Yo valgo por dos.
Tillizini sonrió.
–Algunas veces pienso –dijo– que vale usted por tres. ¡Es que usted es el que puede ser y el que nunca aparenta ser!
Croks rió entre dientes.

Capítulo Vi

Los tres

Caminando desde London Bridge, a lo largo de Tooley Street, y cruzando Rotherhite, se llega hasta Lower Deptford (Deptford inferior). Atravesando éste, hállase Deptford propiamente dicho, y desviándose hacia la izquierda, encuéntrase una calle larga y recta que cruza la de Ravensbourne y enlaza con Greenwich –el curioso rincón de Londres que más resueltamente se niega a ser modernizado por completo– y con su vecindario bullicioso.
La calle de enlace albergó en su día a la gente acomodada de la clase media de Deptford, en la época en que Deptford era un puerto floreciente, y cuando los atezados navegantes de pendientes de oro rememoraban los días gloriosos en que el propio Pedro el Grande trabajaba en los astilleros y vivía harto suciamente en Evelyn House.
Las casas son de fachada estrecha y de un mismo modelo; de cada una de las puertas penden doseles de madera; en algunas se encuentran vestigios de artesonado de roble; pero, por lo general, los actuales inquilinos han empleado todas aquellas maderas que han podido arrancar para encender la lumbre. Por cuyo motivo, lo que un día constituyó la gloria de Deptford, es hoy su baldón. Las amplias casas resuenan con los agudos chillidos de innumerables chiquillos. Los pisos se hallan, uno con otro, alquilados, y en algunos casos una docena de familias ocupa el reducido espacio que en otros tiempos apenas bastaba para albergar a la progenie de los opulentos cabulleros(1).
Cuando Mill Lane fué transfigura (1) Equivalente, en español, a la palabra inglesa “shipchandder”, o sea, proveedor de buques. (N, del T.) do a la usanza de Row(2), y sus chozas, sus antros antihigiénicos y sus quintas pequeñas y originales fueron demolidas por un sabio arquitecto, la colonia italiana, que había tenido asentados sus reales en ese barrio insalubre, se trasladó hacia el norte, distribuyéndose a lo largo de la calle de legendario abolengo.
Al principio, el italiano era un vecino bueno; tranquilo, sobrio, inofensivo; su órgano, metido en el reducido espacio del patio trasero, era quizá una molestia para las personas que deseaban levantarse tarde; pero, por lo demás, era poco lo que perjudicaba.
En una de estas casas, en un piso superior, alrededor de una mesa, estaban sentados tres hombres. Un gran frasco de chianti ocupaba en el centro de la misma el puesto de honor, y se habían dispuesto vasos para los tres individuos, uno de los cuales era, sin

(2) Población de Escocia, en el condado de Dumbarton. (N. del T.) duda alguna, el convidado. De las ventanas, perfectamente cerradas, pendían gruesos cortinones; hasta la

misma puerta había sido provista de burlete por el prudente inquilino, y como una precaución más contra toda posible interrupción, al otro lado de la puerta, abajo y a dos pasos de la estrecha escalera, allí estaba sentado un hombre de rostro moreno, cuyo cometido era vigilar que la conferencia no fuese turbada.
El convidado era hombre de elevada estatura, formidablemente vigoroso; de pelo negro cortado corto; su cara, rayada y con cicatrices, estaba medio oculta por una barba negra y como una mata.
La camisa, abierta, mostraba un trozo de pecho velludo, y los potentes brazos, descubiertos por las mangas arremangadas, revelaban una fuerza enorme. Daban razón ciertamente, de Tommasino Patti, conocido en su tierra por el apodo de “Il Bue”, que significaba “El Buey”.
Por “Il Bue” le conocían sus compañeros, aun cuando no hubiese nada de bovino en su fisonomía depravada, pero inteligente, ni en sus movimientos, flexibles y ligeros.
El hombre que estaba a su izquierda era de baja estatura y robusto, barbilampiño aparte de un bigote negro cuidadosamente rizado en cada uno de sus extremos. Tenía la respiración corta y hablaba como el que padece asma crónica, con entonación profunda, jadeante y prolongada.
Frente a “Il Bue” estaba un joven que ofrecía un notable contraste con sus camaradas. Ya que mientras el gigante se preocupaba del desaliño de su indumento y el hombre robusto tenía un aspecto un poco mejor, este tercer miembro del concejo iba vestido con exquisito cuidado.
Era un joven delgado y gracioso, de estatura mediana; guapo, con piel color aceitunado, frente amplia y bigote ligeramente negro. Llevaba un traje de confección sencilla, que le sentaba admirablemente. La corbata era de seda, color negro mate, y las únicas joyas que llevaba eran una perla negra en la corbata y una cadena de oro que le cruzaba el chaleco.
Era hombre del que su ayuda de cámara se había preocupado con esmero, y desde las polainas hasta las uñas, arregladas por la manicura, todo denotaba una persona correcta en extremo.
Su abrigo, forrado de seda, estaba cuidadosamente plegado en el respaldo de la silla, y encima un sombrero de fieltro suave. El mismo se había repantigado en una silla muy cómoda, de que alardeaba la habitación, y las piernas, echadas por encima de los brazos de aquélla, dejaban entrever unos calcetines de seda. Aparentaba poco más de veinte años, aunque en realidad era mucho mayor.
Su actitud respecto a los otros era de divertida curiosidad. De cuando en cuando, y con mucha atención, mirábase las preciosas uñas, como si las encontrase mucho más interesantes que la conversación. Y, no obstante, la conversación era lo suficientemente espeluznante.
El hombre robusto había terminado el relato de su aventura.
—Y, señores –dijo dirigiéndose a todos–, yo mismo hubiese podido apoderarme de esa joya; pero con los impedimentos que vuestras excelencias me pusieron...
Hablaba dirigiéndose indistintamente a “Il Bue” y al joven que estaba en el extremo de la mesa.
—¿Por qué? –preguntó con un ademán de extravagante desesperación–. ¿Por qué es necesario que os valgáis de una tercera persona, un ente sin finura, como ese Mansingham, que penetra disparatadamente en la casa, despierta a los criados y es detenido? Estabais tentando a la Providencia, señores míos, lo mismo que hubierais hecho de haber utilizado a la muchacha.
El joven sonrió.
—Eres un loco –dijo.
Hablaban en italiano puro, y la voz del jovenzuelo era suave y melodiosa.

—¿No tenemos un ejemplo de la locura que supone obrar en otra forma?
Arqueó las cejas, y por un momento un resplandor funesto brilló en sus ojos, modificando completamente todo el carácter de su fisonomía.
—Óyeme, hombrezuelo –golpeó la mesa delante de él, y habló con gran énfasis–. Lo que a ti pueda parecerte sencillo, para nosotros no lo es tanto. Es norma de "nuestros amigos", cuando se ha de llevar a cabo una incursión de tal naturaleza, que la persona que sustrae y la que inmediatamente recibe lo sustraído, se desconozcan mutuamente. Además –dijo, midiendo con cuidado las palabras–, es preciso, después de cierto acontecimiento que es posible recuerdes, que el medallón, caso de que sea un medallón, sea recibido por dos de nuestros hermanos y no por uno.
El otro sonrió.
—Repito –dijo–: y no por uno.
Sonriendo aún, miró a "Il Bue", y después al hombre robusto.
—Hace un año –dijo– hemos tenido indicios de algo que nos era necesario. Se trataba de un medallón. Uno de esos dos medallones yo sé que contiene un secreto que puede enriquecernos. Comisionamos a un hermano, experto en la ratería científica, para que hiciese desaparecer esa joya. Se infiere, mi querido Pietro, que las mismas inteligencias que, con gran pericia, pueden manejar un juego de herramientas para hacer saltar las cerraduras o para forzar los escaparates, pueden ser completamente insuficientes o inadecuadas cuando llega el momento del hurto o de la custodia del tesoro. En el robo, como en todas las ciencias, el especialista lleva ventaja; instruimos a un especialista para que sustraiga el medallón de su estuche, cualquiera que sea éste; utilizamos conjuntamente a otros especialistas para que reciban la joya y la depositen en sitio seguro, vigilándose a ratos mutuamente ¿Me comprendes?
El hombre robusto asintió de mala gana, y el joven continuó
—El caballero –dijo con mal humorque recibió esta preciosa reliquia, de la que la sociedad tanto necesitaba, fué perjuro a su parentesco; demostró la falsedad del adagio inglés de que existía honor entre los ladrones, y a fe que no existe, y aunque por casualidad llegásemos a encontrarle, nunca hallaríamos la joya.
Sacó del bolsillo una petaca plana de oro, tomó un cigarrillo y lo encendió.
—No hubiese constituido para nosotros ninguna satisfacción el eliminar este amigo errante. Tuvimos la fortuna de que nos ahorrase el trabajo de hacer tal cosa. No encontramos la alhaja –repitió–. Lo que sería más de desear: que en su pánico la hubiese entregado a algún campesino u otra persona cualquiera. Ese campesino ya hemos sabido dónde se encuentra.
Cruzó una mirada rápida con "Il Bue", y éste asintió con énfasis.
—Queda por ver el que podamos tener la joya –continuó el exquisito joven, lanzando bocanadas de humo hacia el techo–. De todas formas, es totalmente indiscutible la necesidad de adoptar precauciones en la cuestión de recibir estos objetos, que son tan preciados para nosotros, ya que determinar su paradero nos ha costado tanto trabajo y sinsabores.
Miró al reloj.
—Ahora no tengo mucho tiempo que perder. Enseñadme lo que haya que ver.
El hombre grueso se levantó y cruzó pesadamente la habitación. Metió la mano bajo la almohada de una carriola que había en la esquina y sacó una caja larga y plana. Se la acercó al otro y la abrió con una llave que, junto con un crucifijo, le pendía del cuello.
Era una curiosa colección que atrajo la vista del joven. La caja estaba casi llena de medallones de todas las formas y características imaginables.

Los había de oro y de plata, tallados en cristal; medallones con tal cantidad de joyas incrustadas que era imposible determinar el metal de que estaban hechos. En algunos había pintada una miniatura y otros resplandecían por sus esmaltes.
El joven los tomó entre los dedos, con mano rápida y hábil; los sacó de la caja uno a uno, los puso en la palma de la mano y les dió la vuelta; pero a medida que los iba examinando, los desechaba Acabó por fin la tarea.
—Son muy valiosos –dijo–, pero no tienen el valor que yo creía. Hemos de seguir buscando. Tengo el convencimiento de que el medallón que está en poder de ese loco Morte–Mannery es más probable que sea el que nosotros buscamos que cualquier otro. No hemos de perder tiempo ni han de dolernos prendas para apoderarnos de él.
Del bolsillo interior de la americana sacó una cartera plana de piel y extrajo una hoja de papel, en la que había un dibujo a lápiz.
—Éste es –dijo–, si es que existe.
Alargó el dibujo al hombre robusto.
—Observa esos curiosos arabescos, ese Cupido, ese demoñuelo ungulado.
Es una obra maestra.
Hablaba con entusiasmo. Por un instante, lo que constituía el objeto siniestro de la persecución se desvaneció ante la apreciación artística que él hacía del dibujo.
—En el mondo existen dos medallones semejantes.
Hablaba ahora con mayor rapidez.
—De uno de ellos nos hemos de apoderar esta noche. Del otro, el viernes. Hemos de tomar algunos acuerdos.
Si es preciso, bajaré yo mismo para ir a recibir el medallón. Este dibujo –señaló el papel es lo que me decide.
Tenemos medios para no dirigir nuestros esfuerzos hacia otro punto cualquiera y concentrarlos en Burboro. A propósito, ¿qué dinero se necesita?
—Mil libras inglesas –dijo el hombre robusto, sin resuello.
El joven rió.
—Es absurdo pedir mil libras para una cosa que quizá no tenga valor alguno –dijo–. A ella debes prometerle... A propósito, ¿dónde está?
—Esta noche estará en la ciudad, señor –dijo Pietro.
El joven hizo un gesto afirmativo.
—Es muy entusiasta y muy fiel –dijo–. Una mujer interesante, nuestra Lisa –musitó al tiempo de levantarse.
“Il Bue” dió un salto y le ayudó a ponerse el abrigo.
—Probablemente esta noche te será de utilidad.
—¿Por qué no te fías de ella para que saque la alhaja de la casa de ese indecente? –preguntó con crudeza el hombre alto.
El exquisito joven sonrió.
—Infeliz –dijo–. Si no tengo confianza en un hermano ¿cómo voy a tenerla en...? No –exclamó con algo de dureza, mientras en pie, junto a la puerta, se abrochaba el abrigo–. No corro más riesgos. Mi padre me previno contra una locura semejante y yo desprecié su consejo. He tenido que pagar el precio de mi negligencia.
¿Quién está fuera? preguntó de pronto.
—Beppo –dijo “Il Bue–”. Debía tener a alguien que fuese de fiar. A Beppo le gusta la oscuridad.
—Es un animal dañino –exclamó con facilidad el joven. A ti o a mí nos cortaría la garganta por una piastra.
—Es posible –dijo el otro refunfuñando–; pero un hombre que le peligra el cuello, y que su vida depende de ser fiel, es el llamado para desempeñar un cometido semejante.

Abrieron la puerta, indicando el camino el invitado musculoso, que llevaba una lámpara de mano. Sentada en la escalera había una silueta, en cuclillas, la cabeza encorvada y las rodillas en alto.
—¡Un centinela estupendo! –dijo el joven.
“Il Bue” inclinóse y lo agarró por el cuello.
—¡Despierta, perro! .–siseó–. ¿Es ésta la manera...?
Detuviéronse entonces, por cuanto la cabeza, que desplomóse hacia atrás, y el puño de una daga que emergía del corazón, les dieron una explicación completa del silencio de la víctima.
¡En efecto! Yacía allí ese hombre perjuro de sí mismo, que paladinamente había escapado del cadalso en dos países –ese chacal de una confederación canallesca–, y los tres hombres le miraron fijamente con asombro y con horror.
Al joven era al único que podían atribuírsele estas manifestaciones, a él, que sin pausa alguna y sin el menor gesto de emoción, continuó abrochándose los guantes.

—No hay más que un hombre que haya podido hacer esto –dijo reflexionando–, y ese hombre es Antonio Tillizini.

Capítulo Vii

El inconmensurable Antonio

Señor, ¡por amor de Dios!
El Strand estaba invadido por una muchedumbre mañanera, y los perezosos que paseaban por esa famosa vía antes del día de Pascua de Resurrección llenaban las aceras.
Para un hombre apresurado, la palabra vago, haragán o buscador de placeres constituía un anatema. Frank Gallinford era ese hombre que tenía prisa, ya que el rápido de Burboro de las seis treinta no espera a nadie, y aunque la estación de Chaving Cross estaba a la vista, quedaban solamente dos minutos para, atravesando por entre la multitud, llegar a ella y penetrar en el andén.
Maldijo profundamente y de todo corazón a los perezosos, mientras que a codazos y empellones se abría paso.
Dejar la acera era acortar distancia, porque la calzada estaba bloqueada por el tráfico y, además, una inteligente autoridad había mandado excavarla en uno de sus trozos de mayor aglomeración y con el pretexto de “reparaciones” que se levantasen los carriles en una extensión que abarcaba hasta la mitad de la anchura de la calle.
Frank Gallinford había pasado del bordillo a la calzada, y de la calzada al bordillo, escabulléndose entre los mercachifles que vendían sus artículos, había tenido que escapar a las ruedas de los asoladores automóviles y entendérselas a puñetazos con caballeros robustos y desocupados, y todo esto en su esfuerzo por llegar a tiempo a la estación; pero su objetivo se le aparecía más lejano que nunca.
De pronto sintió que le cogían por la manga, y oyó las palabras:
—”¡Signor”, por María Santísima!
Palabras que fueron más susurradas que habladas, y el idioma empleado era el italiano.

Frank se detuvo y miró a su alrededor con un gesto de asombro, ¿Quién le hablaba en italiano en ese Strand tan inglés, y quién estaba al tanto de que él conocía ese idioma?
El hombre que había recibido el codazo era, sin duda alguna, un latino.
Su rostro largo cadavérico, cubierto por una barba de una semana, revelaba un tanto convulsivamente su agitación.
Sus ojos, grandes y negros, que bajo unas cejas peludas le miraban fijamente, brillaban como brillan sólo los ojos meridionales.
En un momento olvidó el inglés su ansiedad por coger el tren. El acento dulce que conocía tan bien y que tanto amaba llegó a sus oídos como el primer soplo de brisa que riza las aguas del Adriático en las noches de estío.
Suscitó recuerdos de ambiente lugareño sencillo y encantador, rememoró, visiones de los palacios de mármol de la antigua nobleza veneciana.
—Bien, amigo mío –preguntó bondadosamente.
–No puedo hablarle aquí –dijo el hombre bajando la voz y expresándose con rapidez–. ¿Se acuerda usted de mí, “signor?” Romano. Yo era su capataz en las obras del puerto de Cattaro.
Frank recordó, y con un saludo amistoso dejó caer su mano sobre el hombro del otro..
—¡Acordarme de –usted, Miguel!
–dijo riendo ¿Cómo podría olvidarle?
Usted fué el hombre que vino nadando hacia mí cuando me dió aquel calambre.
¡Confundirle a usted, que salvó mi vida!
La boca del pequeño italiano dibujó una ligera sonrisa. Nuevamente recobró su gesto de ansiedad.
—Sígame –murmuró–; es urgente; ignora usted de qué se trata; no puede comprenderlo.
Sin una palabra más, lanzóse entre la multitud, y Frank Gallinford, sin perderlo de vista, le siguió.
Romano dobló la primera esquina que encontró. Era una calle empinada que conducía hacia el Adelphi.
Aquí cesó la corriente del tráfico.
En las hondonadas profundas sólo se aventuraban los viajeros más experimentados, que sabían que aquello era atajo que conducía al distrito donde estaba la estación del ferrocarril; los dos hombres eran dueños absolutos de la calle en aquel momento.
Cuando hubieron andado unas cincuenta yardas(1), el italiano se detuvo, y Frank observó que se situaba entre dos faroles de la calle, en un punto intermedio, donde la luz era más velada y bastante insegura.
—”Signor” –dijo hablando rápidamente y hasta con incoherencias–, usted me conoce un poco. Yo soy masón, y fuí enviado a Londres para trabajar en el nuevo Restorán Italiano de Regent Street. No tengo ningún amigo en Londres, nadie a quien poder dirigirme, y estoy desesperado –apretó las manos, y su voz era chillona, aunque, gracias a un consumado esfuerzo de propio dominio, hacía por mantenerla en un tono bajo–, y entonces vi su rostro, su fisonomía enérgica, tranquila, inglesa, en medio de toda esa

(1) Medida inglesa de longitud, equivalente a 91 centímetros. (N.
del T.) multitud. “signor”, igual que un santo, “signor”...
Frank estaba ya demasiado acostumbrado a la extravagancia de las lisonjas italianas para que pudieran molestarle, aunque no había podido desterrar ese sentimiento de timidez que se apodera del anglosajón más flemático cuando se halla frente a una adulación muy florida.
—No me considero muy angelical precisamente, Miguel –exclamó con una sonrisa lastimera cuando le vino a la memoria el tren que había perdido.

—Óigame, “signor” –continuó el hombre–. Hace años, cuando era un jovenzuelo, me encontraba en Nueva York, y por broma, “signor”, juro que fué sólo una chanza propia de la juventud, me hice miembro de una sociedad. Presté juramento, y no me preocupé lo más mínimo. Entonces regresé a mi patria, más tarde fuí a Montenegro, después otra vez a Italia y ahora a Londres. Y, “signor”, me han encontrado los de la sociedad a que yo pertenecí. Y me dicen que tengo que realizar cosas horribles, horribles, horribles.
Tapóse la cara con las manos y gimió. Frank estaba perplejo. Conocía estas sociedades secretas y había tenido ocasión de ver sus benignas demostraciones. En más de una ocasión había tenido que soportar una lucha exasperante como resultado de una ofensa inferida a algún miembro de la sociedad. Pero nunca pudo penetrar en la tragedia, en el horror oculto de estas misteriosas asociaciones.
—Amigo –dijo con dulzura–, no debe usted preocuparse: estamos en Inglaterra. Aquí no suceden estas cosas.
Si le amenazan, diríjase a la Policía...
—¡No, no, no! –protestó el hombre, preso de terror–. Usted no comprende.
Mi única esperanza es marcharme...
¡Si pudiera llegar hasta la Argentina! ¡Venga, venga!
Condujo al otro hasta el próximo farol, mientras rebuscaba en los bolsillos.
—Me buscan por muchas razones –dijo–, y principalmente por ésta.
Su chaqueta era una de esas de tejido pesado que acostumbran usar muchos labradores italianos, con las esquinas de los bolsillos adornadas con pequeños triángulos de un terciopelo negro–rojizo. Del fondo del bolillo, el hombre sacó una cajita. Tenía el aspecto de un estuche para joyas, y el inglés observó que era bastante nueva.
La mano temblorosa de Romano buscó el pestillo. Lo encontró al cabo de un rato, y se abrió la tapa que estaba recubierta de satén. Sobre una almohadilla de color azul oscuro yacía un pequeño medallón.
—San Antonio –dijo el italiano, con voz baja y con impaciencia.
Era una obra magnífica. El fondo estaba construído con pequeños diamantes, y la Virgen y el Niño eran de relieve en oro. No se trataba de una estampa o de una obra de forja, sino de una talla rara y delicada.
—”Signor”. –dijo Miguel–: hace un mes, un hombre que era amigo mío me trajo esto. Cómo había llegado a su poder, lo ignoro. Me rogó que tuviese cuidado de ello “y que, pasado un tiempo”, éstas fueron sus palabras, “signor”, lo devolviese a...
Un automóvil descendió rápidamente por la calle, y el italiano miró a su alrededor sospechando algo.
—¡Tómela!
Dándole un golpe seco, dejó la caja en las manos de Gallinford.
—Pero...
—¡Tómela!... ¡Ah!
El coche tomó la dirección frente a los dos, y cuando la barnizada puerta se abrió, Romano retrocedió hacia la balaustrada.
Dos hombres descendieron, seguidos por una mujer. Era alta, delgada y graciosa. Frank no podía verle la cara, porque iba cubierta con un espeso velo; pero su voz era dulce y débil.
—Éste es el hombre –dijo, señalando al italiano, que estaba agachado.
Los dos hombres saltaron sobre Romano y lo cogieron por los brazos. Se oyó el gatillear de las esposas.
—¿Qué significa todo esto? –preguntó Gallinford, que, aunque bastante deprimido, él se anticipaba la contestación.
—Este hombre me ha sustraído una joya –contestó la dama.
—¿Qué dice, qué dice? –preguntó el italiano.

La conversación había transcurrido en inglés. Frank tradujo.
—¡Es mentira, es mentira! –gritó Romano, debatiéndose desesperadamente mientras lo arrastraban hacia el coche–. ¡En nombre de Dios, sálveme, “signor!” El inglés dudó. Sentía toda la repugnancia nacional que revelaba la “escena”. Le constaba que, en cualquiera de los casos, el italiano estaría a salvo en la Prefectura de Policía, y si resultaba culpable, como parecía muy posible, no precisaba de protección. Todo el relato había sido una invención absurda e inverosímil.
—¿Dónde lo llevan ustedes? –preguntó.
—A Marlborough Street –dijo uno de los hombres ásperamente.
—Vete tranquilo, Miguelo –dijo Frank, dirigiéndose al hombre que forcejeaba–. Yo te seguiré.
Pero el prisionero, debilitado en extremó, se había desvanecido.
Lo subieron al coche, penetrando los hombres después. La mujer quedó esperando y a la expectativa. Entonces Frank vió que detrás había otro auto. Cuando el primer coche maniobró para dar la vuelta, percibió las voces de una disputa. Miguelo había vuelto en sí. Hubo una pelea, y la cabeza de Miguelo apareció en la ventanilla.
—”¡Signor!”– su voz era angustiosa–. Dígale al “signor” Tillizini...
Una mano le tapó la boca y fué arrastrado hacia el interior del vehículo, que subió la pendiente, internándose en la zona de menos tráfico.
Frank aguardó. Esperaba, por lo menos, que la mujer hablase. Entonces pensó que ella le consideraría, si no como un cómplice, probablemente como un amigo del recién apresado, y esto le ruborizó.
Ella subió rápidamente al segundo coche. Éste no dió la vuelta, sino que siguió cuesta abajo.
Fué en el momento de poner pies en polvorosa cuando, con sobresalto, se acordó de que, si bien no era un ladrón, inconscientemente era depositario de la alhaja que aun tenía en el bolsillo.
Ya había echado a andar el auto cuando se dió cuenta de esto, y de un salto se puso en la portezuela del coche.
—Señora –dijo–, una sola palabra; tengo algo que decirle. Yo tengo...
Por la ventana abierta del coche vió cómo la dama retrocedía.
—Deseo que usted... –comenzó, y dió un salto atrás al ver el resplandor de un acero que se desviaba.
Apenas le quedó tiempo.
El delgado estilete que iba dirigido hacia él tropezó con el borde de la ventanilla, y Frank, momentáneamente asustado, cayó de rodillas sobre el fango de la calle, mientras el coche salía disparado, perdiéndose por la esquina de Adam Street.
Pudo sólo percibir una mano blanca, empuñando aún el mango del tremolante puñal, una mano blanca en uno de cuyos dedos resplandecía un ópalo negro y cuadrado.
Lentamente se puso en pie; se había quedado sin habla. Estaba furioso.
Sin ningún género de duda, ella le había confundido con un ladrón.
Se sacudió el barro de las rodillas con un pañuelo, meditando sobre lo acontecido y renegando por lo bajo.
—He aquí un vulgar ingeniero, joven, que se dirigía al prosaico Burboro para reunirse con su novia, enfrascado en una aventura que tenía tres partes de melodrama y una de comedia.
—Esto ha sucedido por escuchar a esos italianos tan recomendables –exclamó brutalmente.
Se dirigió al Strand y llamó un taxi.
—Prefectura de Policía de Marlborough –indicó.
De la forma que fuera se desprendería de esa joya infernal, y desaparecería.

El sargento le devolvió el saludo secamente, y con resquemor profesional observó aquella cara salpicada de barro.
—¿Romano? –dijo–, No tenemos aquí ningún Romano.
—Acaba de ser arrestado por dos de sus hombres –dijo Frank.
—Con ese nombre no se ha expedido orden alguna de arresto –dijo el sargento, moviendo la cabeza–. Aguarde un instante y preguntaré a Bow Street.
Fuése a una habitación contigua y Frank oyó el zumbido de un teléfono.
A poco regresó el funcionario.
—Ni Bow Street ni Wine Street tienen conocimiento de esto –dijo.
En pocas palabras, el joven hizo un relato de la detención, omitiendo únicamente el hecho de que la joya la tenía en el bolsillo. No deseaba en modo alguno ser detenido. Otra cosa sería si Miguelo pudiese ratificar lo por él referido y si se encontrase presente la acusadora para identificar la alhaja. Y, además, que tenía un vivísimo deseo de exponer ante la dama homicida, en persona, sus honorables propósitos.
—No, señor –continuó el sargento–; aquí no tenemos italianos; ya hemos tenido bastantes desde que la Mano Roja comenzó a operar en Inglaterra.
Pero desde que el señor Tillizini empezó a trabajar para Scotland Yard, no se mueve tanto.
—¿Tillizini? –exclamó Frank con sobresalto.
El sargento asintió.
—Ése es el caballero –dijo con complacencia–; si usted desea saber algo acerca de los criminales italianos, es preferible que se dirija a él: 108, Adelphi Terrace. De todas formas, es mejor que vuelva usted; los agentes del C. I. D.(1) es probable que estén actuando separadamente.
Frank no se apartó de las proximidades de la Prefectura hasta las diez de aquella noche. Mandó un mensaje a su patrono y se quedó a cenar en un restorán de Piccadilly.
El reloj marcaba la hora cuando de nuevo subía las escaleras de la Prefectura de Marlborough.
El sargento no estaba solo. En una esquina de la habitación conversaban

(1) Criminal Investigation Department (Brigada de Investigación Criminal). (N. del T.) tres hombres, cubiertos cada uno con un abrigo.
—Aquí está –dijo el sargento, y los tres se volvieron y observaron gravemente al joven ingeniero.
—¿Cuál era el nombre del italiano por el que usted preguntaba? –inquirió el sargento.
—Miguelo della Romano –contestó Frank–. ¿Lo han encontrado ustedes?
El funcionario asintió, frunciendo el ceño.
—Lo hemos recogido de los jardines del malecón hace una hora –dijo.
—¿Dónde está? –preguntó Frank.
—En el depósito de cadáveres –exclamó el sargento–, con veinticinco cuchilladas en el cuerpo.

Capítulo Viii

La curiosa colección

Marjorie Meagh se sentó a desayunar con su tío. Sir Ralph estaba de un humor irascible y desusado. El desayuno nunca constituía para él un yantar muy agradable, pero donde siempre encontraba faltas era en la negligencia de su mujer y en la calidad del alimento.
Esas negligencias de su mujer se habían ahora intensificado. Tiró el periódico con violencia y brutalidad.
—¡Por el cielo santo!, desearía que Vera no continuase frecuentando tanto la ciudad –exclamó.
Aunque era un tirano doméstico del tipo vulgar, le tenía algo de miedo a su joven esposa. En tres ocasiones durante su vida ella le había infundido pánico con la vehemencia de su rebeldía, y después de cada una de esas explosiones él había ido perdiendo confianza en sí mismo, y cada vez, estaba menos satisfecho de su propia capacidad para dominar la situación.
Marjorie ojeó las cartas de Vera.
—Vera está haciendo un estudio muy detenido del drama –dijo–. No debes olvidar, tío, que si, por casualidad, tiene éxito como escritora esto significaría unos ingresos fabulosos para ella.
Marjorie tenía mucho tacto. Sabía que las consideraciones con respecto al dinero ejercían una gran influencia sobre su tío. Se trataba de la carrera de Vera, rumbo que Marjorie había descubierto dos años antes, con motivo de una función benéfica para la cual Vera escribió una pequeña comedia, y ésta mereció los aplausos de la crítica.
Aunque para su marido había constituído una sorpresa muy agradable el descubrimiento por parte de ella de la posibilidad de ser una mujer que pudiese depender de sí misma, ésta había sido, al mismo tiempo, un motivo de constante disgusto para él. Suponía gastos, visitas frecuentes a la capital, el importe de las entradas para el teatro, aunque este último desembolso, afortunadamente, se lo había ahorrado, gracias al hallazgo de un conocido que trabajaba en un periódico y que le había facilitado unos pases.
Pero significaba tener que poner un piso en la ciudad, suponía tener que desplazar a un criado de la casa, donde la distribución doméstica, según la tenía planeada Sir Ralph, estaba tan alambicada, que ocupaba por entero cada minuto y cada instante de las personas de servicio.
Sir Ralph volvió a coger el periódico, pero para volverlo a tirar un momento después.
—Ese canalla de Mansingham ha apelado –dijo–. Es monstruoso.
La institución del Tribunal de Apelación de lo Criminal era una circunstancia en extremo penosa para Sir Ralph. Tenía la impresión de que su establecimiento se había llevado a cabo con el solo y único propósito de molestarle. Había dirigido varios escritos al “The Times” respecto al mismo, expresándose, en todas aquellas ocasiones en las que se le presentaba oportunidad, en términos nada corteses. Era notable, en vista de ello, que el Tribunal de Apelación continuase sus funciones.
—Es monstruoso –volvió a decir–.
Es un menosprecio para los hombres que están llamados a llevar a efecto la administración de las leyes penales.
Su rabia se producía por pequeños espasmos. Cada tres o cuatro minutos descubría un agravio reciente. Pasado un momento, el periódico volvía a caerse.
—Ese joven Gallinford no llegó anoche, Marjorie –dijo con severidad–. Los jóvenes de hoy día están lamentablemente ayunos de buenos modales.
—Telegrafió, tío –protestó la muchacha–. Dijo que había tenido que detenerse en la ciudad.
—¡Bah! –interrumpió su tío–. Eso no satisface a nadie. Yo soy un hombre de mundo, Marjorie. Esas excusas triviales no me convencen, y te aconsejo, si deseas ser dichosa, y la única manera de ser feliz –dijo paternalmente– es no hacerse ilusiones, que sospeches de

esos pretextos inadmisibles. Es joven –continuó, moldeando así el agravio–, recién llegado a Inglaterra después de una larga permanencia en un país salvaje...
—En Italia, tío –murmuró la muchacha–; no es un país precisamente salvaje, ¿verdad?
—¡Salvaje! –dijo fulminantemente–.
¿Cómo no? Aquí cada día los italianos cometen dos crímenes.
Sacudió el periódico para dar así una prueba de su alegría.
—¡Desde luego que es salvaje! Y él vuelve a la civilización después de una ausencia prolongada, vuelve hacia una muchacha bonita, y he de admitir que ésa eres tú, Marjorie –dijo con agrado, con el aire de una persona que fuese parcialmente responsable de la belleza de la joven–; y, en lugar de venir apresuradamente, como debiera, como hacían los jóvenes de mi tiempo, para reunirse con su novia, se pasa todo el día en la ciudad. Es perfectamente inexcusable.
Ella no defendió a su amado: Sabía que cuantos argumentos emplease no tenían valor alguno para su tío. No estaba en condiciones de razonar, sobre todo cuando desayunaba.
Durante el resto del desayuno continuó gruñendo espasmódicamente detrás del periódico. A ella le recordaba, sin poderlo remediar, a un perro con un hueso. De cuando en cuando él le lanzaba pequeñas sentencias, sentencias que no tenían ni pies ni cabeza, y que, generalmente, se relacionaban con las omisiones del Gobierno.
De pronto, percibió el girar de las ruedas de un vehículo que ascendía por la calzada de coches, y saltó de la mesa. Miró a través de la ventana y, sin decirle una palabra a su tío, salió volando de la habitación.
Él quedóse mirándola fijamente, con asombro. Unos minutos después volvía ella, con un ligero rubor en el rostro, y la alegría en los ojos, acompañando a un joven alto, de espalda ancha, moreno y que sonreía trabajosamente, por cuanto estaba meditando, y no con mucha complacencia, la entrevista que se avecinaba.
–Éste es el señor Gallinford, tío –dijo la joven–. Ya le conocías de antes, ¿verdad?
Sir Ralph no sólo le conocía de antes, sino que ahora no le interesaba conocerlo. No tenía humor para presentaciones de gente forastera. Además, se sentía agraviado por este joven, que así había menospreciado su hospitalidad. Saludó a Frank Gallinford con un gruñido, en el que al mismo tiempo expresaba, con su estilo inglés fanfarrón y cordial, según él lo conocía, la bienvenida y el placer anticipado de la reprimenda que se aproximaba.
—Encantado de encontrarle, señor –dijo Frank.
Tendió una mano grande y cordial y estrechó la de Sir Ralph–. He de presentarle mis excusas por no haber venido anoche.
Sir Ralph hizo una inclinación de cabeza. No cabía duda alguna de que el excusarse era procedente.
—Corrí una pequeña aventura –continuó Frank, y comenzó a relatar los acontecimientos más salientes de la noche pasada.
A pesar de que se había formado el propósito de no aceptar como buena ninguna explicación, Sir Ralph escuchaba con gran interés. El rostro de la muchacha revelaba su desasosiego.
—¡Oh, Frank! –exclamó con voz entrecortada. ¡Qué cosa más terrible!
¿Le mataron?
Frank asintió.
—Tuve una entrevista con el famoso detective, ¿cómo se llama, Tillizini?
–dijo Sir Ralph.
—Sí –contestó Frank–, Irse es su nombre. Un sujeto muy interesante.
Desde luego que entregué el medallón a la Policía y ahora está en poder de Tillizini.

—Es verdaderamente extraordinario –exclamó Sir Ralph, un poco aturdido–. La descripción que ha hecho usted del medallón tiene gran semejanza con la de uno que figura en mi colección.
Un súbito terror se apoderó de él.
¿Y si fuese el famoso medallón? ¿Y si le hubiese sido sustraído sin darse él cuenta?
—Dispénsenme –dijo.
Dirigióse hacia la puerta, volviéndose a mitad del camino.
—¿Quiere usted venir conmigo? Quizá pueda ser de utilidad el relato suyo respecto al medallón. Me temo que...
Hizo un movimiento de cabeza.
—No supondrás que sea el tuyo –dijo la joven.
—No lo sé –contestó Sir Ralph.
Su agitación era evidente. Le siguieron desde la habitación hasta su estudio, mezcla bonita del estilo de aquélla y del de la biblioteca. De un cajón de acero de su escritorio sacó una llave, y nuevamente subió la escalera, yendo delante de ellos.
Sir Ralph era algo más que un coleccionista aficionado. Cualesquiera que fuesen sus sentencias en el Tribunal, había pocas personas que pudiesen disputarle sus conocimientos en cuanto a estos objetos raros, que constituían su placer el coleccionarlos. La colección Morte–Mannery, aunque pequeña, era famosa. Era una satisfacción para Sir Ralph, de cuando en cuando durante el año, mostrar sus tesoros a los más entendidos de Europa.
La gran pasión de la vida de Sir Ralph Morte–Mannery consistía en el deleite de poseer algo que nadie tuviese, o si lo tenía, que fuese en menor escala y de forma menos costosa; y, además, ser dueño de esas maravillas de artífices ya fallecidos, que fueron apetecidas por gentes menos afortunadas, y que constituyen la base del orgullo de todo coleccionista que se precie de tal.
Había dedicado cuarenta años a obtener y ordenar los ciento cincuenta medallones que formaban su colección.
La estancia donde los guardaba había sido especialmente construída para resistir al fuego y a los ladrones.
Era un secreto a voces que al reedificar el inmueble que adquirió en Highlawn, todo el plano de reformas había girado alrededor de la habitación destinada a albergar su colección. “Parecía más una cárcel que un museo”, pensó Frank, mientras iba detrás de su guía, y al atravesar una entrada estrecha guardada por puertas de acero recubiertas de madera rosa.
Estaba iluminada por una amplia ventana, con gruesos barrotes, y delante del cristal había colocada una tela metálica de acero muy fuerte.
Aparatos de alarma contra el robo hacían casi imposible la entrada sin ser descubierto. El suelo, los muros y el tejado eran de hormigón reforzado. A lo largo de la habitación había una caja larga, y a cada uno de los lados un trozo de alfombra, que era lo único previsto en cuanto a confort. Las cajas mismas tenían unos postigos de madera muy pesados, los que fueron abiertos por Sir Ralph.
Para un hombre vulgar, aquello era una exhibición desconcertante. Una tras otra, filas de medallones, oro bajo, plata, joyas, esmaltes. Nada podía despertar entusiasmo a otra persona que no fuese un experto en la materia.
Con gran rapidez, una por una, Sir Ralph destapó las cajas, y sus ojos ansiosos recorrieron las hileras tan ordenadamente rotuladas.
—No –dijo después de una inspección–, nada ha desaparecido, Por la descripción de usted, creía que mi Leonardo...
El fuego del entusiasmo volvió a sus ojos. Con manos algo temblorosas, abrió una caja y sacó un pequeño medallón de oro.

—¿Cómo? –exclamó Frank con estupefacción cuando lo tomó en su mano–.
¡Éste es el mismo medallón que el hombre me entregó!
Sir Ralph sonrió.
—Eso es imposible –dijo–; imposible. Sólo se conocían dos medallones semejantes, y uno de ellos ha desaparecido irremisiblemente –con cuidado depositó en su mano la pequeña alhaja–. Éste y su compañero fueron construídos por el artista más grande que el mundo ha conocido: Leonardo de Vinci. La fecha es, probablemente, de mil trescientos ochenta y siete, y el dibujo es del propio Leonardo.
Revela algo del genio del maestro.
Como usted sabe, era hombre al que no le bastaban los cuadros pintados; no había rama del arte, desde la escultura a la más enrevesada pintura, que no le interesase. Era doctor y químico, de cualidades nada medianas, y después de la gran plaga de Milán del año mil trescientos ochenta y seis, construyó esos dos medallones, de los cuales éste es el único excelente.
"Uno se lo dió a su protector, "Il Moro" el usurpador del Ducado, y el otro, un año o dos después, se lo entregó a César Borgia. Ambos conmemoraban el hecho de que su protector se hubiese librado de la plaga. Observará usted en el reverso –dijo, volviendo la joya con tiento– que hay una representación alegórica. ¿Ve usted la imagen del espíritu malo? –la señaló con el dedo meñique–. Esto representa la enfermedad que se enseñoreó de toda Italia. ¿Ve usted el ángel? Esto tiende a representar a sus _"invencibles protectores_". Lo que signifiquen los otros signos –sonrió, y la habitación, triste y sombría, fué testigo de todas las sonrisas que Sir Ralph estaba dispuesto a otorgar a la Humanidad–, es incomprensible para mí. Probablemente Leonardo era un futurista." Su propia chanza inofensiva le hizo reír entre dientes, y la joven le oía con asombro, ya que en este ambiente era un hombre totalmente distinto.
Nunca lo había visto de tal forma: humano, tierno y vehemente.
—El otro medallón –continuó Sir Ralph– fué robado del Museo de Dublín. Después de grandes trabajos pudo encontrarse al ladrón en uno de los barcos que cruzan el Canal; se le vió dirigirse al buque para cruzar desde Harwich al Gancho de Holanda(1).
Sin duda había varios de sus compinches a bordo, pues durante la noche, en uno de los camarotes se oyó un gran griterío, y el detective que lo vigilaba le vió escaparse por la cubierta, perseguido por dos personas extrañas.
Antes que pudiesen detener a los

(1) Parte de la costa holandesa, así denominada por su aspecto característico de verdadero gancho. (N. del T.) hombres que le perseguían o al propio perseguido, éste saltó al agua, y con él se supone iba el segundo medallón.
—¿Qué significa todo ello? –Preguntó Frank.
Sir Ralph movió la cabeza.
—No sabemos. Se creyó entonces que se trataba de entregar la alhaja a alguno de sus compinches y que en el momento de ir a efectuarlo fué visto.
Los hombres que aquella noche iban a la caza de él dieron una explicación admisible; dijeron que creían que estaba loco e intentaba suicidarse, y trataron de evitarlo.
Otra vez le dió la vuelta a la joya y la miró con cariño antes de reintegrarla al estuche.
—Quienquiera que fuese ese desdichado que usted ha referido –dijo–, no era la persona indicada para una cosa así.
Fuera ya volvía a ser el ente frío, duro, vulgar; pero esa ligera ráfaga de su verdadero carácter fué una gran revelación para Marjorie. Comprendió ahora la ferocidad de la sentencia que hubiera de dictar contra Mansingham.

Su colección suponía más que una esposa o un hijo, era más apreciada que la ambición; su pasión era lo suficientemente avasalladora para saltar por encima del espíritu de la justicia.
Miró al reloj, frunciendo el entrecejo. Se había acordado de una de las cosas más desagradables de la vida.
—Vera no ha vuelto. Esperaba que hubiese regresado en el mismo tren que usted.
—Creo recordar que yo era el único pasajero para Burboro dijo Frank.
Sir Ralph volvió a mirar el reloj.
—Ahora llega otro tren –dijo–.
Debía estar ya aquí.
No había terminado de pronunciar estas palabras cuando abajo, en el “hall”, se oyó la voz de Vera, que les hacía unas preguntas a los criados.
—¡Ah!, ¿estáis ahí? –exclamó.
Miró hacia arriba, observando a los que descendían por la amplia escalera hacia el “hall”. Por un momento, un gesto de admiración se reflejó en sus ojos al percibir a Frank.
—No conocías a Mr. Gallinford, ¿verdad? –preguntó Marjorie, mientras se lo presentaba.
—De todas formas, tengo muchísimo gusto en conocerle dijo Vera con júbilo.
Le alegraba mucho, en efecto, que hubiese algo interesante que pudiese atemperar el disgusto de su marido.
Que habría de estar disgustado para ella era cosa sabida. Era la atmósfera con la que se hallaba siempre al regresar de la ciudad.
Él miró otra vez al reloj, y después a ella, que comprendió perfectamente el significado de este examen.
—Lo siento –dijo cariñosamente–.
He perdido el rápido y he tenido que tomar el otro tren, que va más despacio. Ha sido una cosa muy molesta.
Creo que mi reloj debe de andar mal.
Vera tenía una voz encantadora, baja y dulce y llena de preciosas modulaciones.
—¿Ha estado usted viendo nuestra maravillosa colección? –dijo.
Sir Ralph dió un bufido. Odiaba toda pretensión de injerencia en lo que se relacionaba con los medallones, y Vera lo sabía; pero, por parte de ella, esto fué una respuesta solapada al ataque mudo que él le había dirigido.
—No ha visto usted lo mejor; tiene que ver los ceñidores dijo Vera.
—Es una colección que no está lo suficientemente completa para examinarla –dijo Sir Ralph secamente A decir verdad, Vera, desearía que no me molestases con esas referencias.
A grandes zancadas salió de la librería, dejándolos solos.
Vera sonrió suavemente.
“Algunas veces es un perfecto infeliz”, dijo para sus adentros.
Volvióse hacia la muchacha, y Marjorie observó con agrado que todo el mal humor y la depresión del día anterior habían desaparecido. Estaba en todo su apogeo, y a intervalos mostraba su sonrisa franca.
A los pocos instantes estaba departiendo con Frank Gallinford acerca de Italia, como si le hubiese conocido de toda la vida.
—Debe de ser un país fantástico –dijo–; siento por esa tierra una afección singular; yo soy medio italiana.
—¿Realmente?
Fué Marjorie la que hizo la pregunta, con un encanto de chiquilla.
—¡Oh, hay que ver, qué romántico!
¿No has deseado nunca pinchar al tío con un estilete o algo parecido?

Marjorie rió; pero la sonrisa de Frank no fué más que un gesto forzado. Tenía un recuerdo muy vivo de alguien acometiéndole con un estilete para hallar un motivo de chanza en este asunto. Ello constituía una parte del relato, que él había juzgado oportuno no referir.
—¡Oh, no! –dijo Vera con calma–.
Nunca me siento suficientemente sanguinaria.
De pronto, la fisonomía de Frank tornóse gris y descompuesta Retrocedió, lanzando un ligero grito.
—¿Qué ocurre? –preguntó Marjorie, alarmada–. ¿Es que realmente te encuentras mal?
Él movió la cabeza.
—No; es un pequeño vahido pasajero –balbució. Se apoderó de él un irresistible deseo de marcharse.
—Me había olvidado –dijo la joven bondadosamente–; la noche pasada ha sido para ti verdaderamente de prueba.
Voy a ver si tienes arreglado el cuarto. Quizá te sentaría bien el que te echases una hora o dos.
Él asintió, y levantando la cabeza, tropezó con la mirada curiosa de Vera.
–Dispense la inconveniencia –dijo lentamente–. La sortija de usted es muy curiosa.
Vera palideció, y con presteza puso las manos atrás, pero fué demasiado tarde; por segunda vez, en veinticuatro horas, Frank había visto el ópalo cuadrado y negro.

Capítulo Ix

El conde Festini

¡Como, Miss Meagh! ¡Es verdaderamente delicioso!
Marjorie volvióse sobresaltada.
Salía de la estación Victoria y se había detenido en un quiosco para comprar algunas revistas.
Había ido a visitar a Ida Mansingham, la mujer del condenado, que estaba en una clínica. Había pasado por una crisis nerviosa bastante seria, y gracias a la generosidad de Hilary George y de Tillizini había podido ser confortablemente instalada.
En pie, delante de ella, había un hombre joven, cuyos dientes blancos reflejaban una sonrisa que tenía un encanto consumado.
—¡Qué cosa tan extraordinaria! No la he visto hace dos meses. ¿Dónde se ha escondido usted?
Ella le tendió la mano con algo de azoramiento. La última vez que habló con el conde Festini fué de una forma que no parecía probable que pudiesen volver a encontrarse en términos de una amistad corriente. La declaración tan apasionada que él le hizo aun resonaba en sus oídos. Habíase trasladado a Irlanda para cazar y –según manifestación propia– se enamoró perdidamente de ella y le declaró su pasión.
Se había enfurecido y disparatado cuando ella, gentilmente, hubo de rehusarle. Sí, ese joven bien educado y de perfectos modales se había comportado más como una señora que como un fruto verdadero de la civilización del siglo Xx.
Y aquí estaba, como si nada hubiese sucedido.
Sus ojos tenían la dulce ternura del Sur. Su voz no revelaba el menor indicio de acento extranjero. Ella pudo observar que era el mismo de siempre. Impecablemente vestido, sin

ninguna de esas ostentaciones y falta de susto que con tanta frecuencia en los extranjeros echan por tierra las mejores intenciones de un buen sastre.
—He estado en el campo –dijo la joven con algo de prisa.
Estaba esperando a Frank en la estación, que podía llegar de un momento a otro. Ella se imaginaba cuál sería el efecto que le produciría a este joven volcánico el que le presentase como su novio al corpulento inglés.
—Y me he visto forzada a venir a la ciudad.
¡Qué deplorable resulta Londres para aquellos cuyos negocios los retienen en él! Es encantador para el viajero, para el "dilettanti"; para el desgraciado habitante por fuerza, es terrible.
Con sus manos hizo el joven un ademán de fingida desesperación.
—Londres constituye un hábito pernicioso –continuó–, y es el ideal, porque es un hábito funesto del que uno puede desprenderse cuando quiere.
—Pocas malas costumbres son así –dijo ella sonriendo.
Al parecer, él habíase completamente repuesto de todo su apasionamiento, y su genialidad no sobrepasaba el límite de la corrección.
Ella tuvo alguna idea determinada, y sonrió
—Le advierto a usted... –dijo él, con un pestañeo de sus ojos negros.
—Estaba pensando –dijo ella– qué curioso es que estos últimos días no haya encontrado nada más que italianos; he vivido casi en una atmósfera del Renacimiento.
Los ojos del joven no se inmutaron.
—Es muy curioso –dijo con calma–.
¡Yo también podría decir aproximadamente lo mismo! y ¿quiénes son los italianos que se han visto favorecidos con el trato de la dama más encantadora de Inglaterra?
Ella alzó la mano.
—Por favor –dijo con dulzura–; olvidemos...
—Yo nunca podré olvidar –exclamó él.
Hablaba sosegadamente para regalo y solaz de ella.
—Pero me he habituado a la esperanza de poder olvidar. Después de todo –hizo un encogimiento de hombros imperceptible–, uno no puede poseer todas las cosas que desea en este mundo. Tengo muchas de ellas, y, no obstante, la que para mí supone más que todas ellas juntas, ésa me es negada.
Ése es mi castigo.
Volvió a sonreír.
—Pero no me ha contestado usted.
Ella dudó. No tenía deseo alguno de hablar de Tillizini. Era uno de esos individuos misteriosos dedicados a una labor de una índole tal, que parecía que cualquier referencia respecto a él resultaría una traición. Ella se dió cuenta de lo absurdo de este intento, casi al mismo tiempo en que se forjó la idea.
—Uno de ellos –dijo– era el profesor Tillizini.
El cigarrillo se le metió en la boca hasta la mitad. En una fracción de segundo procuró atajarle la trayectoria.
—"Signor" Tillizini –dijo, arrastrando las palabras ¡Qué interesante!
¿Y qué tenía que decirle a usted el gran Antonio? ¿Le pidió sus huellas digitales, sacó una muestra de su sangre o expresó deseo alguno de medirle la cabeza?
—¡Oh, no! –dijo ella con una carcajada–. No hizo nada terrorífico.
¿Lo conoce usted?
—Ligeramente –dijo con despreocupación–. Todo el mundo en Italia conoce, desde luego, a Tillizini, y creo que casi todo el mundo en Inglaterra se halla igualmente informado.
¿Y dónde conoció usted a ese gran hombre? –dijo, chungueándose.

—En Burboro –contestó ella–. Vino a visitar a mi tío.
—¿En Burboro?
De nuevo notó ella un ligero énfasis en sus palabras.
Él la miraba fijamente; contemplándola, pensó la joven. El pudo rápidamente comprender que su propia actitud era algo más que desinteresada, y lanzó una carcajada breve.
—Usted cree que yo soy curioso, ¿verdad? –dijo–. Pero ¿no comprende que todo lo que relaciona con usted tiene para mí un inmenso interés? Vea usted –dijo apologéticamente–. Yo nunca me he encontrado con su tío. No sabía que tuviese usted tal pariente, aunque mucha gente lo tiene. De todos modos, he descubierto dónde mora usted –dijo, riendo amenazadoramente–. No tengo más que correr a importunar a ese tío suyo, y el resto será fácil.
Llegaré a Burboro –amenazó, levantando un dedo delgado y con seriedad burlona–, y comenzaré a preguntar; "¿Ha visto alguien al tío de Miss Marjorie?" ¿Verdad que esto produciría algo de sensación?
—Puede usted ahorrarse ese trabajo –dijo la joven sonriendo. Mi tío es Sir Ralph Morte–Mannery.
—¡Oh, ciertamente! –dijo él, insistiendo–. Suponía que sería él.
—¿Por qué?
—Bien; usted sabe que es un gran hombre; uno oye hablar de él. Es juez, y también tiene algo de coleccionista.
En dirección a ambos vio aproximarse una silueta alta, y de nuevo su fisonomía adquirió un tinte rosado.
—Quiero presentar, conde Festini –dijo–, a mi novio, Mr. Frank Gallinford.
Ella apartó la vista del rostro del italiano y no pudo percibir la rápida contracción de sus labios, ni la forma peculiar e instantánea en que bajó los párpados.
—El señor es el conde Festini –dijo la joven.
El corpulento inglés tendió la mano y cordialmente estrechó la del conde.
Casi le llevaba la cabeza al apuesto mancebo; pero con gran sorpresa de Frank, el apretón de manos con que el italiano le correspondió no fué suave ni afeminado. Le recordó a otro muy semejante de Tillizini.
Frank era un inglés típico: alto, de espaldas anchas, enjuto de cara y musculoso; sus ojos, grises y sinceros, reflejaban el agrado de conocer a un amigo de su amada.
—Desearía que nos trajese usted un puñado del resplandor de su hermoso sol italiano, conde –dijo–, a esta ciudad de tinieblas, de depresión y de indagaciones...
—¿Indagaciones? –interrumpió Marjorie.
Frank asintió.
—Sí, acerca de ese desgraciado que asesinaron. Hoy he tenido que prestar declaración.
—¿Qué hombre es ése?–preguntó el conde con interés.
—El que fué hallado en los jardines del malecón.
—¡Oh!
Fué tan sólo una exclamacion; pero Frank le miró, sorprendido.
—¿Le conocía usted? –preguntó.
—No sé más que lo que he leído en los periódicos –dijo el otro con calma–. Me es dado preguntar, Mr.
Gallinford, ¿qué papel exactamente desempeñó usted en la tragedia?
—Yo era el hombre que estaba con él cuando fué secuestrado –dijo Frank–. Desde entonces, mi estado de ánimo ha sido terrible. Nada más que hubiese podido estar junto a él, es posible que le hubiese salvado la vida.
—O hubiese usted perdido la suya –dijo el conde–. A esa clase de gente no les importa una vida más o menos.

Usted ha vivido lo bastante en mi país para comprender que nosotros no damos, como ustedes los del Norte, ese valor exagerado a una vida humana.
—Ustedes no pueden tener una apreciación exagerada de la vida humana –dijo Frank con gravedad–. Es la cosa más preciada en el mundo.
El conde se encogió de hombros.
—Ése es su punto de vista –dijo–.
No es el mío Por mi parte, considero la vida como uno de nuestros patrimonios de más escaso valor. Es un inmenso disco de gramófono, en el que todos los sonidos desagradables y estridentes de la vida se captan y se impresionan al mismo tiempo Y todo esto constituye una enorme discordancia –dijo, casi hablando para sí–. La música de la vida está apagada, desvirtuada por las notas más agudas de la contienda y de la ambición–. Para mí –dijo sonriendo creo que el disco virgen es el mejor.
—¿Cuál es el "disco virgen"? –preguntó Frank.
—Dormir –dijo el otro, con un poco de amargura la muerte. Ambos son la misma cosa.
Tendió la mano con una sonrisa encantadora.
—Les estoy deteniendo a ustedes –exclamó–. ¿Dónde tendré el placer de volverla a ver, Miss Meagh?
—Estaré en casa de mi tío un mes más –dijo la joven.
Hízole a Frank una inclinación de cabeza cortés, y rápidamente se marchó. Se detuvo ante un quiosco de tabaco de la estación, y observándolos por el rabillo del ojo, vió cómo lentamente se alejaban. Volvióse cuando ya habían desaparecido por una de las salidas. Su rostro no reflejaba ya aquel aspecto dulce y agradable que le había distinguido unos minutos antes.
Tenía una expresión dura y sombría, y los ojos le relucían de cólera. Quedóse mirando la salida por donde se habían marchado–, y se dirigió después a una cabina telefónica. A los cinco minutos salió de ésta, ya repuesto, afable y alegre.
Era jueves, la noche anterior a aquella en que debía darse el golpe.
Si el medallón no podía ser sustraído, creía saber la forma en que podría lograrse, y el procedimiento le era muy agradable.
Su único temor era el de si podría resistir a la tentación que habría de surgir al llevar a, cabo la tentativa.
Si su afán de luchar se sobrepondría a la pasión creciente que por aquella inglesa, fría y hermosa, le ardía en el pecho.
Ya se había enterado ahora de lo bastante para saber que el segundo medallón estaba en poder de Tillizini.
Era una casa que, en tiempo normal, podía ser robada; pero ahora se encontraba en ella Tillizini. Este nombre inspiraba pánico entre los hombres sin ley que operan para obtener beneficios ilícitos.
Desde mucho tiempo, la sola visita de aquel rostro flaco y refinado del profesor, había sido suficiente para detener la daga del asesino, presa de terror. Sólo nombrar a Tillizini era lo bastante suficiente para originar un movimiento de inquietud entre todos aquellos villanos en los que están muertos los dictados del temor y de la piedad.
Pero el nombre no producía el mismo efecto en el conde Festini. Era un ser superior, para tener miedo de ningún hombre. Procedía de una generación de hombres que durante centenares de años habían ejercido el dominio de una u otra sociedad secreta. El Festini se remontó a los antiguos y aciagos días de la historia de Italia, en los que el asesinato era un método rápido y fácil para sacar de dificultades a los miembros de su familia.
Lo llevaba en la sangre. Era parte integrante de su ser. Joven como era, había sido la fuerza directriz de la organización terrorista que había sembrado el pánico en todos los Estados del este de América.

Tillizini, activo y terrible en su labor y prudente en sus decisiones, había dado al traste con la organización.
Festini no fué un insensato. Comprendió que en América se había terminado el juego. Era inútil darse de cabezadas contra la pared. Previó la posibilidad de trasplantar la potencia de su gobierno a Inglaterra, donde la gente era apacible, habituada a una cierta clase de crimen, crimen que generalmente se cometía sin que interviniese la violencia. Era la última jugada de la Mano Roja. Sus miembros habían sido expulsados de todos los países de Europa. Era sólo una cuestión de tiempo, hasta que la letárgica Inglaterra triturase y privase de la existencia a la organización.
Pero durante este corto espacio de tiempo, Festini estaba preparando su golpe: el mayor y más terrible de sus tenebrosos planes. No atacaría a individuos, porque eso sería demasiado peligroso; le arrancaría al país el dinero, valiéndose del chantaje; pero antes había de verse en posesión de aquellos medallones.
Saltó a un coche que había fuera de la estación, conduciéndolo en dirección a una callejuela de Soho. Era un restorán pequeño, donde sabía que encontraría a “Il Bue”. No había tiempo que perder.
El hombre que buscaba no había llegado, y el conde sentóse y aguardó, ordenando al obsequioso “ma3tre” que le trajese un plato de sopa.
A poco, penetró el hombre voluminoso.
—Habla en inglés todo cuanto puedas –dijo Festini.
—El hombre es un hermano –contestó el otro.
—Eso no importa –dijo el conde–.
Haz el favor de hablar en inglés.
¿Has mandado a tus hombres a Burboro?
El otro asintió.
—¿Has seguido mis instrucciones?
—Sí, “padrone”. Los que he enviado: parecían ingleses. Son los mejores que he podido encontrar.
—¿De confianza?
El otro asintió, sonriendo maliciosamente.
—De toda la confianza que pueden ser hombres que no se asustan de cuanto pasa ante sus ojos...
Hizo un ligero ademán significativo, y Festini sonrió algo.
—No creo que se nos presente ninguna dificultad –dijo–. Cuando tengas el medallón, tráemelo directamente.
Estarás en la estación para recibirlos. Quítaselo de las manos; hasta que lo tengas en tu poder no salgas de la estación. Te esperaré en Deptford. Ahora, ¿qué hay de Tillizini?
El hombre corpulento reflejó en sus ojos una expresión de terror.
—¿Tillizini? –dijo con desasosiego.
—Sí –exclamó el otro, con impaciencia–. ¿Qué es lo que temes? No es más que un hombre, querido “Buey”.
Uno de los medallones está en su poder. En aquella habitación suya, con vistas al malecón del Támesis. Bien, ¿es posible apoderarse de él?
El corpulento italiano movió la cabeza con energía.
—”Signor” –dijo seriamente–, eso no puede realizarse. No hay ni uno de nuestros hombres que se atreva. Usted sabe que ese Tillizini no es un hombre, es un demonio. ¡Acuérdese de Beppo Ferosti! Hace sólo unas noches asesinado en la escalera por un individuo que oyó lo que hablábamos.
¡Y nosotros no somos los más cuerdos!
No es posible, “signor”, hacer caer en el garlito a ese hombre. Lo hemos probado.

“¿Es que no lo intentamos en Nueva York? –continuó con vehemencia–. Sobornamos al camarero del hotel, le administramos una droga; por la noche fuimos hasta su habitación y lo sacamos arrastrando de la cama, lo envolvimos en una sábana y lo lanzamos por el hueco del ascensor. “Signor”, cayó de una altura de ocho pisos –dijo, impresionado–, y cuando más tarde fuimos a verle allí, en el fondo, no era él ni por asomo. Era el pobre Antonio Barrici, el hombre que se había encargado de todos los preparativos, el que había planeado su muerte. En la oscuridad no pudimos verle la cara, porque no nos atrevíamos a llevar luces. Nos limitamos a coger del lecho el bulto, al que le habíamos suministrado la droga, y le condujimos hasta el hueco del ascensor.
“¿Se acuerda usted en la forma en que mandamos aquel hombre desde Florencia para que lo matase? Jamás volvimos a ver a aquel sujeto –la voz del corpulento tembló un poco, ya que el hombre de Florencia había sido su hermano–. Tillizini me envió su mano; eso fué todo, por paquete postal.
Precisamente la mano del hombre de Roma, ostentando aún los anillos de la hermandad sobre uno de sus dedos.
Sin nombre que identificase al remitente y el sello de “París”.
“Se lo digo a usted: no puede llevarse a cabo –dijo–; ese hombre no es un ser humano.
Festini escuchaba con una sonrisa burlona.
—Es lo suficientemente humano, amigo mío –dijo con suavidad–; sólo que es más inteligente que los hombres que le han retado a la pelea. Ahora, yo mismo me propongo arreglarle los asuntos al “signor” Tillizini. He probado a cada uno de nuestros agentes y todos han fallado. No tengo más remedio que tomar la parte que me corresponde en la labor. Es un enemigo peligroso, que puede desbaratar nuestros planes. Esta noche, mientras nuestros amigos estén explorando el terreno en Burboro, yo mismo voy a trabajar independientemente.
—¿Puedo ir con usted? –preguntó el otro, ansiosamente–. “Signor”, yo daría mi vida por usted.
Hablaba con sinceridad. No había que dudar respecto a la honradez y a la fidelidad de perro de este hombre corpulento.
Festini sonrió de nuevo.
—Bueno, amigo mío, yo trabajaré solo –y con su mano blanca, y en sentido de aprobación, le dió al otro unos golpecillos en el hombro–. Estas cosas hay que hacerlas con sutileza para que tengan éxito.
Sumido en sus pensamientos y con la cabeza entre las manos estuvo unos cuantos minutos. El otro aguardaba pacientemente, y en sus ojos fijos y profundos se reflejaba el cariño y la admiración hacia el maestro, en cuya casa había servido toda su vida.
—Hay un hombre –dijo Festini de pronto– que es una especie de agente de Tillizini. Ahora vete a su encuentro y mátalo.
Se expresó como si lo que le había pedido al otro que llevase a cabo fuese una operación absolutamente vulgar.
“Il Bue” asintió.
—Será cosa sencilla –dijo–; puedo hacerlo esta noche.
Festini continuaba meditando.
—No –dijo pasado un instante–, no le mates. Sácalo de la casa y llévalo hacia el río. ¿Sabes dónde quiero decir?
El otro hizo un gesto afirmativo.
—Cuando le tengas a salvo, manda una carta a Tillizini diciéndole que se encuentra en tu poder y pidiéndole un rescate de unas quinientas libras, y deja el resto de mi cuenta.
El hombre corpulento se levantó.
—”Signor”, al momento voy a ocuparme de esto –dijo–. Que Dios le proteja.

Con cuya recomendación abandonó el restorán.

Capítulo X

Un procedimiento de Tillizini

Tillizini estaba sentado en su habitación, examinando una serie de fotografías que aquella mañana había recibido de Florencia, cuando recibió la nota.
La abrió y leyóla.
Era breve e iba derecha al grano.
"Nos hemos apoderado de su espía.
Nos entregará usted quinientas libras esterlinas y el sujeto será puesto en libertad. Por orden de la Mano Roja."

La dobló cuidadosamente.
—¿Está aguardando aún el mensajero? –preguntó.
—No, señor –dijo el criado–; fué un muchacho quien la trajo.
Tillizini examinó la nota otra vez y sonrió. Se levantó de la mesa, dirigiéndose hacia el teléfono, que estaba colocado sobre una repisa, junto a la pared. Dió un número del Tesoro Público, que no figuraba en la lista de teléfono, y que sólo puede encontrarse en el pequeño volumen editado para los ministros del Gabinete y para los funcionarios públicos, y a los pocos segundos estaba en comunicación con el inspector, Crocks.
—Han capturado a mi agente –dijo–; por lo menos, así lo dicen, y supongo que dicen la verdad. Piden quinientas libras para su inmediata liberación
—¿Qué piensa usted hacer? –dijo el inspector.
—Yo voy a libertarlo –dijo el otro–, aunque tenga mis dudas de que sea precisamente el dinero lo que pretenden.
A los pocos, minutos iban en dirección de la residencia de Smith. La patrona facilitó a Tillizini toda la información de que precisaba, y otra hora de búsqueda reveló el sitio en que su agente había sido capturado.
Como él suponía, fué en el muelle donde él acostumbraba transmitir sus señales luminosas Había rastro de haber sostenido una pequeña lucha. Algunos niños que estaban jugando en la calle oscura por la que se llega hasta el muelle habían visto a cuatro hombres, completamente borrachos en opinión de ellos, que, haciendo eses, iban hacia un auto que les aguardaba.
" " "
—En Soho hay un pequeño club donde puede hallarse a los hombres de cierto matiz político desde las once de la noche hasta las cinco de la mañana.
A las doce menos cuarto, el fornido Pietro, que había sido uno de los tres en la conferencia de Deptford, penetró en el club, y después de un examen infructuoso de sus socios, volvió a salir.
Atravesó Soho, cruzó hacia Oxford Street y entró en una de las calles habitadas por gentes de los barrios bajos que tanto abundan en las proximidades de Tottenham Court Road.
Valiéndose de una llave, penetró en una casa sombría y cerró la puerta tras sí.
Su habitación estaba en el piso bajo. Abrió la puerta, entró y volvió a cerrar y echar la llave antes de encender una cerilla.

Iba a tientas, llevando en la mano una caja de mixtos, cuando se produjo un destello rápido y cegador y se encontró situado en el círculo que proyectaba la luz de una lamparilla eléctrica.
—No se menee –dijo una voz– o le mataré.
El intruso habló en italiano.
—¿Podría usted encender el gas?
–exclamó el desconocido.
El círculo luminoso iba siguiendo al sobresaltado sujeto, mientras se dirigía hacia el centro de la habitación, alcanzaba y encendía una lámpara de gas.
—¡Tillizini! –dijo con voz entrecortada.
—El mismo –dijo el otro, sencillamente–. Las puertas están cerradas, sí. Los postigos de las ventanas, desde luego, están también cerrados.
Siéntese.
Temblando todos los miembros de su cuerpo el hombre obedeció. El revólver que estaba en manos del profesor era un motivo más que suficiente para la obediencia.
—¿Dónde ha estado usted esta noche?
—Eso no le importa a usted –gruñó el otro–. Usted no tiene derecho a penetrar en mi habitación. ¿Qué ha robado usted?
—No sea insensato –dijo Tillizini con calma–. Póngase en pie otra vez, colocando las manos encima de su cabeza. Gracias, “signor”.
Sus dedos hábiles registraron al otro, y del bolsillo trasero de los pantalones sacó un revólver y un cuchillo de la pretina. Dejó todo esto encima de la mesa; pero antes, de una sacudida, y con gran pericia, abrió la recámara del revólver. Al caer al suelo hubo un repiqueteo de cápsulas.
—Ahora, déme su mano –dijo–; levántela.
Dudando, el hombre obedeció, mientras sus ojos, atemorizados, estaban fijos en el rostro tranquilo del profesor.
Tillizini inclinóse, llevándose la mano cerca de la cara. Las ventanas de la nariz, harto sensibles, se le dilataron. Sin dificultad alguna pudo percibir el perfume del aceite esencial de rosas con que habían sido impregnados los papeles de su espía.
—Sí –exclamó–; usted es el hombre que necesito.
El temor se acentuó más en los ojos del hombre robusto.
—¿Qué quiere usted decir? –dijo con voz entrecortada.
Sentía un terror supersticioso hacia este hombre invencible. Con la ignorancia propia de su condición le había revestido de unos poderes casi sobrenaturales.
—Busco al hombre a quien esta noche has ayudado para su secuestro, o si no has ayudado, has prestado tu concurso en la rebusca –dijo el italiano serenamente.
—Es mentira –dijo el otro–; no tengo noticia alguna de un hombre que haya sido secuestrado.
—El hombre que buscabais esta noche –continuó Tillizini imperturbable–, al que registrasteis los bolsillos y le examinasteis los papeles, ¿dónde está?
El gesto de terror que se reflejaba en la fisonomía del otro era verdaderamente jocoso.
—¿Cómo lo sabe usted? –balbució.
—Lo sé –dijo Tillizini–. Eso basta.
Esperaba que aquel individuo robusto hablase; pero por grande que fuese el miedo al detective, el temor de una represalia por parte de sus camaradas era un factor muy importante.
—No puedo decirle nada, absolutamente nada –dijo hoscamente.
—Entonces vamos a recorrer juntos un pequeño trayecto. –dijo Tillizini–. Dejaremos la luz encendida, si no tienes inconveniente. Levántate.

Se dirigieron hacia la puerta, y, de espaldas a la misma, Tillizini le dió vueltas a la llave.
—Tú por delante –dijo.
Fuera, la calle estaba desierta, salvo algunos chiquillos que con gran estrépito jugueteaban en la calzada.
—Hacia la derecha –dijo Tillizini brevemente.
En el lado opuesto del arroyo, y un poco apartado, aguardaba un carruaje cerrado, con dos caballos. Frente a éste, Pietro esperaba, hasta que la voz de Tillizini le atajó:
—Sube.
De nuevo obedeció el hombre, y tras él entró Tillizini. Cerró la puerta, y el prisionero observó que no le daba instrucciones al cochero respecto a la dirección que debía tomar. Evidentemente, todo había sido preparado de antemano, Su extrañeza se esfumó al ver que el vehículo era conducido a lo largo del malecón del Támesis. Se dirigía hacia la casa de Tillizini.
Al mismo tiempo, Pietro dió una sacudida. Se había quedado casi sin aliento. Después de todo, Tillizini no podía martirizarle aquí, en el corazón de Londres, él, que era un funcionario del Gobierno.
El coche se dirigió hacia Adelphi Terrace y se detuvo frente a la casa del detective.
El hombre siguió sus instrucciones.
A la llamada de Tillizini acudió inmediatamente un criado. Los dos hombres penetraron en el “hall”.
—¿Ha venido alguien? –preguntó en inglés el detective.
–No, señor, excepto un hombre con un paquete para usted.
—¿Un paquete? –quedó pensativo–.
¿Un paquete grande? preguntó al azar.
—No, señor; un paquetito –contestó el criado–.
No quería dejarlo hasta que firmase el acuse de recibo.
—Ya –exclamó el detective–, y, claro, lo dejaste en la puerta del “hall” mientras ibas a buscar un lápiz.
El hombre sonrió.
—De ninguna manera, señor. Le hice que me entregase el paquete; allí está, sobre la mesa del “hall”. No abandonaré yo la puerta.
Tillizini contrajo los labios. En los momentos más trágicos de su vida podía encontrar un motivo de diversión. Apenas miró el paquete. Por el contrario, rápidamente paseó la vista por el suelo. Abrió la puerta y observó la cerradura. Era una cerradura patentada, con un pestillo pequeño.
De la ranura donde estaba contenido el resorte achaflanado extrajo dos hilillos. Los examinó brevemente y los colocó entre el índice y el pulgar de la mano izquierda. Durante todo este tiempo, tuvo asido el revólver, si bien el criado no pudo darse cuenta de ello.
—Muy bien, Thomas –dijo, al cerrar de nuevo la puerta–; puedes retirarte. “Marchez, mon ami”.
Esto último fue para su prisionero.
Pietro obedeció. Subió la amplia escalera hasta el oscuro rellano superior, llevando a Tillizini pegado a él.
—Atraviesa esa puerta –dijo.
Pietro así lo hizo.
Abrió la puerta de repente, dudó un momento y penetró. Mientras el italiano tenía la mano en la perilla de la puerta, Tillizini habló. Se dirigía, al parecer, a una persona que estaba abajo,
—Perfectamente, Thomas –dijo en voz alta–; puedes subir ahora ese paquete.

Entonces, de un empujón, metió a Pietro en el cuarto. Como suponía, estaba sumido en la más completa oscuridad. El cautivo permaneció indeciso, a la entrada de la puerta, una fracción de segundo, mientras Tillizini, detrás de él, aguardaba. Tenía que esperar sólo un lapso infinitesimal. Entre las tinieblas de la estancia sonaron cuatro disparos sucesivos, y Pietro cayó de bruces, ya cadáver.
Tillizini habíase apartado ligeramente al abrigo del quicio de la puerta. Su enemigo oculto no podía verle.
Percibió los pasos presurosos de Thomas. En el "hall" de abajo había interruptores de mando, mediante los cuales cualquier habitación de la casa podía encenderse en el acto. Una orden rápida de Tillizini, y en su habitación se hizo la luz.
De un salto lanzóse sobre la silueta contraída del hombre que yacía derribado. La habitación estaba vacía; no ofrecía escondrijo alguno para alguien que quisiera ocultarse. No era preciso buscar al otro lado de la ventana, que estaba abierta. El hombre que había estado aguardando allí había preparado de antemano, y llevado a cabo, su fuga.
Tillizini accionó el interruptor y la estancia quedó otra vez a oscuras.
A una de las patas de su pesada mesa de escritorio habían atado una cuerda delgada, que cruzaba la habitación, salía por la ventana y que, con la brisa que soplaba abajo, se balanceaba de un lado para otro.
La calle estaba desierta. Era inútil continuar buscando. Cerró la ventana y telefoneó a la Policía.
El estado del hombre que había en el suelo no precisaba de ayuda alguna.
Estaba moribundo cuando Tillizini se acercó a su lado. Valiéndose del criado y del policía que había sido requerido precipitadamente, lo depositaron en el banco donde, unas noches antes, había reposado la desvalida e inocente víctima de las maquinaciones de la Mano Roja.
Diligentemente, las manos de Tillizini fueron extrayendo de su estuche médico un frasco y otro frasco... El hombre revivió un poco, pero era evidente, mucho antes que llegase el cirujano de la Prefectura, que no había esperanza. Miró al rostro imperturbable de Tillizini con una sonrisa apagada.
—"Signor" –dijo en italiano–, debía habérmelo figurado; fué de esta forma como atrapó usted a otros. Tengo algún dinero en el Banco –dió el nombre de la entidad–. Deseo que ese dinero sea entregado a mi hermana, viuda, que vive en Sezzori.
—Yo se lo mandaré, Pietro.
—Ya sabe usted mi nombre –dijo el moribundo.
—Le conozco muy bien –dijo Tillizini.
El hombre le miraba fríamente.
—Algún día –dijo por fin; su voz se debilitaba por momentos–, nuestra intrépida Mano Roja le cogerá a usted, "signor", y entonces habrá una gran sarracina.
Se contuvo y miró a su alrededor; al policía, que no comprendía aquello, porque no le era dado entender el idioma, y al criado, manifiestamente inglés, al que los acontecimientos de aquella noche le tenían bastante agitado.
Entonces dijo, con un murmullo casi imperceptible:
—Hay algo que deseo manifestarle, "signor".
Su voz era ahora muy difícil de percibir. Tillizini inclinó la cabeza para coger las palabras, y en aquel momento el moribundo reconcentró todas sus reservas de energía; por un consumado esfuerzo de su voluntad malsana, puso –en juego todas las fuerzas vitales de que aun disponía. Cuando la cabeza de Tillizini se hubo inclinado más y más, la mano de Pietro se deslizó a su lado.
—"Signor" –murmuró–, ahí tiene eso.

Si él era rápido, Tillizini lo era más. En cuanto se apartó, aquella especie de garra asió la muñeca del otro, y el cuchillo resplandeciente, con un repiqueteo, cayó en el pulimentado pavimento. Entonces, una sacudida violenta lanzó la mano de aquel individuo contra el banco, y, sonriendo, se levantó.
—Igual que una rata, Pietro; igual que una rata.
Y el moribundo, no arrepentido de sus muchas villanías, del pesar y del sufrimiento que había ocasionado a tantos seres, vió, con los ojos ya vidriosos y nublados por la muerte, los labios de Tillizini que dibujaban una sonrisa despreciativa y de satisfacción.
Una hora después, Tillizini estaba sentado en el despacho particular del inspector Crocks, en Scotland Yard.
—Era una vil encerrona que le tenía preparada –dijo el inspector con asombro.
—Eran dos –contestó Tillizini, secamente–. ¿A cuál se refiere usted?
—La primera creo que era la más seria –dijo el inglés.
—Es extraño que diga usted eso –respondió Tillizini–. A mi modo de ver, era la segunda: la daga estaba envenenada. Lo descubrí inmediatamente después.
—¿Envenenada?
—Sí, con un veneno que no es precisamente muy agradable: el tétanos –dijo.
—¡Alabado sea Dios! –exclamó el inspector, sinceramente afectado–, Es el germen que origina el trismo, ¿verdad?
Tillizini asintió.
—Ni más ni menos –dijo alegremente–. Un final agradable que tenían especialmente planeado para mí. Le aseguro que estos hombres son verdaderos genios del mal. Yo sabía que arriba, el primero de ellos estaba esperando. Un viejo truco; con seguridad que con usted lo habrán empleado centenares de veces los cándidos habitantes de los suburbios de esta ciudad.
El inspector hizo un ademán afirmativo.
—Cuando el afable Thomas cerró la puerta, nuestro amigo, el que había entregado el paquete, con gran presteza dispuso un trozo de papel de cáñamo sostenido por una tela recia de seda.
Cuando creyó que había pasado el peligro y que Thomas ya no se encontraba allí, no tuvo más que tirar del cabo que sobresalía...
—Conozco el truco –dijo el inspector–. Lo he visto hacer infinidad de veces.
—Yo me temía algo así –dijo Tillizini–; pero lo que principalmente me hacía sospechar era el paquete.
Pensaba también que el secuestro de Smith era una artimaña para hacerme salir de casa, a fin de prepararme un caluroso recibimiento cuando regresase.
—¿Ha encontrado usted al hombre?
—Se le encontrará –dijo Tillizini –mañana por la mañana.
—Mis hombres han salido a la caza de él –exclamó Crocks es un cometido bastante difícil, Tillizini, el tratar con su gentecita.
Tillizini sonrió.
—Son algo diferentes de los vulgares criminales ingleses –dijo–, Uno de estos días, cuando se encuentre usted en Florencia, inspector, tiene que venir a mi museo y le mostraré cráneos de criminales típicos de todos los países. Entonces le explicaré el motivo por el cual nuestros hombres del Sur son más peligrosos de tratar, y si no pierde usted la paciencia conmigo –favoreció al policía con su acostumbrada reverencia–, le facilitaré, con la mayor brevedad posible, la base para que pueda usted prejuzgar los actos de los hombres.
—En otras palabras –dijo el inspector, jovialmente–: me dará usted las primeras lecciones de nigromancia.

—Una cosa parecida –exclamó Tillizini.
Había pasado media hora con Crocks y con el comisario. Otro nuevo crimen se había cometido con la complicidad de la Mano Roja. Otro asunto bastante engorroso para la Policía inglesa, por mucho que ello satisficiese a Tillizini.
Se levantó de la silla y miró al reloj; eran cerca de las doce. El inspector siguió su ejemplo.
—¿Dónde va usted ahora?
—Regreso a mi casa –dijo–. ¿Quiere usted venir?
—Tengo una hora libre –dijo el otro–, y me gusta su habitación; es bastante tranquila. Si no le sirvo de estorbo, me llegaré hasta allí y, de primera intención, podré obtener algunos datos.
—Vamos allá –dijo Tillizini.
Atravesaron los amplios pasillos de Scotland Yard, descendiendo por la escalera de piedra, y cruzaron la entrada próxima al arco. El policía que estaba de servicio en la puerta los saludó respetuosamente.
Paseando lentamente, regresaron a la casa de Adelphi Terrace.
Tillizini llamó; fué un acto de pereza por su parte el no buscar la llave.
Nadie contestó. Y volvió a llamar de nuevo. Entonces él mismo abrió la puerta y penetró. Las dos luces estaban encendidas, pero no había rastro de Thomas.
Tillizini cerró la puerta tras sí.
Generalmente, a Thomas podía encontrársele en el sótano. Se dirigió hasta el final del pasillo, llamó desde lo alto de la escalera, pero no obtuvo respuesta alguna. Cuidadosamente plegada en el torno que servía para pasar los platos de la cocina al comedor, y depositada, para mayor seguridad, debajo de un vaso, había una nota. Tillizini tiró de ella, tomóla y leyó. Daba a entender lo suficiente.
Estaba dirigida a Thomas:

“Como consecuencia del crimen de hoy;, he sido arrestado –decía–; lleve inmediatamente mi abrigo a Bow Street.”

Estaba firmada: “Antonio Tillizini”.
Sin pronunciar palabra, entregó el mensaje al detective inglés
—Iremos ahora y descubriremos muchas cosas –dijo, y fué delante escaleras arriba.
No se preocupó de llevar consigo arma alguna, porque conocía demasiado a fondo los procedimientos de la Mano Roja para suponer que alguno de los miembros de la organización se encontrase allí. Con seguridad que después de salir Thomas precipitadamente con el abrigo pedido habían empleado una media hora. En diez minutos podían llevar a cabo cuanto deseasen.
Abrió la puerta de su habitación y entró en ella sin temor alguno. Pulsando el interruptor, encendió la luz.
El cuarto estaba en desorden. El registro había sido diligente y dañino.
Los cajones de su escritorio habían sido destrozados, y el suelo estaba cubierto de papeles y de astillas de madera rosa.
Ni siquiera el banco y las sillas habían escapado a la atención de los intrusos. Los habían rajado, sacándoles el relleno. Las patas de un sillón aparecían desmochadas a golpes que parecían de machete. Cosa extraña: el estuche de medicamentos, que aun continuaba abierto encima del escritorio, había sido dejado intacto.
La Mano Roja sentía un profundo respeto por los conocimientos que Tillizini tenía de la Química, y habían recibido algunas lecciones tan elocuentes respecto a su ciencia en materia de explosivos violentos, que, obrando con mesura, habían prescindido del estuche,

aunque había una prueba evidente de que con gran cuidado cada frasco había sido extraído de su hilera de fieltro para examinarlo cautelosamente.
Percatándose con una rápida ojeada del daño ocasionado, el italiano cruzó una esquina de la alfombra haciendo correr un estrecho tablero que había en el suelo. Había sido astutamente construído por las propias manos de Tillizini. Hubiera sido casi imposible, para una persona que no estuviese en el secreto, saber que existía tal receptáculo. Metió la mano, y por un momento sonrió con un gesto torvo, retirándola después lentamente. El detective vió cómo sacaba un papel.
"Gracias por el medallón –leyó–; ahora te acordarás de nosotros, Tillizini."

El italiano no pronunció palabra.
En pie en el centro de la habitación, los brazos cruzados sobre el pecho, se hallaba abstraído en sus pensamientos.
—Se han llevado el medallón –dijo el inspector Crocks estupefacto.
Tillizini no contestó.
En aquel momento llamaron a la puerta, y Thomas, llevando aún al brazo el abrigo de su amo, entró.
—Lo lamento, señor. ¿Fué usted...? –comenzó.
Tillizini levantó la cabeza.
—Thomas –dijo–, le tengo dicho que por ningún motivo abandone usted la casa. El que haya usted dejado de cumplir mis instrucciones. es principalmente culpa mía. Mañana le dibujaré un pequeño signo, el que verá usted en cualquier carta o mensaje que yo envíe, y que le permitirá reconocer si viene de mí.
—Lo lamento muchísimo, señor –dijo Thomas.
Tillizini hizo caso omiso de sus excusas.
—No tiene importancia –dijo– todo esto. Más bien –sonrió– soy yo quien le debe una satisfacción. Usted tiene un pequeñuelo, ¿no es cierto?
—En efecto, señor –contestó Thomas ¡Cómo! Usted ya lo sabe, señor. El otro día le traje el medallón para que lo viese.
—Siento decírselo, Thomas –exclamó Tillizini gravemente–. Lo he perdido; espero que se recuperará. Lo puse en sitio seguro. Le doy fe de ello.
—¡Oh! Eso no es nada, señor –dijo Thomas–. Puedo tener otro. No valía ni media corona(1).
—Una prueba del afecto paternal no tiene precio –dijo Tillizini, contrayendo ligeramente las comisuras de los labios.
Sacó el revólver del bolsillo, apretó un resorte próximo al arco del disparador, y en la culata se abrió una pequeña tapita plateada. Puso la mano debajo y, al sacudirla, cayó algo envuelto en tisú de plata. Desenrolló el papel, entregándole el contenido a Crocks.
—Casi me atrevo a suplicarle que guarde esto en Scotland Yard –dijo–; ahora no creo que vuelvan a robarme.
¡Era el medallón!
(1) Moneda inglesa de plata, equivalente a cinco chelines. (N. del T.)

—En cuanto a lo que se han llevado –continuó Tillizini–, es lamentable.
Creo que nunca me perdonaré haber perdido ese bonito medallón de usted.
Su voz tenía un tono de burla comedida, y el criado gesticulaba tímidamente, queriendo demostrar que no había que darle tanto valor a una pérdida tan insignificante.
—No me ha molestado lo más mínimo –dijo torpemente.

Lo que era verdad en labios de Thomas no lo era ciertamente para los dos cabecillas de la Mano Roja, que en aquel momento estaban sentados en una pequeña habitación de Deptford examinando, con pena y consternación, los rasgos sonrientes y gordiflones de un sanote chiquillo de dos años.

Capítulo Xi

Lady Morte–Mannery ayuda a un Amigo

Sir Ralph Morte–Mannery estaba de un humor muy afable. Acababa de leer una alusión muy laudatoria que se había hecho a su perspicacia e inteligencia en un periódico francés que velaba por los intereses de los coleccionistas. Su alegría se había transmitido a los miembros que habían sido invitados a aquella pequeña cena, y había atenuado algo la molestia natural con motivo de haber sido invalidada la prueba de culpabilidad de George Mansingham.

Aquel desgraciado fué puesto en libertad, no porque los magistrados del Tribunal de Apelación creyesen que la sentencia era exagerada, sino porque, al resumir las conclusiones, Sir Ralph había violado los cánones del buen gusto más de lo que a un juez le está permitido.

Al emitir su fallo, sus Excelencias habían dicho muchas cosas bastante duras acerca de Sir Ralph; en efecto, tan poco bondadosos habían sido algunos de sus comentarios, que Hilary George, con ese aire de regocijada admiración hacia la vida que constituía su actitud normal, había sentido oprimírsele el corazón pensando en la humillación que, debido a sus esfuerzos, había hecho caer sobre su amigo de otro tiempo.

Era un hombre y un “sportman” demasiado bueno para alegrarse de su victoria. Era también un hombre enérgico. Sólo una persona de esta condición podía haber cogido el primer tren que salía para Burboro para comunicarle el resultado a un hombre que se consideraría a sí mismo investido de sus derechos legales para quitarle la vida al emisario.

La entrevista en la biblioteca fué algo violenta; poco después hubo una especie de reconciliación. Hilary, en los términos que su antigua amistad le permitía, comunicó el resultado de sus pesquisas, tratando de amortiguar enérgicas observaciones del juez, y suplicando interiormente que “The Times”, al referir el caso, lo hiciese benévolamente.

Sir Ralph se hallaba preparado para una contrariedad de esa índole. El mismo era un excelente abogado, en el que sus prejuicios no se mezclaban con sus apreciaciones. El abogado que llevaba dentro de sí le decía que su sentencia había sido exagerada, al propio tiempo que el coleccionista le hacía ver con el mismo énfasis que aquel hombre debía haber sido colgado.

Pero Hilary, con su cara de niño y con su carácter parlanchín y su presteza para reír de todas las bromas que se le dirigían, rompió con la reserva del viejo y fué invitado a quedarse allí.

Después de la comida, Sir Ralph hasta brindó por su salud en términos jocosos. El humor del anfitrión no era muy bueno, pero era lo bastante, tratándose ciertamente de un hombre en el que las ráfagas de humor eran pocas y muy raras. Varias veces se dirigió a Hilary llamándole el “enemigo” o “mi opresor”, todo lo cual producía gran contento al aludido.

—Ahora, exclamó en tono de chanza–, tiene usted que comunicarnos cuanto se refiera a los sectores criminales más destacados. ¿Qué hace la Mano Roja? ¿Están matando, en efecto, tanta gente como los autobuses?

—Las personas que se hallan bien enteradas –dijo Hilary con gravedadestán considerando la inactividad de la Mano Roja con gran resquemor. He podido saber que el Gobierno se halla muy preocupado sobre el particular.
Esos individuos están tan perfectamente organizados, que no se detendrán ante nada.
—¿Ha descubierto alguien– preguntó Marjorie por qué se dedican a robar las colecciones? El otro día, el "Post Herald" publicaba un artículo acerca de esto.
Hilary movió la cabeza.
—Que me maten si puedo comprenderlo –dijo–. Detrás de eso hay algo.
No quiero molestarle, Ralph –continuó–, pero a usted, como abogado y hombre de concepción clara, ¿no se le ha ocurrido nunca pensar que en el robo que cometieron en su casa puede haber habido alguna intervención de la Mano Roja?
Sir Ralph movió la cabeza.
—No creo que sea probable; desde luego pudiera ser –admitió graciosamente, aunque en lo íntimo de su corazón estuviese perfectamente convencido de que no había nada de eso.
—Su última proeza –dijo Hilaryha sido secuestrar a uno de los agentes de Tillizini. Lo cogieron por la noche y por la mañana lo entregaron sano y salvo. Por algún motivo dieron orden de libertarlo, y supongo que era porque tenían la impresión de que habían matado a Tillizini y, por tanto, no era preciso retener a su agente.
El hombre no pudo dar apenas cuenta de lo que le había sucedido; refirió únicamente que le habían administrado una droga que, en cierto modo, le nubló la memoria. Le fué imposible ayudar a la Policía para poder determinar la casa adonde fué llevado. A primeras horas de la mañana, completamente aturdido, se le encontró en uno de los bancos del Puente de Londres, y desde entonces continúa en idéntico estado de mayor o menor semiinconsciencia.
—Es muy interesante– Frank, que estaba sentado junto a Marjorie, se recostó sobre la mesa–. En Italia he visto hombres en ese estado es una especie de preparación a base de opio que la toman algunos campesinos. En caló italiano hay un término típico, una abreviatura de "non mi ricordo".
—No se acuerda absolutamente de nada –dijo Hilary–, excepto... –se detuvo.
—¿Excepto qué? –preguntó Vera.
Había sido un oyente silencioso de la conversación. "Estaba muy hermosa esta noche", pensó Hilary. Llevaba un vestido aterciopelado, de gasa gris, y en el corpiño una gran rosa encarnada.
—Ahora lo he olvidado –dijo Hilary. Se acordó de que la información le había sido facilitada confidencialmente y de que algo más tarde él mismo habría de ser parte en este caso–. A propósito –continuó–: el otro día le vi a usted en la ciudad.
Vera arqueó sus deliciosas cejas.
—Realmente –dijo, arrastrando las palabras qué listo es usted, ¿Dónde estaba yo?
—En Oxford Street –dijo Hilary–. Iba usted en un auto terriblemente vistoso. ¿Era el de Festini?
Ella se le quedó mirando fijamente.
—¿Festini?– repitió.
—Creí haberla visto a usted con Festini –dijo con presteza.
Para un hombre que tenía un conocimiento tan profundo de las criaturas humanas, que estaba tan versado en los cánones de la sociedad, era evidente que estaba dando una cantidad desusada de pasos en falso.
—No conozco a Festini –dijo ella–, si se refiere usted al conde Festini, cuyo nombre aparece en la Prensa, y que se mueve dentro de sectores bastante exaltados, ni he ido tampoco en automóvil por Oxford Street desde la Navidad última, en que estuve con Sir Ralph en Buzzard.

—Dispense –balbució el abogado.
Con graciosa facilidad, Vera cambió de tema. Era una perfecta ama de casa, aunque precisaba de todo su dominio sobre sí misma para no dejar entrever la rabia que sentía.
—Siga usted; contándonos cosas acerca de la Mano Roja –dijo–. ¿En qué consiste ese gran "golpe" de que tanto se habla? Tengo verdaderos deseos de saber algo.
—Nadie parece tener información alguna sobre el particular –dijo Hilary–; ni el propio Tillizini.
—¿Ni el propio Tillizini?– repitió con asombro ridículo Vera.
–Ni el propio Tillizini –repitió Hilary–. Parece ser que se encuentra tan a oscuras como cualquiera de nosotros.
—La gente se está armando un lío –dijo Sir Ralph, cuando, a una señal de Vera, las dos mujeres se levantaron de la mesa–. En el diario de esta mañana había otro artículo. Yo sé que los periodistas que están a caza de estos acontecimiento esperan que suceda algo muy grande. La Policía custodia todos los edificios públicos, y cada ministerio está protegido con tanto esmero como si la Mano Roja fuese una organización sufragista.
Todos rieron cortésmente la mofa que había hecho Sir Ralph.
—Puedo dar fe de ello –dijo Frank, mientras tomaba un cigarro de la caja que Marjorie le había ofrecido–. Las diversas Corporaciones responsables de la seguridad en los puentes han encargado a varios ingenieros que lleven a cabo una inspección de los mismos.
—¿Por todo el Támesis?
Frank asintió.
—Cada noche están vigilados por un guarda del río –exclamó–; todos los indicios son en extremo pronosticadores.
Sir Ralph e Hilary se marcharon.
A ambos les interesaba la colección, y Vera se sumó a los otros dos.
—No voy a estar mucho tiempo con ustedes –dijo sonriendo–; no se alarme, Mr. Gallinford.
Claramente se le veía el deseo de serle agradable. La forma de conducirse para con Vera resultaba un poco extraña y seca. Si ella sabía el motivo, por lo menos no lo dió a entender. En cierto modo, esto la divertía. ¡Él era tan franco y tan inglés!... Vera experimentaba una especie de resentimiento hacia su remoto abolengo, y esto conmovía su firme e inquebrantable honestidad. Su actitud por el pesar de Marjorie era, al mismo tiempo, cortés y hostil. Marjorie le había reconvenido a él pero sin ningún resultado. Con toda la admiración que sentía por su novio, deseaba que se comportase en debida forma con los demás y que inspirase precisamente la misma admiración que ella sentía por Frank.
El intento de conciliación que ahora había procurado Vera fué coronado por un éxito no mayor que el que acompañó a su otra tentativa. Pasado un instante, tapándose la boca con la mano, bostezó ligeramente. Riendo, pidió la dispensasen.
—No crean que me aburro con ustedes –exclamó.–; pero las últimas noches han sido de prueba. ¿Dónde van?
–preguntó.
—Yo voy a la sala de billar para jugarle a Marjorie un centenar de carambolas –dijo Frank, haciendo un esfuerzo heroico por parecer amable.
Vera hizo una inclinación.
—Y yo he de poner mis cuentas al día.
Hizo un mohín.
—Compadézcame– suplicó con una sonrisa.
—¿Puedo ayudarte? –preguntó Marjorie.
La otra movió la cabeza.

—¡Cuentas! –exclamó con amargura ligeramente velada–. Son misterios en los que confío que tu futuro marido no te iniciará jamás.
Hizo una reverencia y salió de la habitación. Unos minutos después volvió como si hubiese olvidado algo y entró en la estancia vacía. Se dirigió hacia la sala de billar. Habían comenzado el juego; por tanto, aun permanecerían allí una media hora.
Miró al reloj de pedrería que llevaba en la muñeca: marcaba las diez menos cinco. Volvió al "hall" y subió las escaleras lentamente, y también muy despacio pasó ante el museo. La puerta de hierro estaba cerrada, pero la sobrepuerta de madera rosa, nada más que entornada. Ralph se había entregado a una argumentación sobre los diversos valores de los artistas del Renacimiento que duraría, por lo menos, una hora. Ella aceleró el paso. Su habitación estaba situada al otro extremo del pasillo. La casa de Highlawn había sido reconstruída atendiendo a la conveniencia de Sir Ralph. En cierto modo, también respondía a las conveniencias de ella, ya que había elegido una pequeña estancia en una de las alas del edificio, la que no se ocupaba totalmente, a no ser que Sir Ralph tuviese una cantidad no habitual de invitados.
Cerró la puerta tras sí y le dió vueltas a la llave. Era una habitación muy bonita, amueblada con gusto, aunque, por mucho que se forzase la imaginación, no podía hallarse en ella nada que fuese de valor.
Sir Ralph tenía su propia concepción respecto al lujo de la época, y la sencillez, no digamos la mezquindad, en la disposición que tenía hecha de la casa, era una demostración exacta de cómo condenaba las suntuosas tendencias modernas.
La habitación estaba provista, cosa no frecuente en las casas de campo inglesas, de ventanales franceses, que daban a un balcón. Volvió a mirar al reloj, y corrió la pesada cortina que pendía de la puerta. El gas ardía débilmente. Podía haberse tomado aquella estancia por un salón, a no ser por la cama grande y blanca que, oculta por unas cortinas espesas de seda, había en una alcoba.
No se preocupó de encender la luz.
Un instante quedóse mirándola, dirigiéndose después hacia la ventana.
Dudando, volvió a mirar de nuevo a la luz y, retrocediendo, la encendió.
Abrió la ventana y salió al balcón.
Era una noche apacible y agradable.
La luna estaba oculta tras las nubes, pero había luz bastante para distinguir los objetos más salientes del amplio y perfumado jardín que se divisaba abajo. Con gran precaución miró a derecha e izquierda y no vió nada.
Volvió a la habitación para tomar una alfombrilla, y se puso a hacer un resumen de aquella velada. El reloj de la iglesia del pueblo había dado las diez con sus lúgubres sonidos, y en aquel momento pudo percibir un ligero ruido abajo, en el jardín.
Rápidamente volvió a su habitación, abrió un armario y sacó una escalera de mano y de seda; prendido a ella había un gancho, el que afianzó con destreza a una argolla que estaba fija en la pared del balcón y que servía de soporte a los toldos cuando el empleo de éstos era necesario.
Dejó caer la escalera de mano. Una silueta imprecisa surgió de entre las sombras del pórtico de abajo y ascendió por las cuerdas oscilantes. Fácilmente saltó sobre la balaustrada y se detuvo un momento para recoger la escalera y dejarla en el suelo del balcón.
Ella le tomó de la mano, conduciéndole al cuarto; cerró las ventanas, echó los postigos y corrió las cortinas de terciopelo. Entonces encendió el gas y volvióse hacia él. Le puso las manos sobre los hombros y, malhumorada, se le quedó mirando.
Con lo hermosa que era, el amor que brillaba en sus ojos le transfiguró el rostro, haciendo mayor su encanto.

—Eres tú –suspiró–. ¡Oh! Gracias por haber venido tú mismo. Tenía miedo de que enviases a algunos de esos miserables hombres de que dispones, Festini sonrió bondadosamente. Con cariño le dió unos golpecitos en la mejilla.
—Tenía que venir –dijo–, aunque no hace mucho tiempo que te he visto.
—Hace dos días –exclamó ella, con un tono de reproche.
El asintió.
—En efecto –dijo sonriendo–. ¿Recibiste mi carta?
Por toda contestación, ella sacó del pecho un sobre arrugado.
—Debías haber quemado eso –dijo él algo enfadado–. Es una cosa muy peligrosa conservar cartas aunque, al parecer, sean inocentes.
—¿Has venido solo? –preguntó ella.
Hizo una inclinación de cabeza. La mano que descansaba sobre él estaba temblando, pero no de miedo.
—¡Te he echado tanto de menos!
Odio este lugar exclamó ella con vehemencia– Es una cárcel para mí. Esta vida roe mi corazón, Festini –y otra vez sus manos se posaron sobre sus hombros y sus ojos buscaron los de él–; tú no puedes imaginarte qué existencia la mía.
–Durará muy poco, nenita –dijo él.
Ella era mayor que él; pero, el tono paternal de Festini era admirable.
—Después nos marcharemos, abandonaremos esta tierra sombría por otra más encantadora. Dejaremos este cielo gris por el azul de nuestra Italia, y estos parduscos y lluviosos campos por los viñedos bañados por el sol de nuestra querida patria.
De nuevo volvió a besarla con suavidad. Estaba ansioso de poner manos a la obra. Nadie sabía las relaciones que mantenían estos dos, ya que Festini guardaba muy bien el secreto.
Hasta en las sesiones más íntimas de su asociación hablaba de ella como de la persona más indiferente.
—Quiero ir a alguna parte –exclamó ella caprichosamente–; fuera de aquí.
El año pasado me hice el propósito de encontrarme contigo en Irlanda, y a última hora, Ralph no me permitió ir.
Rápidamente volvióse hacia él.
—Allí debes de haber encontrado a Marjorie.
—¿Marjorie? –dijo él inocentemente.
—Íbamos a ir juntas –continuó–, y cuando supe que ella iba a marcharse sola, después de todo lo que yo había planeado...
Movió la cabeza con una sonrisilla amarga.
—No quería enviar una carta por su conducto o darte un pretexto para que te enamorases de ella –dijo importunándole.
—No me acuerdo de ella. ¿Cómo era? –dijo Festini con calma.
—Ella sí te recordaba –dijo Vera–. Me volvía tarumba con su palique acerca de ti. Me satisface poder decir que no le gustaste mucho.
Festini sonrió.
—¡A tan poca gente le gusto!
–dijo.
Se despojó del abrigo.
—¿Estamos aquí libres por completo de toda interrupción? –preguntó.
Ella hizo una inclinación de cabeza.
—No hay peligro alguno.
—Bueno, entonces –dijo con viveza–, hablemos unos cinco minutos, querida.
Charlaban sentados frente a frente.

Los cinco minutos se convirtieron en diez. El joven hablaba rápidamente, con vehemencia, y ella respondía con monosílabos. A ella no le importaba que preguntase tanto. Habría sacrificado mucho más que los bienes de su marido sólo por complacerle.
Todas las leyes del mundo, excepto la de la gravedad, dependen en la mujer del amor.
Tratándose de él, ella perdía la noción de lo justo y de lo incorrecto.
Sólo un anhelo: fe en servirle.
—Sería preferible que lo intentases entre tres y cuatro –dijo él–. Yo estaré aquí, en el jardín, esperando.
Muy cerca tengo oculta una bicicleta y un auto me estará aguardando en la carretera de Londres.
—Quería decirte algo –exclamó ella de pronto–. Me repugna tener que admitir el fracaso, y, querido, he hecho tantas tentativas...
Su rápida intuición adivinó lo que ella quería decir.
—¡Oh, el dinero! –dijo sin darle importancia–. No te preocupe eso. Me las he arreglado para tener alguno.
Ultimamente no hemos sido afortunados. Ese hombre infernal, Tillizini, ha dado al traste con nuestros recursos. La semana última se nos presentó una ganga, y dentro de un mes –dijo, y ella pudo ver cómo sus ojos perdían aquel brillo suave y la boca delicada dibujaba una línea recta–, dentro de un mes repitió–, seremos ricos. E Inglaterra estará muy apesadumbrada.
Cambió con la rapidez de la centella, resplandeció de nuevo y volvió a recuperar su verdadero yo indiferente.
—No te inquietes por el dinero.
Ahora tenemos bastante –dijo–. En cierto modo, no presumía que te fuese posible sacar las quinientas.
Se levantó para marcharse y ella le ayudó a ponerse el abrigo.
—A propósito –dijo–, esa sobrina tuya, ¿cómo dijiste que se llamaba?
—Marjorie.
—Ése es el nombre –dijo afirmativamente–. Creo recordarla. ¿Dónde está ahora?
Hizo esta pregunta sin darle ninguna importancia.
—Esta tarde, en casa –dijo Vera.
—¡Qué curiosa coincidencia! –dijo, sonriendo–. ¿Supongo que ahora no hablará de mí? –preguntó.
Vera movió la cabeza. Se le ocurrió al joven que la muchacha hubiese podido hacer referencia a su encuentro en la estación de Victoria.
—¡Cómo! ¡Pero qué estúpido soy!
–dijo de pronto–. La vi el otro día, creo que en una estación, Ahora la recuerdo. Una persona alta, robusta y de aspecto saludable.
La descripción no era ciertamente muy halagadora para Marjorie; pero satisfacía a todas luces a la mujer que se sentía celosa de cualquier otro interés que el que pudiera tener en la vida.
—No es muy galante –dijo sonriendo–; pero creo que, poco más o menos, la retrata.
—Recuerdo que estaba con un hombre alto.
—Está también en casa –dijo Vera.
Él se la quedó mirando pensativamente.
—Está también en casa –repitió, y su voz tenía una entonación dura.
Vera supuso que estaría cansado, y fuése hacia la ventana. Tenía la mano sobre la cortina. En pie, aguardaba hasta que, con un ligero suspiro, mimosamente, se aproximó a él.
—¡Te deseo tanto! –exclamó suspirando–. ¡Dios mío, lo que yo te deseo! No sabes lo que esto significa, lo que yo siento...

Él rió, con una risa gentil y comprensiva.
Le tendió los brazos, y por un instante Vera descansó sobre su pecho, latiéndole el corazón apresuradamente y sintiéndose sublime y profundamente dichosa.
—Ahora debo marcharme –dijo él cortésmente–. Tengo miedo de que me echen el guante.
Con algo de disgusto, ella abrió la ventana. Estuvo un momento en el balcón inspeccionando el terreno.
No había peligro alguno. En un segundo, él saltó la balaustrada, deslizándose silenciosamente hasta el suelo.

Capítulo Xii

El segundo medallón

Ella esperó hasta que él hubo desaparecido entre las sombras del jardín; retiró la escalera de mano y la metió en un cajón dentro del guardarropa, de donde la había sacado, y cerró las ventanas.
El le había dejado instrucciones muy precisas, y Vera se puso a recordarlas detenidamente, con objeto de obrar con toda seguridad.
Conocía el medallón. Había preparado un dibujo especial para este hombre, cuya influencia venía a constituir su norte y su guía en la vida.
Cuidadosamente miró a su alrededor para alejar todo indicio que pudiera revelar la presencia del visitante.
Abrió la puerta y salió.
Cuando pasó por delante del pequeño museo, de él salían Sir Ralph y su invitado. Él miróla algo sorprendido.
—¡Hola, Vera! –dijo con alegría, según él. Yo creía que estabas con los demás.
—He estado echando mis cuentas –dijo ella con un gestecillo.
Sir Ralph rió entre dientes.
Siempre que estaba de buen humor tenía un concepto jocoso de sus propias economías.
Estaba asido a la puerta del Museo cuando Vera intervino:
—Me gustaría ver otra vez tus medallones –dijo.
Sir Ralph estaba encantado. Aunque sólo fuera para complacerle, Vera se interesaba tan poco por su colección... Constituía uno de sus agravios el que ella no quisiera percatarse de lo que para él significaba “el lado más importante de su vida”.
–Ven, ven –dijo–; únicamente no provoques en Hilary una discusión sobre arte, porque es un mismísimo filisteo.
Volvió a reír entre dientes.
El museo era la única habitación de la casa que estaba alumbrada por electricidad. En esto, Sir Ralph era, una vez, más, reo de una extravagancia absolutamente impropia de su carácter.
Especialmente había hecho instalar en el piso una batería para que su tesorería estuviese iluminada.
La muchacha miró los medallones, demostrando un interés nada corriente.
Ya los había visto antes, y no hacía mucho tiempo, aunque Sir Ralph lo ignorase. Perseguía una doble finalidad al solicitar este examen. Su marido estaba muy excitado como consecuencia de las actividades de la Mano Roja, y había expresado su propósito de

cambiar de sitio todos los medallones. Ella quería tener la certeza de que sus planes no habían sido llevados a la práctica.
Al primer vistazo se tranquilizó.
Nada había sido modificado, y el lugar que ocupaban los medallones continuaba siendo el mismo.
—Son muy bonitos –dijo.
A decir verdad, creía que no tenían interés alguno; pero consideraba poco político exponer esta opinión.
—Te van interesando, ¿verdad? dijo Sir Ralph con entusiasmo–. Algún día haré de ti un experto en la materia, Vera.
Con aire pensativo descendió la escalera, seguida de los dos caballeros.
Era ya pasada la medianoche cuando la reunión se deshizo y cada uno se retiró a sus habitaciones.
Frank fué de los últimos en subir la escalera. Cruzó la sala, encontrándose con Vera, que ordenaba las piezas de ajedrez, con las que Sir Ralph e Hilary habían estado pasando el rato.
Él hubiese seguido adelante; pero algo le indujo a detenerse.
—Buenas noches, Lady Morte–Mannery –dijo.
Ella, que estaba inclinada sobre la mesa, no se preocupó de alzar la cabeza.
—Buenas noches, Mr. Gallinford –contestó.
Él aguardó aún.
—Creo debo explicarle algo que ocupa mi imaginación –dijo un tanto indeciso. No tenía una gran facilidad de expresión y estaba un poco azorado.
—Yo no haría tal si fuese usted –dijo ella tranquilamente–. Deje las cosas en la forma que están y sea caritativo.
Tenía esta noche un humor propicio al enternecimiento. Sin saber por qué, deseaba estar en buena armonía con las gentes y, sobre todo, con una parte de esas gentes representadas por ese joven inglés de excelente aspecto.
—Existe una palabra mágica –dijo ella– que explica las situaciones más contradictorias, las locuras más imposibles y absurdas. Es posible que la conozca usted.
—Sólo conozco una –dijo él galantemente–, y es el amor.
Vera le sonrió. Fué una sonrisa deslumbrante, humana, que puso de manifiesto, con un resplandor, lo más recóndito de su naturaleza.
—Es ésa la palabra –contestó, y siguió ordenando las piezas del juego.
Él permaneció aún un segundo más; después, con otras “Buenas noches”, retiróse un poco confundido y avergonzado de su actitud para con ella.
Al final de la escalera, Marjorie estaba esperando para dar las buenas noches, y por un momento habíasele borrado de la imaginación toda idea de la mujer que había quedado abajo en la sala y de sus veladas frases.
Vera había estado leyendo junto a la lumbre de su dormitorio. Se había pasado toda la noche leyendo y pensando. La lectura fué puramente mecánica; no podía recordar ni un solo pasaje, ni una sola situación de la espeluznante novela que tenía sobre las rodillas.
Miró al relojito que estaba sobre la repisa.
Las manecillas marcaban las cuatro menos cuarto.
Levantóse, y del armario ropero sacó un impermeable largo y negro, poniéndoselo sobre el vestido y abotonándolo cuidadosamente, a fin de que no pudiese impedirle ningún movimiento.
Le dio la vuelta a la llave y abrió un cajón de su mesa de escritorio, sacando una caja encarnada de tafilete.

También abrió esta última con una llave que estaba unida a un manojo de ellas, y que Vera sacó de debajo de la almohada. Al parecer, la caja estaba vacía; pero apretó un resorte y emergió el fondo de la misma.
En el doble fondo había tres llaves de una factura exquisita. Las tomó en su mano, cerró la caja y apagó la luz.
Junto a la puerta aguardó un minuto o dos, escuchando. Después la abrió, saliendo al oscuro corredor.
Tenía que recorrer unos veinte o treinta metros; pero sus pies, cubiertos por unas zapatillas de piel de gamo, no hacían ruido alguno sobre la mullida alfombra. Toda la casa dormitaba con un silencio de muerte.
Lo único que pudo percibir fue el arañar en el zócalo de una rata que se dedicaba al saqueo. Siguió andando hasta llegar al museo. Aquí se detuvo de nuevo, escuchando.
Sir Ralph dormía en una habitación un poco más apartada, y por fortuna tenía el sueño pesado. Hilary tenía su cuarto al otro lado.
Metió la llave, abrió la sobrepuerta de madera rosa, tomó la otra llave y la hizo girar en la puerta de acero.
Silenciosamente, la cerradura, que estaba perfectamente engrasada, cedió.
Empujó la puerta, abrióla y penetró, cerrando ambas tras sí. No podía cerrarlas desde dentro; pero no era probable que nadie acertase a pasar y pudiese darse cuenta de que habían sido abiertas, aun en el caso de que alguien deambulase a aquellas horas de la mañana.
Del bolsillo de su impermeable sacó una lamparilla eléctrica y proyectó la luz sobre las cajas. Encontró la que quería, destapóla hábilmente, abrió el estuche de cristal y extrajo el medallón.
Lo examinó brevemente, con objeto de cerciorarse de que era la alhaja que buscaba.
Sin hacer ruido, deslizóse hacia la puerta, la cerró tras sí, y con presteza se abrochó el impermeable.
Volvióse entonces para regresar a su habitación.
Había dado un paso cuando se detuvo, quedándose pegada al suelo de terror y desfallecimiento al ver frente a ella una silueta.
No había luz bastante para que ella pudiese verle la cara; pero sabía que era Hilary George.
—¿Quién va?– preguntó él suavemente.
El pánico la había dejado paralizada. No podía articular palabra.
—¿Quién está ahí?– preguntó, levantando la voz.
Con un esfuerzo sobrehumano pudo recuperar el dominio de sí misma.
Si él hablaba más alto despertaría a Sir Ralph, y esto suponía el final de todo.
—Soy yo –dijo hablando en igual tono.
—¿Lady Morte–Mannery? Discúlpeme –balbució–. Creí haber oído a alguien en la casa; escuché, pero como no percibí nada, esto me inquietó un poco.
—No pasa nada –dijo, expresándose en igual tono que antes–. He ido al cuarto de Sir Ralph para coger un poco de veronal. No puedo dormir.
Presentándole sus excusas, Hilary regresó a su dormitorio.
Estaba al otro lado de la tesorería, y Vera cavilaba sobre si habría hecho algún ruido. ¿La habría visto él salir? Sus últimas palabras le quitaron un peso del corazón.
—No pude ver de dónde venía usted –dijo– o quién era. Espero no haberla asustado.
—¡Oh, no! –dijo ella tranquilamente.
Con una nueva disculpa, dirigióse hacia su habitación, y con cuidado cerró la puerta tras sí.
Vera cruzó el pasillo, corriendo, en dirección a su cuarto, latiéndole el corazón desmesuradamente. Una vez allí, le echó la llave a la puerta y corrió la cortina que cubría la misma.

Con mano temblorosa encendió el gas.
De una ojeada se miró al espejo que había sobre la chimenea y se escandalizó de su aspecto desordenado y macilento.
Aun quedaba la mitad por hacer.
Hilary oyó a alguien que andaba por el jardín. Debía de ser Festini.
Vera volvió a mirar para cerciorarse de que aquélla era la alhaja, apagó la luz, abrió los postigos y salió al balcón.
Percibió una silueta vaga que se guarecía en las sombras de unos matorrales. En cuanto ella apareció, el hombre adelantóse.
—¡Cógela! –murmuró ella.
Para dejarla caer extendió la mano.
Prestamente cogió el medallón, se lo metió en el bolsillo, sin decir palabra, se ocultó entre los matorrales.
Vera permaneció aún un instante con el corazón invadido por una sensación de desengaño. Después de todo lo que había arriesgado, a todo lo que se había atrevido, esperaba alguna palabra de agradecimiento.
Habíase ya vuelto para entrar cuando un silbido la detuvo.
Le dio un salto el corazón. Regresaba. Miró hacia la silueta que se dibujaba allí abajo.
—¿Has podido cogerlo?– murmuró él en voz baja.
—¿Cogerlo? –exclamó ella con asombro–. Si acabo de dártelo.
—¿Qué me lo has dado? –hablaba en tono áspero–. No me has dado nada absolutamente. Llevo esperando aquí media hora.
Se tambaleó contra la balaustrada, medio desfallecida de espanto.
—Dime, dime –inquiría la voz con impaciencia, arreciando cada vez más–.
¿A quién se lo diste?
—Se lo di a un hombre –exclamó ella sin aliento.
—¿Qué dirección tomó?
—Cruzó por esos matorrales.
Sin decir palabra, echó a correr en la misma dirección que había tomado el otro.
Ella tuvo tiempo para volver a la habitación, cerrar los postigos y correr las cortinas, antes de caer al suelo desmayada.
Festini era vivo y ligero de pies, y con la habilidad de un gato para encontrar el camino en la oscuridad. No había andado veinte metros cuando allá delante percibió al hombre.
No había tiempo para diplomacias.
Afortunadamente para él, Festini había modificado sus planes. Había desechado la idea de venir en bicicleta, y su auto estaba en aquel momento trepidando suavemente en una pequeña senda que había junto a la casa.
En cuanto percibió al hombre delante, sacó su pistola automática e hizo dos disparos.
Sin el menor estremecimiento, el otro cayó al suelo.
Festini no podía perder un instante examinando a su víctima. Tenía el convencimiento de que estaba vivo aún, e inclinándose comenzó a registrarle los bolsillos del chaleco. Esperó encontrar en uno de ellos la joya codiciada, pero no fué así.
La víctima la tenía afianzada en su mano.
Festini la encontró, le desarticuló los dedos, los que, ya abiertos, le hicieron dueño del tesoro.
—¡Ahora, al diablo contigo! –siseó mientras, balanceándose, blandía el puño a semejanza de los que habían estado con él en la guerra–. ¡Al diablo contigo!
La detonación había despertado a todos los de la casa. En dos o tres habitaciones se vieron luces.

Un fuerte golpe dado en la puerta hizo que Vera, que yacía en el suelo de su cuarto, recobrase el conocimiento.
Se levantó penosamente. Aun estaba medio aturdida, y al caminar se tambaleaba.
—¿Quién está ahí? –preguntó.
—Soy yo –respondió la voz de su marido–. Abre la puerta. ¿Estás herida?
Metió las manos en un jarro con agua que había en el palanganero y se las pasó por la cara. El contacto con el agua fría la hizo revivir. Cogió una toalla, y mientras con una mano se secaba, con la otra abrió la puerta.
—¿Qué sucede? –inquirió Vera.
Iba serenándose. Había oído la detonación y estaba preparada para lo peor que pudiera ocurrir.
Sir Ralph estaba en batín.
—¿Dónde fueron los tiros? –preguntó.
—No percibí tiro alguno –contestó ella con tranquilidad.
—Alguien disparó una pistola en el jardín –exclamó Sir Ralph.
Vera oyó la voz de Hilary George en el corredor.
—¿No le ha sucedido nada, Lady Morte–Mannery? –fueron sus palabras.
—Estoy perfectamente bien –contentó ella– ¿Qué acontece?
Su voz, temblorosa, tenía un diapasón alto; pero de una manera vaga ella comprendía que su excitación sería perdonable. En el jardín habían sonado tiros que fueron dirigidos contra alguien, ¿quién? En aquel momento, una angustia de terror se adueñó de ella.
—¿Han disparado contra alguien?
–preguntó desazonada–. ¿Contra quién?
—En el jardín había un hombre que trataba de entrar en la casa –dijo Hilary George–. Posiblemente fué descubierto.
Sir Ralph cruzó la estancia y, abriendo los postigos, salió al balcón. Abajo, en el césped, había ya dos hombres.
—¿Han encontrado algo? –dijo, llamándolos.
Se dirigía a los dos criados, a quienes se les había hecho saltar de la cama precipitadamente, y que eran los que allá fuera andaban rebuscando.
Vera escuchó; su corazón casi dejó de latir cuando la voz de uno de ellos pudo percibirse
—Hay un hombre tendido entre la maleza, Sir Ralph. Parece un extranjero.
Juntó las manos y aguardó, rígida, imperturbable.
—¿Qué clase de hombre? –preguntó Sir Ralph con impertinencia–. ¿Qué quieres decir con eso de extranjero, Felipe?
—¡A ver! Es un caballero barbilampiño –dijo el criado– No creo que esté gravemente herido. Es un hombre alto.
Un gozo inmenso se apoderó de la mujer.
No era él; quienquiera que fuese aquel herido, o si había de vivir o perecer, no era Festini.
Escuchó. Se percibía una voz nueva.
—No pasa nada, Sir Ralph –dijo.
Vera la reconoció y apretó los dientes. Parte de la conversación podía percibirla sólo a medias.
—Fué sólo una rozadura de la bala en la sien... Es la segunda vez que fallan conmigo... Me temo que habrá perdido usted algo.
Era la voz de Tillizini.
Se congregaron en el amplio “hall”, formando una reunión de gentes a medio vestir.
La herida de Tillizini era sólo superficial. La bala había ido a dar detrás de la oreja, desviándose por el parietal, dejándole atontado unos momentos. Estaba muy alegre.

—Acababa de llegar esta noche en automóvil –dijo–, porque había recibido algunos informes que me inducían a creer que la intentona se dirigía contra usted. Ahora –dijo– estoy presto.
Se levantó.
—Quiero examinar su pequeño museo –exclamó– y descubrir lo que se ha perdido.
—¡Oh, de allí no puedo haber perdido nada! –dijo Sir Ralph en tono confidencial–. En casi todas las ventanas y hasta en la mayor parte de los tabiques hay colocados aparatos de alarma.
—En la puerta no los hay, ¿verdad?
–preguntó Tillizini.
Sir Ralph quedóse sorprendido.
—No son necesarios –contestó.
Indicó el camino y los demás le siguieron.
Abrió la tesorería y los otros penetraron tras él. Iba un poco delante de Tillizini y se detuvo a la entrada para pulsar el interruptor de la luz.
En aquel instante, Vera vió la prueba de su criminal locura. Encima de una de las cubiertas de las cajas estaba la diminuta lámpara eléctrica, cuajada de pedrería, que Sir Ralph, en un rasgo no habitual de generosidad, le había regalado.
Tillizini también la vió. Él era tan vivo como ella y más rápido en los movimientos. De un solo paso se interpuso entre la lámpara delatora y las miradas de los que, medio dormidos, estaban en la entrada. Con su mano la ocultó.
Cuando Sir Ralph encendió la luz, ya no estaba allí.
Se procedió a una inspección rápida.
—Voló –gritó el caballero–. Se han llevado el Leonardo.
—Ya me lo suponía –exclamó Tillizini con calma–, y pensaba poder recuperarlo; pero, por el momento, ese placer no me es otorgado.
—Pero ¿puede ser esto posible?
–dijo Sir Ralph estupefacto–. Nadie puede haber entrado aquí sin saberlo yo.
Casi se le saltaban las lágrimas de pesadumbre.
—Era de un valor incalculable. No puede ser sustituído. Es el único del mundo en su género. ¿Qué significa esto, qué significa, Tillizini? ¡Usted debe explicármelo todo! ¡Insisto en que he de saberlo! ¡No quiero permanecer en tinieblas!
Se enfurecía y disparataba, como si Tillizini hubiese tenido la culpa del robo. Pasó mucho tiempo antes que se calmase, y cuando esto sucedió, el italiano no estaba dispuesto a facilitar dato alguno.
Vera, en silencio y vigilante, aguardaba. Pasase lo que pasase, Festini estaba a salvo. Ahora ya se encontraría bastante lejos, camino de Londres. Tenía en su poder el paquete; y esto era suficiente; le había prestado un servicio; no pedía nada más.
En el momento en que Tillizini cubrió la lámpara con la mano, ella comprendió que había adivinado su secreto. ¿La traicionaría? Con gran sorpresa y tranquilidad para Vera, Tillizini no hizo referencia alguna a lo que debió de ver y comprender.
No obstante, estaba apenado y molesto; ella pudo observarlo; pero era por este grandioso acontecimiento, por el peligro que amenazaba a la civilización.
Caminaba de un lado a otro del “hall”; un rostro singular, con la venda blanca que le circundaba la cabeza, las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, las mejillas azuladas y sin afeitar, los ojos fatigados y todo él con un infinito cansancio.
No intervino en la inútil discusión de cómo el ladrón había logrado penetrar. Tenía cuantos datos le eran precisos sobre el particular. Disminuyó el paso, sacó del bolsillo un objeto resplandeciente y, depositándolo en la palma de la mano, lo examinó.

Sir Ralph, atraído por el resplandor del oro bajo que el otro tenía en la mano, dió un paso atrás con un grito de espanto.
—¡Cómo! Ése es el medallón –exclamó.
—Es uno que se le parece mucho –dijo Tillizini–; pero no es el mismo. Éste es el famoso medallón que fué robado de la colección de Dublín, y que en estos momentos es creencia general que se encuentra en el fondo del mar del Norte. Fué entregado a un pasajero de aquel barco para que me lo devolviese. Recordará usted que yo fuí encargado de las investigaciones de aquella desaparición.
Se dirigió hacia la chimenea.
Había allí dos soportes, de los que pendían unas lámparas de gas que proyectaban una luz muy clara.
Cogió el medallón con ambas manos, utilizando solamente dos dedos de cada una. Lo apretó con fuerza y quedó abierto en dos mitades.
Sir Ralph lanzó una exclamación.
—¡Cómo! Yo ignoraba que estos objetos pudiesen abrirse –dijo asombrado.
Con todo fervor le digo que desearía que no se abriesen –y Tillizini frunció el ceño.
Introdujo ligeramente el dedo, y del interior del medallón sacó algo que tenía el aspecto de cuatro discos de papel, como en efecto lo eran. Estaban cubiertos por una escritura fina, tan fina, que era casi imposible leerla a no ser valiéndose de una lente.
—¿Entiende usted el italiano?
–preguntó Tillizini.
—Un poco. –contestó Sir Ralph–; pero no lo bastante para leer esto.
—Fíjese bien –dijo el otro–; es obra de la mano del genio más grande que ha existido desde que Jerusalén fué Estado vasallo de Roma.
Hablaba de su famoso compatriota, reverentemente, casi con adoración.
—Es la mano de Leonardo de Vinci –dijo con voz sosegada.
–¿Y qué significa todo ello? –preguntó Frank–. ¿Y no está escrito por detrás?
Había estado examinando la escritura microscópica con sus ojos penetrantes.
Tillizini sonrió.
—El maestro escribía invariablemente con la mano izquierda, trabajando siempre en sentido contrario. Esto le servirá de orientación.
Del bolsillo sacó un espejito encerrado en un estuche de cuero.
—Lea –dijo Tillizini.
Frank aproximó los pequeños discos a la luz, mirándolos de cerca reflejados en el espejo. Marjorie que estaba observándolo, pudo ver cómo a medida que iba leyendo italiano contraía los labios y fruncía el entrecejo; de pronto, su amado alzó la vista.
—¡Cómo! –exclamó–. Todo esto tiene relación con una plaga.
Tillizini asintió.
—La Gran Plaga –dijo–, o como los modernos hombres de ciencia la denominan: la Cuarta Plaga, que hizo su aparición al mismo tiempo, y en igual año, en Italia y en Irlanda.
Fué una plaga que los médicos de nuestros días no pueden comprender ni son capaces de profundizar. En realidad, el único hombre que la descifró fué Leonardo de Vinci. Fué, como usted sabe muy bien, Sir Ralph, algo más que un pintor. Sus dotes científicas las tenía perfectamente desarrolladas. Fué el primero en prever el advenimiento del aeroplano y del acorazado. Era ingeniero, escultor, arquitecto, químico y... –alzó las manos en un ademán que quería significar: “¿A qué seguir adelante?”–. Me es imposible enumerar sus cualidades.
Estaba tan por encima de sus contemporáneos, que éstos no acertaban a comprender a aquel genio que moraba entre ellos. A duras penas, la posteridad le hace justicia. Solamente él entendió la Cuarta Plaga, su significado y sus causas. Esta plaga se desarrolló

merced al cultivo de un germen que él, desde luego, desconocía, por cuanto no le era dado disponer del microscopio; pero lo adivinó con esa asombrosa intuición que Dios le había conferido; lo adivinó –dijo Tillizini, reflejándosele en el rostro orgullo y entusiasmo–. Las modalidades en que la plaga hizo su aparición, modalidades en las que no podía ni soñarse, aun por aquellos a quienes les fué dado verlas con sus propios ojos, fueron reveladas a Leonardo de Vinci. Normalmente –continuó–, en este año de gracia podría llegar a producirse.
—¿Qué quiere usted decir con eso?
–preguntó Sir Ralph.
—Con los procedimientos modernos, esa plaga no podría aparecer de nuevo.
Pero en la farmacopea inglesa puede usted hallar seis drogas –continuóque, de llegar a mezclarlas, producirían un gas.
Su dicción impresionaba, reflejando la seguridad del hombre de ciencia práctico.
—Haciendo pasar ese gas a través de un fieltro vegetal, desarrollaría propiedades que harían posible la plaga del año mil quinientos.
—¡Alabado sea Dios! –exclamó Frank–. ¿Quiere usted decir que puede producir una plaga sintéticamente?
Tillizini hizo un gesto afirmativo.
—Eso es lo que precisamente Leonardo de Vinci descubrió. Ahí está el secreto.
Tomó en sus manos los endebles discos.
—Está fuera de toda duda que dos años después Leonardo produjo una plaga sintética. Sea de ello lo que quiera, dicen que se originó una verdadera catástrofe en la ciudad donde tenía instalado su laboratorio. Se cree que, a consecuencia de la plaga, Mona Lisa Gioconda perdió la vida.
—¡Ah! Ésa es la mujer que aparece en el grabado –dijo Marjorie.
—Ésa es la mujer del grabado –repitió Tillizini–, la única mujer en el mundo a quien Leonardo amó. La única que en su vida ejerció una gran influencia de ternura. En estos filamentos expuso, en forma concisa, todas sus investigaciones acerca de los orígenes de la plaga. Los medallones que él mismo moldeó. Uno de ellos, como usted sabe...
—Conozco la historia –dijo Sir Ralph–. Se la referí el otro día a Mr. Gallinford. ¡Qué cosa tan extraordinaria que una historia anticuada pueda resucitarse!
—Pero ¿por qué anda la Mano Roja detrás de estos medallones?
—Les basta con uno solo. Cualquiera de ellos les es suficiente –dijo Tillizini–. ¿No lo comprende usted? El día de mañana, con la ayuda de un hombre que tenga sólo un conocimiento elemental de Química, puede devastar a Londres, y no sólo a Londres, sino toda Inglaterra, y, si les place, hasta toda Europa, operando desde sectores diferentes.
Todos los presentes estaban sumidos en el más profundo silencio, ya que sobre ellos pesaba todo el horror del peligro.
Tillizini percibió un suspiro prolongado.
Vera, con un vahido mortal, desplomóse hacia adelante, y Frank apenas tuvo tiempo de cogerla antes de que cayese.

Capítulo Xiii

El rapto de Marjorie

Una semana después de haberse cometido el robo en Highlawn, un hombre completamente feliz se dirigía silbando a su trabajo. Caminaba a un paso ligero, llevando la comida en un pañuelo de colores vivos y un bote de lata lleno de té para el desayuno.

George Mansingham levantó los ojos al cielo, que se estaba oscureciendo, en acción de gracias por su libertad.
En una pequeña granja situada en las afueras de la ciudad, y gracias a la intervención de Hilary George, había encontrado ocupación. Él y su mujer habían sido instalados en una pequeña quinta en los dominios de Sir Ralph. Para ser justo hasta con Sir Ralph había libremente admitido la injusticia de la sentencia que aquél había aprobado; justicia que hacía, si no al hombre, por lo menos a él mismo, lo que ya significaba algo; y no fué preciso que Hilary George, que se había interesado en este asunto, suplicase mucho para que el otro se decidiese a arrendar su quinta desalquilada al hombre a quien había agraviado.
Temprano como era, ya encontró a su patrón y al hijo de éste levantados y trajinando. Hay muchas cosas que hacer antes que el sol aparezca por el confín del mundo. Hay que echarle el pienso a los caballos y almohazarlos; hay ovejas y ganado que requieren cierta atención; vacas que ordeñar y leche que transportar.
Comenzó a alborear, salió el sol y a él le pareció que lo hacía de golpe, ya que estaba muy ocupado para tener una noción exacta del tiempo. A las ocho y media, el estómago le pidió el desayuno. Sentóse para consumir su frugal yantar, pero antes les puso dos morrales a los caballos, ya que ahora estaba dedicado a labrar la parcela de diez acres que el granjero Wensell tenía en cultivo. Terminada rápidamente su refacción, del bolsillo interior de la americana sacó un libro voluminoso y se puso a leer. Sentía una verdadera pasión por educarse a sí mismo, y aquellos días “El Precursor”, de Dimitri Merejowski, que Marjorie le había prestado, tenía un significado especial, no sólo para él, sino para toda Inglaterra. Estaba tan absorto en la lectura de esta admirable novela, que no se dió cuenta de la muchacha que cruzaba el campo a buen paso.
Oyó que le llamaban y alzó la vista; de un salto se puso en pie, sombrero en mano.
—¿Está usted abstraído, Mansingham? –sonrió Marjorie.
—Sí, señorita; es un libro admirable y es un hombre maravilloso. No me extraña que todo el mundo se ocupe de él precisamente en estos momentos.
—No es debido a su genio por lo que hablan de él –dijo la muchacha gravemente.
Debajo del brazo llevaba un periódico; en efecto, había bajado a la estación de Burboro para comprarlo.
—Es una cosa terrible, señorita –dejó el libro a un lado–. Parece imposible, en una época civilizada y en un país como Inglaterra. ¿Hay alguna noticia reciente esta mañana, señorita?
Con solemnidad, Marjorie hizo un gesto afirmativo.
—La Mano Roja se ha dirigido al Primer Ministro –dijo– y ha pedido diez millones de libras, un decreto de indulto aprobado por la Cámara de los Comunes y la libertad para abandonar el país.
El hombre no podía dar crédito a lo que oía.
—Vamos, nunca obtendrán eso, señorita, ¿verdad? –preguntó–. Una petición semejante es contraria a toda razón. Supóngase usted que no sea cierto, que no hayan descubierto esa plaga...
Marjorie movió la cabeza.
—En cuanto a eso, no cabe la menor duda. Mansingham, Mr. Gallinford sabe que es verdad. Ha estado haciendo investigaciones, revolviendo viejos documentos que se refieren a la plaga de mil quinientos. Esos hombres tienen en su poder la facultad de diezmar a toda Inglaterra.
El tema que estaban discutiendo ocupaba por aquel entonces la imaginación de todos los habitantes de la Gran Bretaña; es más, de toda Europa. Dondequiera que habitase gente civilizada, el cable y el telégrafo habían llevado la noticia de la amenaza que pesaba sobre

el país. Era la petición final de la Mano Roja, petición que, en un principio, había sido desdeñada, pero que había llegado a discutirse por los funcionarios del Gobierno como un problema que requería inmediata solución.
La Mano Roja había actuado velozmente. Tres días después de la desaparición del medallón de Burboro, una alarmante proclama de la Mano Roja, impresa en caracteres color sangre, cubría las vallas y los muros de Londres. Entonces fué cuando por primera vez Inglaterra pudo darse cuenta claramente del terrible peligro que la amenazaba. Era incomprensible, increíble. Era casi fantástico. Las personas que la leían sonreían irremediablemente, como si leyeran algo que sobrepasaba los límites de su comprensión. Y, sin embargo, la proclama estaba bastante clara. Decía

"Al pueblo de Londres"

"Nosotros, los directores de la Mano Roja, pedimos al Gobierno inglés: "a) La suma de diez millones de libras.
"b) Un decreto de indulto absolviendo a cada miembro de la Hermandad de todas y cada una de las penas en que hubiese incurrido como consecuencia de sus hechos pasados.
"c) Un salvoconducto para todos y cada uno de los miembros de la Mano Roja y facilidades, si fueren precisas, para abandonar el país.
"Caso de una negativa por parte del Gobierno, pasados diez días de gracia, nosotros, los directores de la Mano Roja, esparciremos sobre Londres la plaga que fué conocida por la Cuarta Plaga, y que costó la vida a seiscientas mil almas en el año 1500. El bacilo de esta plaga se halla en nuestro poder y ha sido sintéticamente preparado y comprobado.
""¡Ciudadanos! ¡Haced presión sobre vuestro Gobierno para que acceda a nuestras peticiones y ahorrarnos la necesidad de desatar esta terrible epidemia sobre vosotros!"

No tenía ni firma ni sello alguno.
Desde luego, aquello era absurdo.
Los periódicos de la noche, confeccionados rápidamente y disponiendo de escaso tiempo para analizar el verdadero significado, tomaban el asunto a broma. Pero en los comentarios que hacían los diarios de la mañana, apareció una nota muy distinta. A cualquier hombre de ciencia o doctor a quien se había podido abordar había sido interrogado, y todos y cada uno de ellos había convenido en que en lo dicho había algo más que una vaga amenaza.
Los periódicos la definían en formas diversas: "El Terror", "La amenaza de la Mano Roja", "Londres, víctima del chantaje", y sus columnas estaban llenas de todos los datos que habían podido recopilarse sobre la calamidad que había azotado a Italia y a Irlanda aquel año de desolación.
—Es una cosa terrible –dijo Mansingham otra vez–. Me temo que en esto hay algo.
La joven hizo un gesto afirmativo.
Con una cortesía no corriente entre hombres de su clase, la acompañó hasta la linde del terreno, ayudándola a cruzar el tosco portillo que daba a la carretera. Al salir de la pequeña estación había dado un rodeo para hablar con Mansingham. Le interesaba, y entre el abogado y Marjorie existía el pacto de que ella se preocuparía, como en efecto lo realizaba, de vigilar a su protegido.
Hacía una mañana espléndida; la tierra estaba inundada del amarillo resplandor de un sol de temprana primavera. Los árboles resplandecían con su intenso verdor, y las rosas y las violetas silvestres florecían con profusión al borde de los senderos. Desechó la melancolía y depresión que se habían apoderado de ella ante la idea de la terrible amenaza, y caminó alegremente, tarareando una cancioncilla.

A mitad del campo, Mansingham, desandando el camino, recogió uno de los periódicos que tenía Marjorie y salió corriendo tras ella.
Le quedaban aún veinte minutos de camino para llegar a Hinghlawn, que estaba enclavado a un cuarto de milla de los límites de la ciudad; pero a la edad de Marjorie y en tan deliciosa mañana, parecía que los pies se movían solos y los cantos afluían desordenadamente a sus labios.
Oyó tras ella el rodar de un automóvil y se apartó hacia el borde para dejarle paso. Inconscientemente se volvió para ver quién era el ocupante del vehículo. En aquel momento el auto trepidó e hizo alto a su lado. Un joven vestido de pies a cabeza con un guardapolvo blanco saltó a tierra.
—¡Conde Festini! –gritó la joven, azorada.
—Conde Festini –repitió él con aquella sonrisa encantadora–. Deseaba verla. ¿No quiere usted subir? Voy hacia la casa –dijo.
Marjorie dudó. Aquella mañana prefería caminar. Y hubiera sido un acto de indelicadeza rehusar su oferta; pensó, además, que ya la estarían aguardando para desayunar, y el humor que se le ponía a Sir Ralph cuando se tardaba no era muy recomendable.
Subió al coche, y en aquel momento Mansingham, casi sin respiración, por el borde del camino, llegó hasta detrás del vehículo.
—¡Qué idea más singular! –dijo Marjorie cuando Festini sentóse a su lado.
—¿Cuál es la idea singular? –preguntó él.
—Un coche cerrado en un día como éste. Yo creía que a ustedes los italianos les gustaba el sol.
—Nos gusta el sol –dijo– no destemplado por esos vientos de los que Inglaterra parece tener la exclusiva.
Adelantóse y bajó una cortinilla encarnada, quedando así ocultos el chófer y el camino que iban recorriendo. Ella le observó, sin comprender la necesidad de aquello. Entonces, con un movimiento rápido, bajó también las cortinillas de cada una de las portezuelas. Avanzaban ahora a marcha acelerada, En vista de esto, supuso que estarían muy próximos a Highlawn.
En efecto, habían pasado por delante de la casa, cuando el desconcertado Mansingham, pegándose a la trasera del coche y esperando que aminorase la marcha para poder así devolver el periódico a la joven, quedóse estupefacto.
—¿Por qué hace usted eso? –preguntó la joven fríamente–. Haga el favor, conde Festini; levante esas cortinillas.
—Dentro de un momento –dijo.
—Insisto en ello –dijo, golpeando con el pie–. Usted no tiene derecho a hacer una cosa semejante.
Al momento, enfureció de rabia, al darse cuenta de la ofensa que se la infería.
—Dentro de un instante –repitió él–. Por ahora continuaremos con las cortinillas bajadas, si usted no tiene inconveniente.
Aturdida, se le quedó mirando fijamente.
—¿Está usted loco? –preguntó airadamente.
—Cuando se enfada, está usted preciosa –dijo sonriendo.
Sintió que se desvanecía al oír el tono con que había proferido aquella insolente afirmación. En aquel momento deberíais haber pasado frente a Highlawn.
—Pare el coche –suplicó la joven.
—El coche se para más adelante –dijo–. Entretanto –la cogió de la mano, mientras ella intentaba levantar la cortinilla–, mientras tanto –repitió, asiéndola fuertemente de la muñeca–, tendrá usted a bien considerarse como mi prisionera.
—¡Su prisionera! –exclamó, asustada.

Se había puesto muy pálida.
—Mi prisionera –dijo Festini, con satisfacción–. Tengo un especial deseo en retenerla a mi lado hasta que sea rescatada. ¿No comprende usted?
–sus ojos resplandecían con la excitación–, ¿no comprende usted –gritó– lo que significa para mí? Yo sí. En estos últimos tiempos –continuó, hablando precipitadamente– he poseído todas las riquezas que un hombre puede desear. Y eso no supone nada para mí.
¿Sabe por qué? Porque hay una cosa en el mundo que anhelo más que nada, y esa cosa es usted.
Entre sus manos tenía ahora las de ella, que no podía hacer el menor movimiento. Tan alucinada estaba con la seriedad mortal de Festini, como paralizada por aquella garra que la afianzaba por los brazos,
—La deseo –dijo. Bajó la voz hasta que ésta se hizo temblorosa–. Usted más que nada en el mundo, Marjorie. En un sentido es usted inasequible; la he de lograr en otro.
La joven dejóse caer en uno de los rincones del coche, observando al hombre, alucinada. Trató de gritar, pero no pudo articular palabra. Festini la miraba, resplandeciéndole en los ojos el fuego de la pasión. Su mano ardiente y casi convulsa estaba junto a las de ella.
—¿Sabe usted lo que estoy haciendo? –dijo, hablando con rapidez–.
¿Sabe lo que por usted estoy arriesgando? ¿Puede usted llegar a comprender que con este acto estoy corriendo un nuevo peligro, no sólo para mí, sino para mi organización? Pero la quiero, la quiero más que a nada en el mundo –dijo, con tono apasionado.
Por fin pudo hablar.
—Usted está loco –exclamó la joven–, rematadamente loco.
Él hizo un gesto afirmativo.
—Cuanto usted dice es verdad –contestó pensativamente–. Sin embargo, en mi locura obedezco a idénticas leyes que rigen a la Humanidad. Algo aquí –golpeó el pecho– me dice que usted es la única mujer para mí. Es un instinto al que obedezco. ¿Es esto locura? Entonces, todos estamos locos, toda la creación viviente está loca.
El fiero goce de la posesión se adueñó de él; ella luchó y gritó, pero el ruido del motor apagaba su voz. En un instante se encontró en sus brazos, asida fuertemente contra él, cuyos labios ardientes se posaron sobre sus mejillas. Sin duda, debió de darse cuenta de la repugnancia y del terror que se dibujaban en su rostro, ya que, rápidamente, la soltó, retrocediendo, pálido y tembloroso.
—Lo lamento –dijo con voz ronca–.
Usted, usted dice que estoy loco; usted me ha vuelto loco.
Su humor cambiaba con igual rapidez que el cielo de abril. Ahora suplicaba, insinuaba cuantos razonamientos se le ocurrían. Estaba casi jovial; juraba que la dejaría en libertad; acá la mano para hacerle una señal al conductor, y se arrepintió de su generosidad.
Entonces comenzó a hablar de prisa y en tono salvaje acerca de la suerte que correría ella en caso de resistírsele. Era el recuerdo de aquel novio alto y hermoso de la muchacha lo que le hizo enfurecerse de esa forma. Estaba tan agotado como ella, cuando el vehículo se salió del camino principal, a juzgar por el traqueteo de las ruedas. Pasados diez minutos, aminoró la marcha, deteniéndose por fin.
Levantóse, abrió la puerta del coche, saltando a tierra y volviéndose para ayudar a la muchacha. Un viento frío y suave la acarició el rostro, viento henchido del perfume de la salmuera. Quedóse allí, en pie, en una de las laderas; a unas cien yardas, en el horizonte, se apercibía el mar de tono gris. No se veía casa alguna, a excepción de una pequeña quinta. Junto a ella estaban dos o tres hombres.
La joven lanzó una exclamación de agradecimiento, y se dirigía apresuradamente a ellos, cuando una carcajada de Festini la detuvo.
—Yo mismo la presentaré a usted –dijo, sarcásticamente.

Volvióse para echar a correr hacia el mar; pero de dos zancadas él la alcanzó, asiéndola por el brazo. Entonces una mano inmensa le agarrotó el cuello, apartándole de una fuerte sacudida. Brillándole los ojos de ira, volvióse contra su agresor. George Mansingham, alto y fornido, tiznado por el polvo de la carretera, ya que durante dos horas había mantenido una postura muy incómoda colgado en la trasera del coche, respondió a la defectuosa acometida de Festini con un "swing" (1) enorme, que hizo rodar por el suelo al italiano, completamente aturdido.
La joven quedóse estupefacta por lo rápido del rescate, hasta que Mansingham le indicó lo que procedía hacer:
—¡En esta dirección, señorita!
Sin miramiento de ninguna índole, la cogió por el talle, meciéndola como si fuese un niño, y saltó la zanja que servía para el desagüe de este trozo de pendiente.
—¡Corra!– balbució El también había visto aquellos hombres y adivinado que pertenecían a la pandilla, La muchacha echó mano de toda la fuerza que le quedaba, y corrió como el viento, mientras

(1) Puñetazo que se dirige generalmente al rostro, y que va precedido de cierto balanceo de quien lo propina. (N. del T.).
Mansingham galopaba fácilmente al lado de ella.
El aire permitía percibir las voces de sus perseguidores; sonó un disparo seco y una bala pasó silbando junto a ellos. Entonces alguien con autoridad suficiente debió, sin duda, de dar orden de que cesase el fuego. Y, a decir verdad, esto era más peligroso para los hombres que para los fugitivos.
En el camino de la escollera, y a media milla de distancia, había un puesto de guardacostas, y aunque ni la joven ni Mansingham se habían dado cuenta de ello, instintivamente comprendieron que siguiendo la línea de la costa se les ofrecían los medios mejores para escapar. De pronto, Marjorie dió un tropezón y cayó.
Mansingham se detuvo y volvióse para levantarla. Cuando lo hubo realizado, lanzó una exclamación de terror.
Frente a él había dos hombres, sin duda alguna italianos, y sus revólveres le encañonaban. Había llegado hasta la misma avanzada de la Mano Roja.
Todo fué cosa de diez minutos. Los perseguidores se aproximaron y la joven fué arrancada de entre sus brazos protectores. Él peleó como los buenos; uno tras otro, iban cayendo aquellos individuos ante sus puños inmensos. En aquel momento, un cuchillo, lanzado con gran destreza, le dió con el mango en pleno entrecejo, y cayó al suelo como un perro.
Festini, sin aliento, desfigurado el rostro por aquel repugnante color rojizo que por momentos íbase amoratando, dirigía las operaciones.
—Si hace usted el menor ruido –dijo– o intenta llamar la atención de cualquier persona que vea, tendrá usted en sus manos la vida de ese hombre y probablemente la suya propia.
Habló brevemente, sin personificar, como si la muchacha fuese el propio Mansingham.
—No le hagan daño –suplicó.
Se refería al cuerpo caído de aquel labrador, que luchaba ahora con la vida. Festini no contestó. Pertenecía a una raza que no perdona fácilmente un puñetazo.
—Lleváosla –dijo.
Él quedóse atrás con sus dos afiliados.
—Creo que le podemos cortar el pescuezo, "signor" –dijo "Il Bue"–, y ése será su final.
—Y el nuestro –exclamó Festini–.
Esta costa está vigilada, encontrarán al hombre y a todo lo largo de la misma harán averiguaciones.

Caminó una docena de pasos hasta el borde de la escollera y miró hacia abajo. Había marea y la altura era, además, de unos doscientos pies.
—Aquí hay una profundidad de veinte pies –dijo, con un ademán significativo.
Cogieron a aquel hombre, que comenzaba a revivir, por los pies y por la cabeza y lo llevaron hasta el borde de la escollera. Lo bambolearon por dos veces, hasta que se desprendieron de su carga; los brazos y las piernas del infeliz, al extenderse, le daban la apariencia de una estrella de mar.
Cayó rodando, rodando, y Festini y los otros observaban. Salpicó el agua y entre la espuma blanca desapareció aquel cuerpo.
Aguardaron un instante; no volvió a aparecer, y Festini, con su lugarteniente, regresaron a la quinta, seguidos del tercer sujeto.

Capítulo Xiv

Tillizini señala una pista

El plazo del ultimátum tocaba a su fin. Sólo le quedaban a Inglaterra cuatro días más para aceptar las condiciones impuestas por la Mano Roja.
En su amplio despacho de Downing Street, ocupando el mismo sillón en que se habían sentado tantos hombres grandes y famosos del siglo pasado, el primer ministro, grave y preocupado, celebraba una conferencia con Tillizini.
El italiano estaba, contra lo habitual, flamante aquella mañana. Habíase vestido con exquisito esmero, signo éste fatal vara la organización que se había propuesto exterminar, ya que era una de sus excentricidades, y había constituído una leyenda entre los sectores criminales de Italia que un Tillizini pulcro era un Tillizini peligroso. Hay un refrán en Florencia: “Tillizini tiene un traje nuevo, ¿a quién llevarán a las galeras?” El primer ministro, con la pluma entre los dedos, inconscientemente trazaba sobre el papel secante dibujos incomprensibles.
—¿Entonces usted asocia la desaparición de Miss Marjorie Meagh a las actividades de la Mano Roja?
—En efecto –dijo el otro.
—¿Y a propósito de ese hombre, Mansingham?
—Eso, también –dijo Tillizini–.
Se los vió juntos en el campo donde Mansingham trabajaba; su libro y su chaqueta fueron hallados tal como los dejó; entonces él y ella se dirigieron hacia el portillo. Otro labrador le vió retroceder, cruzando lentamente el terreno, detenerse y coger algo, sin duda el pañuelo o el bolso de la dama; esto es indiferente. Vuelve corriendo hacia el portillo, salta y va detrás de la señora; esto está demostrado. A partir de este instante, ni a él ni a ella vuelve a vérselos. Una mujer a la que pregunté, y que habita en una quinta junto a la carretera, recuerda que a aquella hora pasó por allí un coche grande. Estos tres hechos los relaciono entre sí.
—Pero, ciertamente –dijo el primer ministro–, para qué habían de coger al hombre? ¿Qué propósito abrigaban?
¿Qué finalidad perseguían, en lo que a esto hace referencia, al apoderarse de la dama?
Tillizini miró a través de la ventana. Desde donde estaba sentado divisaba Green Park, un espectáculo suntuoso y muy agradable. En los Horse Guards (1) había tenido lugar el relevo de la guardia, y los jinetes cabalgaban ahora por la explanada, brillándoles al sol las

corazas y sus cascos, como múltiples espejos, reflejando los rayos de luz. Los miró con tristeza y también a la gran muchedumbre que caminaba al lado de ellos.
Todo el armamento de Inglaterra, todo su poderío naval y militar, todas

(1) Guardias de Corps, a caballo.
sus leyes e instituciones espléndidas, no podrían salvarla de la perfidia de la Mano Roja.
Rápidamente, volvióse hacia el primer ministro, y vió cómo aquel caballero le miraba con curiosidad.
—En cierto modo –dijo–, no me preocupa ese rapto, siempre y cuando ni uno ni otro hayan sido lesionados.
No puedo comprender por qué podían molestarles; pero estas venganzas esporádicas y particulares son las que invariablemente llevan el pesar a las grandes organizaciones.
—Seriamente, profesor Tillizini –dijo el primer ministro–, ¿cree usted que esos hombres llevarán a efecto su amenaza?
—Seriamente, lo creo. –dijo Tillizini–. Los técnicos de que usted dispone se han mofado de la idea de que la Mano Roja pueda cultivar ese germen determinado. La contestación de la Mano Roja les debe de haber dejado un poco perplejos –sonrió–.
Si no recuerdo mal, enviaron un poco de dicho cultivo al Instituto Bacteriológico. Los animales que fueron inoculados murieron con todos los síntomas descritos por los escritores del siglo quince.
El primer ministro hizo un signo afirmativo.
—No podemos entregar el dinero; eso es imposible. ¿Usted comprende esto, profesor?
Tillizini asintió.
—Ello significaría la negación de toda ley; sentaría un procedente que pondría fin a toda autoridad de la civilización; sería preferible que toda Inglaterra fuese arrasada por esa enfermedad antes que un solo penique salga del Tesoro. Ésa es mi opinión.
Estoy dispuesto –dijo tranquilamentea aceptar no sólo la responsabilidad de esta actitud, sino las primeras consecuencias de las maquinaciones de esos individuos. Esto ya lo he sugerido por medio de la Prensa. La única esperanza es que podamos apoderarnos de ese cultivo, y no solamente apoderarnos, sino determinar el emplazamiento del laboratorio donde se realiza. Es una esperanza –dijo, encogiéndose de hombros–. Me consta que está usted haciendo cuanto puede, Tillizini –dijo prontamente–, y Scotland Yard.
—Scotland Yard está trabajando espléndidamente –exclamó Tillizini–.
La organización policíaca de usted es admirable.
Se levantó.
—Cuatro días –dijo– son mucho tiempo.
—¿Dará usted todos aquellos pasos que juzgue necesarios para la seguridad pública?
—Puede usted estar completamente convencido –dijo Tillizini.
El ministro, preocupado, retorció el secante.
—Cuentan de usted, profesor –dijo deliberadamente–, que para hacer justicia no duda en cometer lo que, a los ojos de los hombres de leyes, puede ser considerado como actos criminales.
—Nunca he dudado –dijo Tillizini–. Si quiere usted dar a entender...
—No quiero dar a entender nada en particular –dijo el primer ministro–; únicamente le digo esto: si considera necesario salirse de la ley para administrar una sanción preventiva, yo le aseguro que obtendré para usted del Parlamento el indulto preciso.
Tillizini hizo una inclinación de cabeza.
—Quedo muy reconocido a su excelencia por esto –dijo–, y puede tener la convicción de que no abusaré de ese poder y de que ningún crimen que yo perpetre precisará jamás de un decreto de indulto.

El primer ministro se le quedó mirando, asombrado.
—¿Cómo?
—Porque– dijo Tillizini, con su dulce sonrisa –mis crímenes no me los llevan nunca a casa.
Con otra reverencia, abandonó la estancia.
Fuera de la casa, en Downing Street, aguardaba el inspector Crocks.
—Le traigo algunos telegramas –dijo con afabilidad–. Rápidamente estoy degenerando en un secretario particular.
Tillizini sonrió. Un sentimiento de cariño había surgido entre estos dos hombres de una constitución tan diferente y de temperamento tan opuesto. Cuando Crocks fué designado para ayudar a Tillizini en su labor, mucha gente sonrió a hurtadillas, porque una persona que se apartase más del detective de novela que el inspector no podía encontrarse. Sin embargo, era un hombre astuto, inteligente y perspicaz hasta la exageración. Un organizador rápido y eficiente y con un conocimiento de los bajos fondos criminales que pocos hombres poseen.
Tillizini abrió los telegramas, los leyó dos veces, y haciéndolos una pelota de papel, se los metió en los bolsillos de la americana. En cuanto a las cartas, una vez que hubo visto la dirección y el sello, las colocó abiertas en el bolsillo interior de la levita.
—No le he enseñado a usted los telegramas –le dijo a su compañero porque estaban redactados en código.
En pocas palabras explicó el quid de su contenido.
Tillizini se sabía el código de memoria.
—Ahora voy a ver a mi señuelo.
—¿Vive todavía? –preguntó el inspector con fingida sorpresa.
—Hace unos instantes vivía –dijo Tillizini.
Por una sola vez había tratado este asunto en forma jocosa, y al inspector le constaba que la pregunta que había hecho en broma tenía un significado serio.
—Le he buscado un empleo –dijo Tillizini con presteza–; está de mozo de cordel en la estación Victoria.
Eso le proporcionará una ocasión excelente para relacionarse con gentes antagónicas.
—Y al propio tiempo podrá facilitar a usted algo de información –dijo Crocks–. Creo que es un ardid magnífico. No parece muy inteligente, ni presumo que lo sea en cierto sentido; pero tiene un poder del que, desgraciadamente, muchos funcionarios de la Policía carecen. En el momento en que un hombre comienza a adquirir importancia, su valor disminuye.
Tillizini rió.
—¡Oh, un hombre sin importancia!
–dijo, casi en secreto.
Unos minutos después se marcharon.
El detective regresó a Scotland Yard, y Tillizini llamó un coche, dirigiéndose a unas señas en el sur de Londres.
“ “ “

A las doce y media de aquel día, el rápido de Burboro a Victoria se detenía lentamente en la espaciosa estación terminal. Vera Morte–Mannery fué una de las primeras en descender. Casi antes de parar, ya había puesto el pie en el andén.
Apresuradamente dirigióse hacia el gran vestíbulo que había al final de la estación. Con ansiedad miró a todos lados, y, últimamente, al reloj.
El hombre que buscaba no estaba allí.
A grandes pasos recorrió toda la estación, y cuando volvía al quiosco de periódicos, llegó Festini, caminando apresuradamente.

Ella comprendió su humor, y él, reprimiéndose, volvióse despreocupadamente. Salió de la estación seguido de Vera. Hizo una señal, y de la parada próxima avanzó un coche hasta colocarse a la acera.
Sin decir palabra, subió ella seguida de él.
Continuaron en silencio, hasta que el coche penetró en Hyde Park, disminuyendo la marcha, en cumplimiento de las ordenanzas para la circulación.
Entonces Vera, dirigiéndose de pronto hacia Festini, con voz entrecortada, le preguntó
—¿Dónde está Marjorie Meagh?
El arqueó las cejas.
—¿Marjorie Meagh? ¡Supongo que no querrás darme a entender que me has hecho venir a Londres para formularme una pregunta semejante!
—¿Dónde está Marjorie Meagh?
–preguntó otra vez.
—¿Cómo diablos quieres que lo sepa?
—Festini –dijo Vera, en tono suplicante–, seamos francos; Marjorie ha sido secuestrada por la Mano Roja. Tú eres la Mano Roja.
—¡Chitón! –refunfuñó de un modo salvaje. No grites; te pueden oír desde la acera.
Su actitud para con ella había cambiado. Estaba algo frío, impaciente y algo más que intolerante. En el momento que se encontró con él, Vera se dió cuenta de que había cambiado el tiempo.
Apretó los labios, y durante unos momentos guardó silencio.
—¿Qué persigues al secuestrarla?
–preguntó.
—Esto no te incumbe. ¿No tienes confianza en mí?
—¡Confianza en ti! –exclamó, riendo amargamente–. ¿No la he tenido hasta el límite? Esa pregunta soy yo quien tiene que hacerla. Eres tú, Festini, el que desconfía de mí.
Era más bien una súplica que una afirmación. Ella esperaba que él negase sus palabras, pero no sucedió así.
—Hay cosas que no está bien que yo te las cuente.
—¿Cómo? –preguntó Vera–. ¿Hay algún secreto de la Mano Roja que yo desconozca?
Un poco inquieto, Festini sonrió.
—No sabías nada acerca de la Cuarta Plaga –dijo él con suavidad.
—Ni me arrepiento de ello; era una cosa demasiado grande para confiársela a cualquier hombre o mujer. Pero el secuestro de Marjorie Meagh no creo que sea una cosa tan delicada como ésa.
Festini hizo un ademán que daba a entender su impotencia para continuar con este tema.
—No te lo puedo decir. Detrás de todo esto –hay algo que tú debes ignorar.
—Detrás de todo esto hay algo que yo puedo adivinar –dijo con firmeza–.
Tú amas a Marjorie y por eso la has secuestrado. No lo niegues. Me lo dice tu cara. ¡Oh, embustero! ¡Embustero!
Nunca la había visto así. Era una fuerza desconocida que se revelaba en ella y que a él le agradaba, al mismo tiempo que le producía enojo.
Había sido todo dulzura, sumisión ante él, una conquista fácil para este hombre hermoso, de voz suave y ojos elocuentes.
En medio de su furia tenía un aspecto bastante terrible, pero a él no le atemorizaba. Estaba habituado a las contrariedades y sabía solventarlas rápidamente. Su propio yo tenía mucho de mujer, que le permitía darse cuenta del estado de ánimo de Vera.
Pero como era un autócrata, le molestó la rebeldía, y con aquel sentimiento, y en aquellas circunstancias, dijo más de lo debido.

—Sí, es verdad –exclamó fríamente–. La quiero. ¿Por qué he de negarlo? Ya no te quiero, porque la quiero a ella. Está en plano diferente del tuyo y del mío.
Vera respiraba aceleradamente; el pecho se le saltaba con la intensidad de aquella furia que la acorralaba.
Un instante más volvió a guardar silencio; surgía en ella el insano deseo de arrojarse del coche, desaparecer ante sus ojos, pues le constaba que él la había echado de su corazón. La llama de los celos y de la humillación la abrasaba tan intensamente, que no habría palabras para describirlo.
Una y otra vez quiso reprimir el torrente salvaje de frases que le subían a los labios y que la agarrotaban.
¡Y éste era el final! El final de sus sueños, la recompensa de todo su trabajo, de la traición hacia aquellos que la amaban, el último jalón de la ruta feliz que ella, confiadamente, había creído conducir a la eternidad.
De cuando en cuando, él la miraba de reojo.
—Comprendo –dijo, por fin, hablando serenamente–; tu gran proyecto ha tocado a su fin. Ya no me necesitas.
—No digas eso, Vera.
Le consolaba mucho la forma tan adecuada en que Vera había aceptado sus manifestaciones, las que él, a pesar de su sangre fría, no tenía deseos, y a decir verdad, ni la intención de hacerlo.
—Tú eres indispensable –dijo.
Trató de cogerle la mano, pero ella la retiró.
—Son únicamente las exigencias del plan que tenemos entre manos las que me han impedido que tenga una confianza mayor en ti. En cuanto a Marjorie, te suplico seas generosa –dijo–.
Quiero que comprendas...
—¡Oh, lo comprendo! –exclamó, hastiada–. ¿Has sido alguna vez sincero, Festini? ¿Fuiste fiel en alguna ocasión?
Le miró escrutadoramente.
—Lo juro –comenzó.
—No jures. Creo comprender –sonrió con valor–. Voy a apearme aquí.
Tengo ganas de pasear un poco. No era éste precisamente el resultado que yo esperaba de nuestro encuentro esta mañana –continuó–. Aunque estaba celosa, nunca pude suponer que mis sospechas eran fundadas.
Él trató de persuadirla para que continuase a su lado, pero ella estaba decidida. Golpeó en la ventanilla y el coche se detuvo. Ayudóla a bajar.
Vera tendióle la mano.
—Adiós, Festini –dijo.
El entornó los ojos.
—Hemos de volver a vernos; no hay que decirme adiós –dijo bruscamente–.
Te he dicho que eres indispensable y lo mantengo.
Vera no respondió. Gentilmente retiró la mano, dejándola caer con indiferencia. Volvió la espalda rápidamente y se marchó.
Él quedóse mirándola hasta perderla de vista. ¿Podía fiarse de ella? Tenía un conocimiento profundo de los hombres, y aún mayor de las mujeres.
Había previsto todas las contingencias; no podía suponer que Vera le traicionase. A estos ingleses les agrada sufrir en silencio, confiar a sus corazones ocultos sus mayores pesares.
Sonrió, encogiéndose de hombros, y, dirigiéndose al chófer, le indicó un restorán de moda, ya que los hombres, aun cuando sean unos grandes conspiradores, han de comer.

Hizo detener el coche en Oxford Street para comprar un periódico de la tarde. Estaba lleno, como lo habían estado los periódicos de la mañana, de comentarios sobre la Cuarta Plaga. ¿Pondría la Mano Roja en práctica su amenaza? Un periódico había encontrado a un hombre de ciencia que había descubierto un específico, otro reproducía un perfecto dibujo a pluma de Tillizini. Los rumores insensatos e improbables adquirían cuerpo; pero, en realidad, no había nada interesante. Ya iba a plegar el periódico, cuando le llamó la atención un pequeño párrafo que, al final de una columna, se veía claramente lo habían insertado para rellenar:

"El desgraciado Mansingham, que a las trágicas vicisitudes de su existencia ha sumada la de ser uno de los protagonistas en la desaparición de Miss Marjorie Meagh, era un experto nadador, y en la Junta anual que anoche celebró el Club de Natación de Burboro se le recordó con simpatía, con motivo de tal desaparición."

Festini frunció el entrecejo. ¿Un nadador? Desde luego, era absurdo pensarlo. Pero quizá fuese un serio peligro el haberlo arrojado al agua.
Bien es verdad que se hallaba aturdido, y ya habían transcurrido tres días sin que hubiese rastro de su reaparición.
Por informes cuidadosamente obtenidos, sabía que nadie había sido extraído junto a la costa, pero, a veces, sucede que transcurren semanas enteras hasta que el mar devuelve su presa. Era insensato preocuparse por cosa semejante. Pero, mientras comía, esa idea no se le apartaba de la imaginación. Supongamos que ese hombre resurgiese. Hubiese sido preferible seguir las indicaciones de "Il Bue" y haberlo matado en el acto.
Pidió la nota, y se la trajo el camarero, a quien pagó, dándole una propina espléndida.
Salió al "hall" que formaba parte del espacioso vestíbulo del restorán, eligió un cigarro de entre los que había en el "comptoir", y, a buen paso, salió hasta Picadilly.
Un coche conducido por un miembro de confianza de la Mano Roja le seguía a paso de serpiente por aquella avenida ancha y populosa.
En la esquina de Picadilly Circus encontróse de pronto cara a cara con Frank Gallinford.
El aspecto del inglés era de enfermo; se le notaba la tensión nerviosa de los últimos días. La desaparición de su novia le tenía trastornado; no había dormido. Sus agentes rebuscaban de uno a otro confín del país. Él, por su propia cuenta, había establecido una pequeña organización policíaca, ya que Frank Gallinford era un hombre bastante acomodado.
Los dos se detuvieron, mirándose fijamente durante una milésima de segundo; entonces Festini alargó la mano con una sonrisa suave.
—¿Cómo está usted, Mr.
Gallinford?
Frank no tenía humor ni para conversación ni para pésames. Balbució unas palabras puramente convencionales, le estrechó la mano apresuradamente y marchóse, dejando que Festini continuase su camino.
No habría caminado unos veinte metros, cuando alguien le cogió suavemente por el brazo. Miró a su alrededor. Un hombre de estatura elevada estaba junto a él. De pronto no lo reconoció con aquella indumentaria de obrero y aquel bigotillo; pero al hablar comprendió de quién se trataba.
—Vaya detrás de Festini –dijo Tillizini con viveza–. Háblele de lo que usted quiera, sosteniendo la conversación durante unos minutos –acompañó al otro un pequeño trecho–, y cuando lleguen ustedes a St. Jame.s Street, giren a la derecha. La calle es empinada. Llévelo, por todos los medios que estén a su alcance, hasta el otro extremo de la misma:
—Pero ¿para qué?

—Bueno, no pregunte para qué –dijo Tillizini, haciendo uno de sus típicos ademanes de impaciencia–. Haga lo que le digo.
Frank accedió. Aunque no tenía ánimos para la empresa, aceleró el paso, alcanzando a Festini.
Tillizini los observaba. Los vió cómo caminaban a la ventura y que entraban en la calle que él había indicado. El coche que aguardaba al otro lado penetró también en la calle y detúvose; ésta hacía cuesta arriba, y sólo a mitad de la pendiente, y al, lado opuesto, podía encontrarse la vía pública. El chófer miró a su alrededor con desazón. Tenía que retroceder y dar la vuelta por la parte baja de Regent Street y Picadilly. No tenía otra alternativa que esperar. Estaba indeciso. El gesto de un policía vino a sacarle de sus dudas, ordenándole volver a la calle principal.
El coche retrocedió muy lentamente.
Transcurrieron dos o tres minutos antes que pudiese meter a aquel largo Napier entre la corriente de tráfico en dirección a Piccadilly, donde había un taponamiento, y esto dió lugar a otra parada.
Tillizini se había colocado en un sitio desde el que podía observar el menor movimiento. Vió la expresión de ansiedad que se reflejaba en la cara del chófer. La oportunidad que había estado aguardando durante las dos horas últimas, ahora se le brindaba. Se dirigió hacia el lugar donde, por efecto del tráfico, se había producido el taponamiento, pasando junto al coche. Sacó algo del bolsillo, e inclinándose sobre una de las ruedas traseras, con la mano hizo presión sobre la misma; una tira ancha de goma con una grapa de acero en cada uno de sus extremos.
Con pericia la acopló a la rueda.
En el centro veíase una flecha de relieve. Había sido cuidadosamente preparada, y solamente el experto interesado en accesorios de automóviles la hubiese considerado inútil.
Después de cerciorarse de que su trabajo fué bien ejecutado, se confundió entre la muchedumbre, ganando el lado opuesto de la calle. Bajaba por Regent Street cuando vió a los dos hombres conversando. El profesor sonrió. Él era el animador de este espectáculo de Festini y su coche; jugando al escondite el uno con el otro.
No intentó reunirse con Frank; por el contrario, llamó a un pesetero, que aproximóse de mala gana, porque aquel hombre con traje de obrero no inspiraba confianza, marchando directamente hacia Scotland Yard.
Aquella noche, cada uno de los puestos de Policía de Inglaterra recibió un aviso, y en las primeras horas de la mañana, los guardias de a pie, de a caballo y los ciclistas buscaban por los caminos mojados el rastro de un automóvil que a intervalos regulares dejaba señalada una flecha.

Capítulo Xv

La casa junto al río

Desde su ventana, Marjorie podía ver el ancho del indolente río. Cuando la niebla no ocultaba los objetos, podía apercibir grandes barcos que cruzaban en todos sentidos, el bullir de pequeños remolcadores tirando de hileras de barcazas, lanchas de pardo velamen que con calma majestuosa se dirigían hacia el mar. En la ribera había terrenos pantanosos sin cultivar.

El río tranquilo, puesto que así lo estaba en un trecho de un cuarto de milla, era el Támesis; el terreno pantanoso era esa antipática marisma que se forma en su ribera norte, entre Southend y Barking.
Acercándose mucho a la ventana, podía ver un pequeño edificio de techo bajo, alquitranado, y acondicionado contra el mal tiempo, del que entraban y salían individuos con zahones blancos.
La casa en que habitaba era antigua, con esa antigüedad que van adquiriendo los edificios. Construída de ladrillo, las habitaciones de techo alto, frías y algo húmedas. Hasta en el cuarto que había sido dispuesto para ella, el papel saltaba a tiras de la pared, y ni la lumbre que atizaba aquella italiana de facciones duras podía desterrar la fría lobreguez de la estancia.
Había sido traída aquí, durante la noche, desde la casa de la escollera.
La habían acostado después de cenar en su cárcel de Kent, y despertó para encontrarse en la habitación de la que ahora era huéspeda.
La idea de que hubieran podido ponerle alguna droga al alimento la llenaba de espanto.
Al día siguiente de su llegada se negó a beber y a comer, y hasta que la italiana compartió con ella, y en su presencia, los platos que le servía, la muchacha no consintió en probar bocado.
Afortunadamente, entre sus muchos talentos contaba el de saber a conciencia el italiano. Últimamente había perfeccionado el conocimiento de este idioma. El trabajo de Frank radicaba principalmente en Italia, y había podido comprender la necesidad de ser una experta en la materia.
Pero a ninguna de sus preguntas recibió contestación satisfactoria. No había vuelto a ver a Festini desde el día aquel en la escollera, aunque había oído su voz con bastante frecuencia.
Adivinaba, más que sabía, que en la casita de techo bajo que estaba próxima allí se procedía a la preparación del terrible cultivo que, en gesto de sumisión, había de hacer hincarse de rodillas a toda Inglaterra.
Todo cuanto Festini pudo hacer para alejar de Marjorie la monotonía de aquella vida, lo había hecho.
Estaba materialmente rodeada de periódicos y de libros, y en cuanto a comida, había tomado para ella un magnífico cocinero italiano.
Con el único hombre con quien había hablado era con una especie de gigante, al que vió en la escollera con Festini.
Respondía a sus preguntas gruñonamente y con monosílabos.
Ella comprendía que su único objeto al venir a la habitación fué el de cerciorarse de la seguridad de los barrotes que habían sido colocados delante de la ventana. La ansiedad la tenía enferma; no se atrevía a darle alas a la imaginación.
Era Frank el que ocupaba sus pensamientos; Frank, quien, como a ella le constaba, estaría destrozado por la pena, y durante la noche, tan pronto rezaba como rompía a llorar, añorando la fortaleza y el refugio que le ofrecían sus brazos.
Fué el tercer día siguiente al del rapto. Estaba sentada junto a la ventana, intentando leer, cuando el girar de la llave la hizo levantarse.
Oyó fuera la voz de Festini, y al momento éste penetró en la habitación, cerrando la puerta tras sí.
Permanecieron frente a frente el uno del otro. Marjorie se había deslizado con suavidad hacia el centro de la estancia, colocando la mesa entre los dos.
—Bien –dijo él con su sonrisa afectuosa–. Supongo que tiene usted cuanto desea.
De pronto no contestó. Después:
—Quiero mi libertad –exclamó.

—Eso –dijo con una ligera reverencia– lamento no poder concedérselo.
Es necesario para mi salud y para mi seguridad que permanezca usted aquí un poquito más. Después espero hacerla la esposa de uno de los hombres más ricos de Europa.
—Tal cosa no sucederá jamás –exclamó resueltamente–. Prefiero ser la primera víctima de la plaga con que usted ha amenazado que soportar semejante humillación.
Festini retrocedió ante aquellas palabras.
—No es una humillación –dijo con algo de altanería–. Por mis venas corre la mejor sangre de Italia. Y es un honor ser la novia elegida por Festini.
Estaba aturdida ante la inesperada vanidad de aquel hombre.
Nunca le hubo considerado, aun en los tiempos de sus relaciones puramente amistosas, más que como un miembro de la clase media, bien portado y de buenos modales. El que él considerase su nacimiento como un hecho que le hacía superior, dándole facultad para censurar a los demás, eso era una opinión.
A despecho suyo, se le quedó mirando con marcado interés.
—Le pido que sea mi esposa –dijo él.
Imprimía gran énfasis a sus palabras.
—Debe usted de comprender que, además de hacerle un gran honor, estoy obrando con excesiva magnanimidad.
Usted se encuentra aquí sola –dijo– y entera y absolutamente a merced mía.
Rodeada de hombres y mujeres que no se meterán a discutir cualquier acto mío, por bárbaro que a usted pudiera parecerle. ¿Comprende bien?
Marjorie comprendía demasiado bien.
Estaba a salvo, a menos que hiciese, imposibles unas relaciones casi amistosas. Había que contemporizar.
Sin duda, él adivinó lo que ella estaba pensando.
—Comprendido –dijo–. De aquí no hay escapatoria más que cómo esposa mía. Seré tolerante no teniéndola a mi lado. Lo he sido estando usted aquí –prosiguió–. Mañana, un sacerdote nos casará conforme a los ritos de mi Iglesia.
—¡Mañana! –exclamó Marjorie.
—Mañana –dijo Festini con un poco de sorna–. Es algo precipitado ¿no?
¡Y no tiene usted equipo!
Descartó esta contrariedad.
—Es un detalle que puede solventarse o prescindirse de él.
—No hizo ademán de tocarla.
—¿Puedo sentarme? –preguntó.
Marjorie asintió, y él acercó una silla a la mesa, sentándose.
—Creo que puedo tener un poquitín de confianza en usted –dijo de aquel modo tan grato que le era peculiar–.
Es preciso despachar algunos asuntos.
Su amigo (¿cómo pronuncia usted su nombre? ¿Mansingham?) fué extraído por un queche(1) pesquero. Creo que llegó hasta el mar nadando, asiéndose al queche. Pero esto es indiferente.
Vive, y tengo motivos para suponer que será locuaz.
Vió cómo la esperanza se reflejaba en el rostro de Marjorie, y sonrió.
—El hecho de que pueda identificarme como autor del rapto –prosiguióme preocupa; pero, afortunadamente, nuestro plan está tan adelantado que ya no es preciso que siga ocultando mi relación con la Mano Roja. Lo único que es verdaderamente molesto es que tenga necesidad de continuar en este sitio tan lúgubre unos días más. Toda la labor que hay que realizar pueden llevarla a cabo mis agentes. Pero sin estar usted aquí sería una situación imposible. Por todo el oro de Inglaterra no acamparía yo en las orillas del Támesis... solo.

Su sonrisa desconcertante aturdió a la joven. Usaba el truco de discutir

(1) Embarcación holandesa de igual forma por la popa que por la proa.
(N. del T.) las proposiciones más descabelladas con aire serio y convincente. Pero todo era superficial, no obstante ser esta superficialidad más profunda en él que en el resto de los demás hombres.
Ella sabía de memoria que se trataba de una persona de sangre fría y sin noción de remordimiento, que no cejaba ante nada, con objeto de conseguir su finalidad. Únicamente que la capa de civilización era más espesa y el bruto que llevaba dentro de sí no estaba tan próximo a la superficie, diferenciándolo esto de sus restantes camaradas.
Pero el marchamo de crueldad estaba allí, como bien claro lo demostraba.
—A propósito –dijo–. El otro día me encontré con Mr. Gallinford y le expresé mi condolencia por su desaparición.
—¡Salvaje! –dijo enfurecida–.
¿Cómo osa usted burlarse de mí?
—Me gusta cuando se pone así –dijo con admiración–. Casi me está usted tentando a que le diga que está muy estropeado y tiene aspecto de enfermo.
Rió, pero sin que su voz revelase contento alguno.
—¡Es un hombre perfectamente torpe! Si hubiese sido un italiano, en mi cara y en el cambio que experimentaron mis ojos cuando el nombre de usted fué pronunciado, hubiera comprendido que era yo –dijo, señalándose a sí mismo– el que la había robado.
¡Pero esos ingleses son tan flemáticos! Olvidan muy pronto. No debe usted preocuparse demasiado por su Frank –dijo, mientras se levantaba para marcharse–, Dentro de un año o dos se habrá casado con una inglesa acomodada, entregándose a una vida que consistirá en la caza de los faisanes y en discutir las obras de desecación defectuosas.
No tenía ánimos para responder.
Salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí, dejándola sola, la cabeza entre las manos, llorando de rabia.
En la habitación de la planta baja encontró a “Il Bue” con dos hombres que acababan de llegar del laboratorio que él había dispuesto en la barraca de madera.
—¿Qué hay? –preguntó caprichosamente, mientras se dejaba caer en un sillón que había a la cabecera de la mesa–. ¿Cuáles son las novedades?
–”Signor” –dijo uno de los hombres–, todo está preparado. Hemos obtenido cultivos perfectos, aun mejores que los que enviamos al Laboratorio Bacteriológico.
Festini hizo un gesto de aprobación.
—Mañana recibiré la contestación del Gobierno. Les he rogado que anuncien la respuesta en las columnas de un periódico.
—¿Y qué responderán? –preguntó “Il Bue”, los ojos fijos en Festini.
Festini se encogió de hombros.
—¿Quién sabe? Yo creo que a las once aceptarán mis condiciones.
Uno de los presentes, vestido de blanco, era un hombre rechoncho, con cara agria y de mal genio. No tomó parte en la discusión respecto a los procedimientos a adoptar para la distribución de la plaga.
Festini había tomado toda clase de precauciones y tenía publicada una literatura muy completa, que había de ser distribuída entre los miembros de la Mano Roja.
Sinceramente deseaba que los agentes afectos a su organización pudiesen escapar de las consecuencias de su propia villanía.
Cuando la discusión terminó, aquel insolente se dirigió a Festini. Estaba sentado a su derecha, con los codos sobre la mesa y juntas las manos carnosas.
—¿Y a propósito de esa mujer, “signor” Festini? –preguntó.

El joven se le quedó mirando fijamente.
—¿Esa mujer? –repitió con suavidad–. No sé a quién te refieres.
El hombre gordo levantó la cabeza de una sacudida. Era una clase de ente de esos que se mueven a tirones.
—La que está arriba –dijo.
Festini se levantó de la mesa con mucha calma.
—Tenlo bien entendido, Gregorio –dijo con su tono meloso–: nunca más volverás a referirte a esa dama en semejante forma. Por supuesto –continuó, recalcando las palabras–, no volverás a hablar de ella en ningún sentido.
—No hay secretos entre los hermanos –gruñó el hombre–. Todos queremos saber cuál es el plan con respecto a ella.
Sin decir palabra, Festini alzó la mano; sus dedos, prestos y fuertes, cogieron al otro por el cuello; con una torsión prolongada le hizo dar con la cabeza sobre la mesa.
Festini era un hombre vigoroso a pesar de su complexión endeble.
—¡Perro indecente! –siseó junto a la cara amoratada del hombre–. ¿He de darte cuenta de todo lo que hago?
El individuo luchó para recobrar el equilibrio; pero una hoja larga y brillante resplandeció ante sus ojos.
Festini dudó, soltó la garra, y el otro, tambaleándose, se puso en pie.
—Acuérdate de esto –dijo el conde–. Acuérdate toda tu vida, Gregorio. Es posible que el recuerdo te sea útil algún día.
El otro estaba lívido y tembloroso.
—Dispénseme, “signor” –dijo humildemente–. Fué sin pensar. No pretendí ofender a su excelencia.
Con un ligero ademán lo echó de allí.
—Y entendedlo –dijo–: no perdonaré a hombre alguno que se permita hablar con desprecio o a la ligera de la dama que ha de ser la condesa Festini.
Ése es mi plan, si queréis saberlo.
Creo que es suficiente, quizá demasiado, ciertamente bastante. Os doy cuanto puedo, me debéis obediencia y fidelidad. Es todo lo que pido.
No tenía un humor muy tolerante.
George Mansingham había llegado a Inglaterra, y en aquel momento Tillizini conocía lo que él ya había presumido. Londres era peligroso para Festini, que era un hombre que desdeñaba todo disfraz.
Tenía que dedicarse a matar el tiempo en aquel lugar olvidado de Dios; la realización de sus planes lo exigía.
Se detuvo en la casa el tiempo suficiente para calarse los zahones blancos que distinguían a sus compañeros y se dirigió hacia la barraca de madera, saliéndole al encuentro, a la entrada de la cabaña, “Il Bue” y los dos hombres.
No había más luz que la que penetraba por una claraboya. La casa y el cobertizo habían formado parte del taller de un constructor de lanchas a quien le fué mal el negocio, hasta que llegó a desaparecer. Para la finalidad que perseguía Festini era admirable. Estaba lo suficientemente distanciada de un camino que había en la parte alta, y podía considerársela como un verdadero retiro. Tenía un pretexto muy aceptable para justificar la presencia de sus hombres. El local se veía claramente que formaba parte de los terrenos de una pequeña Compañía que él había constituído algún tiempo antes para dedicarse a la fabricación de caucho sintético.
Hay algo acerca del caucho sintético, sus fabricantes y sus inventores, que trae intrigado a un público muy divertido.

El cobertizo estaba dividido en dos compartimientos. En el primero se veían una serie de tubos de ensayo, retortas y aparatos científicos colocados sobre un gran banco.
A la segunda habitación se entraba franqueando una puerta maciza, afianzada por dos candados.
Éstos fueron soltados por el individuo corpulento. Antes de abrir la puerta, colocóse en la cara una máscara antiséptica, sujetándola a la capucha de su traje blanco.
Los demás siguieron su ejemplo.
Del banco que había en la habitación exterior tomaron y se pusieron unos guantes. “Il Bue” abrió la puerta, y todos pudieron percibir un perfume dulce y agradable que salía de la estancia.
En el centro de los compartimientos interiores y más pequeños había una mesa larga y estrecha, sobre la que estaban dispuestos, convenientemente espaciados, cuatro platos hondos de porcelana, cubiertos por unas campanas de cristal.
A la vista no eran más que unas tiras estrechas de vidrio, recubiertas de una sustancia gelatinosa de color marrón claro; pero cada caja de cristal contenía la muerte en forma espantosa.
Festini las miró con curiosidad.
Era casi imposible creer que aquellas inofensivas tiras de vidrio opaco pudiesen desempeñar un papel tan trascendental.
—¿Esto es todo? –dijo, casi hablando consigo mismo.
—Esto es todo, “signor” –contestó “Il Bue”.
Su enorme cara se contrajo con un gesto enigmático.
—Parece una cosa muy sencilla –dijo con suspicacia–. Creo que podría dar al traste con ella de un solo puñetazo.
El hombre de fisonomía agria le miró de reojo.
—Morirías muy pronto –exclamó.
Era el químico de la pandilla; un hombre notable, con dones singulares, que se había asociado a la Mano Roja y al que los manejos de esta última habían marcado un rumbo para el espíritu ilegal y perverso que llevaba dentro de sí.
Festini dió media vuelta, dirigiéndose a la habitación. Aguardó a que “Il Bue” volviese a echar los candados y salió del cobertizo, despojándose de la máscara.
Aquel aire nuevo le acarició como una corriente suave y refrescante; estaba bajo la impresión de haber percibido una atmósfera de desolación y de muerte en aquella reducida estancia, que estaba ya corrompida –por la plaga que dentro de poco había él de esparcir.
No pretendió volver a ver a la joven; se daba por satisfecho con la entrevista que había celebrado. Se quedó en su cuarto, leyendo, con ayuda de una lamparilla eléctrica, los comentarios de la Prensa que sobre la Mano Roja habían podido reunir sus agentes.
A las diez llegaron nuevas visitas; por una de éstas Festini demostraba un interés muy marcado: era el sacerdote a quien había hecho venir para la ceremonia de la boda.
Los psicólogos se han esforzado por hacer un estudio del cerebro de Festini; por analizar, valiéndose de una fórmula concreta, sus dimensiones exactas, ¿Era un canalla en toda la extensión de la palabra? Aquellos fantásticos actos de hidalguía, en sí tan absurdos, ¿descubrían, teniendo en cuenta las circunstancias en que fueron realizados, una naturaleza más ecuánime?
Tillizini, en su acabado análisis del carácter de este hombre, había atribuído tales actos, como éste del casamiento premeditado, a la existencia de una mera costumbre. El trato constante de Festini con hombres y mujeres de su clase le había dotado de un respeto habitual hacia ciertos convencionalismos. Sta era la opinión de Tillizini, y seguramente era exacta, puesto que conocía al hombre.

El sacerdote elegido había venido apresuradamente desde Italia, viajando día y noche. Era hombre conocido de la banda como “seguro”; sobre el mismo recayeron sospechas con motivo de ciertos desafueros que estremecieron a Italia un año antes del proceso famoso. También él mismo compartió con otros detenidos un calabozo del Palacio de Justicia; pero, gracias a un ingenioso y falso juramento, pudo escapar al castigo.
Festini lo saludó con cordialidad, con el grave respeto que un verdadero hijo de la Iglesia siente hacia su superior espiritual y con el delicado ademán de protección que una inteligencia privilegiada adopta, instintivamente, ante otra que lo es menos.
Dió órdenes para el alojamiento del sacerdote, y después de la breve entrevista, volvió a quedarse solo.
Era cerca de medianoche cuando Festini se dejó caer en una cama portátil, para desembarazar unas horas de sueño. Por la mañana temprano, sus espías le traerían noticias relacionadas con la contestación del primer ministro. Durmió tranquilo, a intervalos, acometido por sueños desagradables, cosa no habitual en él.
Al oír golpear suavemente, dirigióse a la puerta. Allí estaba “Il Bue”, aguardando.
—¿Qué pasa? –preguntó Festini.
—Uno de nuestros hermanos acaba de llegar –dijo, visiblemente azorado–.
Vino en bicicleta desde el puesto donde ha estado vigilando la carretera de Londres, por la que avanzan, según ha dicho, varios soldados.
Festini hizo un gesto de impaciencia.
—¿Para eso me has despertado?
–dijo, con furia–. ¿No has permanecido el tiempo suficiente en Inglaterra, amigo mío, para saber que los soldados no se mezclan en los trabajos de la Policía? Esto no es Italia; estamos en Inglaterra. Vete y dile a tu espía que no vigile al ejército, sino a Tillizini y sus camaradas.
Volvió a la habitación, tumbándose de nuevo sobre la cama y cubriéndose con una manta suave de pelo de camello. Daba vueltas a uno y otro lado, pero no podía conciliar el sueño. Pasado un instante, levantóse y salió.
Fuera, al lado de la puerta, estaba un hombre de guardia.
—Ve junto a Catalina y dile que me prepare un poco de chocolate.
A los pocos minutos, una mujer se lo sirvió en una taza hirviente, colocada sobre una bandeja. Se sentó frente a Festini, quien se limitó a darle las gracias. De pronto le asaltó una idea.
—Catalina –dijo, haciéndola volver–, ¿la señora está bien?
—Sí, padrone –contestó–. La vi hace dos horas, antes que se fuese a acostar.
Festini hizo un gesto de aprobación,
—Ve a verla otra vez –dijo–. Yo subiré contigo.
Tomando una luz de la repisa que había en el estrecho pasillo de la casa, la mujer fué delante, escalera arriba, seguida de Festini.
Esperó a que Catalina abriese la puerta y quedóse fuera, mientras ella estaba en la estancia. Oyó una exclamación entrecortada.
—¡Padrone! –gritó la mujer, desaforadamente–. ¡Padrone!
Festini penetró corriendo en el cuarto. La pequeña cama del rincón estaba vacía, la ventana, abierta y faltaban tres de sus barrotes.
¡Marjorie Meagh se había escapado!

Capítulo Xvi

Tillizini habla ante la cámara

Aunque era pasada la medianoche, las calles de Londres bullían de gente; las tiendas estaban abiertas, y los escaparates, generalmente a oscuras, resplandecían de luz. El servicio de coches, que traía y llevaba a su hogar a los londinenses, no había cesado aún; se vendían ediciones extraordinarias de los periódicos de la noche, venta que aumentaba considerablemente en las proximidades de la Cámara de los Comunes, donde la muchedumbre era mayor.
Entre Whitehall y Victoria Street se habían congregado unas 30.000 personas, pero la Policía no tenía dificultad alguna para vigilarlas o para abrir paso a la constante afluencia de automóviles que iban y venían de la Cámara de los Comunes.
La multitud era de índole muy interesante. No la formaban mirones desocupados, atraídos por cualquier acontecimiento sin importancia; era la clase media de Inglaterra, con gabán, bufanda, gafas, esperando pacientemente las noticias que tenían para ellos la significación de la diferencia entre la vida y la muerte.
Por primera vez en su historia, la Cámara de los Comunes estaba reunida en sesión secreta. A las once de aquella noche, cumpliendo órdenes del presidente, las tribunas fueron desalojadas y a los desconocidos se les hizo retirarse no sólo del vestíbulo, sino del recinto de la Cámara. El Parlamento se había arrogado a sí mismo las funciones del jurado nacional.
A las doce y cinco, un coche grande, cubierto de polvo, hizo su aparición, a marcha lenta, a lo largo de Whitehall. Llevaba en el radiador tres faros pequeños dispuestos en forma de triángulo. Sin que le dieran el alto, cruzó Bridge Street hasta Palace Yard. Próximo a la entrada de la Cámara estaban numerosos policías; pero dejaron el paso franco a aquel individuo alto, de abrigo polvoriento, que descendió del baquet, junto al chófer. Dos hombres le aguardaban: Hilary George, miembro del Parlamento, era uno de ellos, y el inspector Crocks, el otro.
Los tres penetraron en el interior de la Cámara, dirigiéndose hacia una pequeña sala de Comités, que había sido habilitada para ellos.
—¿Qué hay? –preguntó Crocks. Su rostro tenía una palidez desusada y hablaba con la irritabilidad propia del hombre que está sometido a una excesiva tensión de nervios.
Tillizini despojóse lentamente de su pesado gabán, lo dejó en el respaldo de una silla, dirigiéndose a la lumbre. Estuvo allí unos momentos calentándose las manos, y después comenzó a hablar.
—Ya sé dónde están. –dijo con toda seguridad.
—¡Gracias a Dios! –exclamó Crocks.
—¿No hay duda alguna? –preguntó Hilary.
Tillizini movió la cabeza. Sacó un libro del bolsillo y extrajo tres tiras de papel. Eran anuncios recortados de un periódico de la semana última.
—Ignoro –dijo– si se habrán fijado ustedes en esto.
Inclináronse sobre la mesa, juntas las cabezas, leyendo el anuncio.
—No puedo comprenderlo –dijo Hilary–, es un anuncio que ofrece un buen precio por pichones –examinó el otro–. Éste dice lo mismo.
—Todos son iguales –dijo Tillizini, con tranquilidad–. ¿No se fijan ustedes que anuncian que desean pichones que sean viejos?
Hilary asintió.
—Las señas son en un sitio de Londres. El hombre que puso el anuncio ha recibido miles de contestaciones y los ha comprado por millares.

Durante toda la semana, una tras otra, han venido consignadas a su nombre por las estaciones urbanas de Londres varias jaulas de aves. Han sido retiradas por los agentes de Mano Roja y remitidas a Festini.
—Pero ¿para qué? –preguntó Crocks estupefacto–. No creo que vaya a comenzar un concurso de tiro de pichón.
Tillizini rió. Había vuelto junto a la lumbre, inclinándose sobre ella y casi tocando las llamas con las manos.
—Si han de creerme ustedes –dijo–, he estado buscando este anuncio durante mucho tiempo –se enderezó, quedándose de espaldas al fuego y con las manos atrás. Entonces preguntó de pronto–: ¿Cómo se las va a componer la Mano Roja para distribuir los gérmenes de la plaga? ¿Se les ha ocurrido a ustedes? ¿Cómo pueden, sin peligro para ellos mismos, esparcir la semilla de la Muerte Funesta?
—¡Alabado sea Dios! –dijo Hilary, al darse instantáneamente cuenta del significado de aquella jugada.
—Mañana por la mañana –continuó Tillizini–, si la contestación del primer ministro es desfavorable, soltarán esos miles de pichones y soltarán también, en forma fácilmente transportable, cantidad suficiente de cultivos para sembrar la muerte en todos aquellos lugares sobre los cuales se posen los pichones. Cosa lógica, siendo aves viejas, tenderán el vuelo directamente hacia los hogares que abandonaron. Es muy ingenioso. Claro que, valiéndose del correo, hubieran podido hacer lo mismo, pero esto tiene sus quiebras. El procedimiento que utilizan ahora ha de ser idea de Festini. Esta tarde he detenido a un hombre que estaba retirando esas aves.
Es indiscutible que se trata de uno de los de la Mano Roja, aunque protesta contra tal acusación.
—¿Qué es lo que piensa hacer?
–preguntó Hilary–. Sería preferible –que viese usted al primer ministro en seguida.
Se abrió la puerta y entró un joven precipitadamente.
—¿Está aquí el profesor Tillizini? –inquirió.
Hilary señaló al detective.
—¿Quiere usted venir inmediatamente, profesor?
El primer ministro desea que se persone en el salón de sesiones de la Cámara para exponer la situación, con toda exactitud, a los honorables miembros de aquélla.
Tillizini hizo un gesto afirmativo.
Siguió a su acompañante a lo largo del amplio corredor, cruzando el vestíbulo y pasando a través de dos puertas giratorias. A poco, encontróse ante una vasta Cámara; le dió la impresión de estar pobremente alumbrada.
A cada lado vió, una tras otra, varias filas de rostros que surgían en grupos de tres. En uno de los extremos, detrás de una mesa coronada por una maza de oro, se sentaba en un sillón endoselado un personaje de toga y peluca. Próximo a la mesa, y a su izquierda, un hombre se levantó para hablar con el presidente. Tillizini no pudo oír lo que decía. Un momento después, el personaje grave de toga y peluca le invitó a que se adelantase.
Tillizini había oído algo respecto al carácter augusto de esta Asamblea; sabía, porque era ésa su misión, con cuánto celo cerraba sus puertas a todo extranjero no elegido, y experimentó una sensación verdaderamente irreal cuando, cruzando los escaños de la Cámara, se dirigió, invitado por las señas que con el dedo le hacía el primer ministro, a ocupar un puesto en el banco presidencial.
La Cámara estaba en silencio. Fué acogido con un murmullo de salutación, que se desvaneció a poco. Tenía un aspecto raro, cubierta aún la cara por el fino polvo de la carretera, sin afeitar, con gesto torvo.

Sentóse en el almohadillado banco, junto al primer ministro, y miró con curiosidad a la madre de todos los parlamentos.
En medio de un silencio sepulcral, el primer ministro se levantó, dirigiéndose al presidente.
—Señor presidente –dijo–, es de mi competencia, si así lo hubiese querido, haberos rogado dejaseis vacante vuestro sillón presidencial para que la propia Cámara se constituyese en Comité. De esta forma, hubiésemos tenido amplios poderes, siendo uno de ellos nuestro derecho a convocar a cualquier extranjero para deponer ante nosotros.
"Pero el tiempo apremia de tal forma, y los acontecimientos son tan serios, que os hemos rogado ordenéis, con carácter de disposición extraordinaria, que al profesor Tillizini le sea permitido dirigirse a la Cámara desde ese puesto.
El primer ministro se sentó, y el hombre de barba que ocupaba el sillón presidencial miró a Tillizini, haciendo nuevamente un gesto de aprobación. De momento, el profesor no comprendió lo que aquello significaba; entonces, una palabra dicha al oído por el primer ministro, que estaba junto a él, le hizo ponerse en pie, un poco desconcertado y con algo de azoramiento.
Habló indeciso, parándose a cada palabra, y dando las gracias a la Cámara por su indulgencia y por el señalado privilegio que le otorgaba.
—El primer ministro –continuó– me ha pedido os haga una breve exposición de la historia de la Mano Roja.
Cree, y yo con él, que debéis tener pleno conocimiento de un solo acto, el cual la Mano Roja ha amenazado con llevar a cabo.
En cinco minutos relató la historia de la organización: Su origen en la famosa Sociedad Tres Dedos, de Sicilia; habló con brevedad de los crímenes cometidos, lo mismo en el Continente que en América, ya que conocía todos los detalles al dedillo y él mismo habíase encargado de desenmarañar los misterios que rodearon la labor de esos hombres.
—Ignoro –dijo– qué planes tiene este Parlamento para librar al país de una fuerza tan terrible y peligrosa. Ningún plan –hablaba seriamente, con énfasis y acompañando su discurso de ademanes peculiares– sobre el que lleguéis a decidiros puede ser de resultados prácticos si no lleva aparejado algún procedimiento de exterminación física. Quizá no hablo lo suficientemente claro –dijo súbitamente–, aunque conozco muy a fondo vuestro idioma –colocando un dedo sobre la palma de la mano le dió importancia a su aserto–. Estos hombres van a acabar con vosotros y con vuestra benignidad. Creedme, no tendrán el menor remordimiento; la plaga será esparcida por toda Inglaterra, –a menos que dentro de pocas horas hayáis adoptado las medidas más enérgicas. No existe en El Reglamento ninguna ley que prevea una situación como la que atravesamos. Habéis de crear un nuevo sistema para salir al encuentro de un crimen nuevo y, señor presidente, cualquiera que sea la actitud de esta Cámara, cualesquiera que sean las medidas que adopte, por espantosa que pueda parecer la forma del castigo que, en su sabiduría, pueda ocurrírseles, nunca será todo lo suficientemente drástico y severo para contender con ese modelo de organización criminal representado por la Mano Roja.
Yo puedo, si quiero –dijo sonriendo–, detener a cincuenta miembros de la Mano Roja esta misma noche. Podría, con un poquito de cuidado, conseguir asesinar a Festini.
Hablaba como el que trata de una cosa natural, y por toda la Cámara cruzó un ligero escalofrío. Se dió cuenta de esa sensación indefinible que experimentaban los demás.
—¿No os agrada la palabra? –exclamó sonriendo–. Ni a mí tampoco. La he empleado por creer que, desde vuestro punto de vista, se ajustaría más a los hechos. Por lo que a mí respecta, algunas supresiones están justificadas. Hay que enfrentar la astucia con la astucia, el crimen con el crimen.
La ley no prevé en forma adecuada todos los delitos modernos; ni la misma ley inglesa. La ciencia ha producido un nuevo tipo de criminal, pero los modernos Parlamentos del mundo

no han vislumbrado todavía una nueva clase de castigo. El Código penal necesita hoy revisiones contundentes, al igual que las llevadas a cabo cuando borró de su Reglamento aquellas espantosas y vengativas penas que se imponían a los ladrones de rebaños.
Continuó relatando, respecto a sus últimos descubrimientos, solamente aquello que juzgaba oportuno comunicar a la Cámara. Nunca pudo sustraerse a su desconfianza para con las multitudes. La Cámara de los Comunes, con sus filas apretadas de miembros, era para él, a pesar de todo, una muchedumbre entre la que podía haber –¿cómo iba a saberlo?– un hombre que revelase sus planes al enemigo.
La Cámara quedóse atónita cuando refirió lo de los pichones.
—Tengo entendido –dijo–, que tenéis en estudio un decreto; las cláusulas del mismo me han sido dadas a conocer en síntesis, y yo os digo, señor presidente y miembros de la Cámara, que en el cuerpo del mismo no hay disposición alguna que no esté justificada por las circunstancias. En un plazo de siete días –dijo con solemnidad– este país se verá azotado por la forma más maligna de una enfermedad epidémica, como no hay precedente en la historia contemporánea. Los horrores de la gran plaga de Londres se multiplicarán, los puertos de todos los países extranjeros serán cerrados a vuestro comercio; se apartarán de vosotros hasta los barcos que surcan los mares llevando grano a bordo.
“Os encontraréis frente a frente no sólo con la muerte en su más terrible aspecto, sino con la miseria, la anarquía, la guerra civil quizá. Y ahora, sabiendo esto, yo os digo que seríais perjuros a vuestras gloriosas tradiciones si pagaseis un solo penique a esa confederación infame.
Sentóse en medio de un murmullo de aprobación. A los pocos instantes habíase retirado por detrás del sillón presidencial y se encontraba en el salón del primer ministro. Un momento después penetró, el hombre de Estado.
—El decreto se aprobará esta noche –dijo–. Los lores están reunidos y espero obtener el beneplácito a primeras horas de la mañana. ¿Quiere usted descansar esta noche, profesor?
Tillizini movió la cabeza.
—Esta noche no hay reposo para mí –dijo.
Miró al reloj. Las manecillas señalaban las doce menos cuarto. Un criado trajo una bandeja con una taza de café. Después que se hubo retirado, el primer ministro preguntó
—¿Está usted satisfecho de las medidas que hemos adoptado?
Tillizini asintió.
—Sí, creo que el número de ellas será suficiente.
—Hemos enviado esta noche por carretera a nuestras brigadas de Infantería. La Caballería y la Artillería ya han salido de Colchester.
—¿Y los destroyers? –preguntó Tillizini.
—Zarparon de Chatham esta tarde, a la puesta del sol, con orden de remontar el río a marcha moderada.
Tillizini asintió nuevamente.
—Uno de ellos le espera a usted en Tilbury –dijo el primer ministro–; esto se ha dispuesto de acuerdo con sus deseos.
Unos minutos después Tillizini subió a su coche. Se envolvió en su amplio abrigo, y el magnífico Mercedes atravesó silenciosamente el portillo de guardia, cruzó por entre la muchedumbre que estaba apiñada en Whitehall y fué a salir a Trafalgar Square, girando a la derecha, a lo largo del Strand. Para dar paso a un carromato de los que se utilizan en los mercados y que había surgido de la calle que conduce a Waterloo Bridge, disminuyó la marcha, y al hacer esto, un hombre salió precipitadamente de la acera, saltando al estribo del coche.
Era un individuo de mediana edad, pobremente vestido y al parecer italiano, puesto que fué en este idioma en el que dijo: ?”Signor” Tillizini?

—Sí– contestó el aludido, en el mismo idioma.
El sujeto no contestó. Levantó la mano con una sacudida violenta. Antes que su dedo hubiese apretado el gatillo, la mano de Tillizini ya había cogido la pistola por el guardamonte del disparador. Levantóse apenas, y con un rápido balanceo del cuerpo, lo mismo que el que realizan los atletas, metió al hombre en el coche. Todo sucedió en un segundo. Antes que los transeúntes y los desocupados que estaban en las aceras pudiesen darse cuenta de lo acaecido, aquel sujeto estaba ya en el auto, la pistola en el bolsillo de Tillizini y el pie del detective italiano apretaba ligeramente, pero en forma muy significativa, la garganta del otro.
—Estate muy quieto –dijo Tillizini inclinándose–. Levanta las manos así.
El hombre obedeció, lanzando una exclamación de dolor; en aquel momento, algo duro y frío le agarró las muñecas.
—Ahora, puedes sentarte –dijo Tillizini.
Violentamente le puso en pie, lanzándole contra un asiento del rincón.
Del bolsillo interior del pecho sacó una lamparilla eléctrica, iluminando el rostro del individuo.
—¡Ah, sí! –exclamó Tillizini, riendo ligeramente–. Creo haberte visto antes.
Lo reconoció como a uno de los muchos centenares de agentes de que disponía la Mano Roja.
–¿Qué va usted, a hacer conmigo?
–preguntó el hombre, tétricamente.
–Eso ya te lo diré después –contestó el otro.
En la carretera del muelle de East India paró el coche, junto a un puesto de Policía, y Tillizini sacó al prisionero como si fuese un fardo. El inspector casi iba a darse por ofendido ante aquel espectáculo de un señor extranjero, de aspecto extravagante, arrastrando hasta la Comisaría a un compatriota esposado. Pero con una sola palabra pronunciada por Tillizini, tornóse en extremo complaciente.
—Registradle –dijo Tillizini.
Abrió las esposas, que eran suyas, y dos alguaciles, con la sistemática pericia que les daba la experiencia, practicaron un rápido y detenido examen de los bienes del individuo. Parecía, según observó Tillizini, que iba bien provisto de dinero; no llevaba documento alguno. Un lápiz, dos sellos y algunos impresos de telegramas en blanco constituían, en suma, toda su hacienda.
Tillizini llevó los impresos de telegramas al escritorio del inspector, examinándolos cuidadosamente. No figuraba ni texto ni dirección, pero pudo observar que encima de uno de ellos había sido redactado con lápiz otro mensaje. Se lo aproximó a los ojos, pero no le fué posible descifrar nada.
Sacó del bolsillo un lápiz blanco y ligeramente lo restregó sobre los trazos. Gradualmente fueron apareciendo unas palabras. La dirección no podía entenderse, pero se comprendía que fué escrita sobre una superficie dura. Se leían dos palabras en italiano, y Tillizini tuvo escasa dificultad para hallar su significado.
“Lisa, marcha”, leyó.
Miró al individuo.
—¿Quién es Lisa? –pero antes que el prisionero moviese la cabeza en un gesto de ignorancia, Tillizini ya lo sabía, y balbució una exclamación que se le vino a los labios.
Vera había regresado junto a su amante de otros tiempos. A fe que en esto había alguna complicación.

Capítulo Xvii

Marjorie cruza el pantano

Marjorie se había retirado aquella noche a las once. Hizo caso omiso de su pretensión de atrancar la puerta contra los intrusos, ya que de sus esfuerzos para construirse allí dentro una especie de barricada se había quejado la italiana, y, por otra parte, fueron tan infructuosos, que convertían aquel intento en una pérdida de tiempo y de energía.
La casa blasonaba de tener un solo piso, el primero, y la planta baja; su habitación estaba situada en el piso superior, en la parte trasera del edificio. Fué elegida, en primer término, porque era, sin duda alguna, la más habitable de las estancias de que alardeaba aquella destartalada vivienda, y, en segundo lugar, porque, dada su orientación, podía ver muy poco o casi nada de los movimientos de aquellos miembros de la Mano Roja que estaban entregados a la nefanda labor de preparar los cultivos.
La noche era de una claridad desusada y cuando, después de media hora de insomnio, se levantó para escapar a tantas ideas como la asaltaban, instintivamente dirigióse hacia la única comunicación que con el mundo exterior ofrecía la estancia. Posó los brazos sobre el antepecho de la ventana, ya pasado de moda, y miró con avidez a los puntitos de luz que centelleaban sobre el río.
Ningún ruido quebraba la quietud de la noche; la casa estaba envuelta en el silencio. De cuando en cuando, desde la lejanía, llegaba hasta ella el eco de alguna sirena del río. Permaneció así algún tiempo, hasta que un escalofrío vino a cerciorarla de que la noche no tenía nada de calurosa.
Festini y sus criados le habían proporcionado una capa negra que le llegaba hasta los pies.
La descolgó, de la percha que había en la pared y envolvióse en ella. Estaba aún abrochándose el cuello, cuando un golpe seco y metálico dado en la ventana la hizo volverse rápidamente.
El corazón le latía apresuradamente, y permaneció quieta, observando.
Aguardó cerca de un minuto, y el golpecito volvió a repetirse. Parecía como si estuviese alguien junto a la ventana. Allí no podía haber nadie, díjose a sí misma. Cautelosamente se dirigió hacia la ventana, abriéndola.
Los barrotes habían sidos colocados de tal forma, que casi estaban a ras del muro de ladrillo. Le era, por tanto, imposible asomarse para ver lo que sucedía abajo.
Aguardó un poco más y percibió un silbido. Retrocedió, sin saber por qué, pero le parecía que el desconocido le hacía alguna advertencia. De pronto un objeto cayó en el suelo, junto a sus pies.
Agachóse, recorriendo con la mano toda la parte de entarimado que no estaba cubierta por la alfombra y, transcurrido un momento, encontró lo que buscaba. Era una piedrecita, hasta la que llegó cogiendo previamente un pequeño trozo de bramante, y tirando de él poco a poco hizo subir hasta la ventana un cordón más recio.
Comprendió lo que aquello significaba. Rápidamente lo metió en la habitación. Uno de los extremos pesaba mucho y, en seguida, apareció el último de los trozos, una cuerda gruesa de cáñamo, fuertemente trenzada, que alguien que estaba abajo tenía asida con solícito tesón.
Temblándole las manos de la emoción, ató un cabo a uno de los barrotes de la ventana, notando cómo el individuo que había fuera probaba su resistencia. Él daba varios tirones, mientras la joven miraba con ansiedad a los nudos que había hecho con su impericia de novata en estos menesteres.
Con gran contento, pudo ver que no se desataban.

La cuerda volvió a atirantarse. La tensión era uniforme. Marjorie no percibía ruido alguno, pero con rapidez inusitada un hombre calvo apareció en la parte superior del antepecho.
Logró afianzar uno de los barrotes y vino a quedarse tranquilamente sentado sobre un saliente.
—No haga ruido –balbució. Comenzó a trabajar metódicamente. Los barrotes habían sido atornillados a un rectángulo de madera colocado en el marco de la ventana, el que a su vez estaba afianzado y ensamblado a la pared de ladrillo.
Ella no podía verle la cara, y hablaba tan bajo, que no le era posible reconocerle por la voz; pero se trataba de Tillizini, Marjorie estaba segura. No perdió tiempo. Una lamparilla eléctrica le reveló el procedimiento empleado para sujetar los barrotes. Habían sido atornillados por la parte exterior, lo que ofrecía bastante seguridad tratándose de la joven que estaba en la habitación, pero no suponía obstáculo alguno para un hombre que, desde fuera, se hallase provisto de un destornillador.
Tillizini trabajaba febrilmente.
Colgado de uno de los barrotes y metiendo por entre los restantes una de sus delgadas piernas hasta dentro mismo de la habitación, en diez minutos echó abajo aquéllos.
Se los entregó a la joven, quien con mucho tiento los puso encima de la cama.
Penetró rápidamente en la estancia, volvió a sujetar la cuerda a uno de los barrotes y ató uno de los extremos al talle de la muchacha, ayudándola a salir por la ventana.
—Quédese abajo hasta que llegue yo –dijo.
No tuvo que esperar mucho; estaba aún desatándose el nudo que la rodeaba el talle, cuando Tillizini descendía ya por la cuerda.
—Espere –balbució. Se perdió en la oscuridad en dirección al cobertizo. Amontonadas a lo largo de éste había varias canastas, todas de la misma forma. Pasó junto a ellas velozmente y fué desatando las compuertas delanteras. Pronto sería de día, y en cuanto comenzase a alborear los pichones emprenderían el vuelo hacia el hogar. Volvió a donde estaba la muchacha.
—Camine muy despacio –dijo en voz baja. Sígame.
Se agacharon y, casi arrastrándose, cruzaron el vasto cercado, cuyos linderos aun podían descubrirse. Ganaron el pantano que separa a aquéllos del río.
Tillizini no parecía haber prescindido de sus precauciones, y la muchacha, llena de dolores y de calambres, motivados por aquellos esfuerzos a los que no estaba acostumbrada, trataba de descifrar por qué él seguía caminando a gatas, cuando, al parecer, todo peligro había pasado.
El terreno era pantanoso; a cada paso Marjorie se hundía en el fango hasta los tobillos; respiraba con dificultad y se quejaba de un dolor insoportable y penetrante en la espalda.
Sintió que no podía seguir adelante; le parecía que había estado andando durante horas enteras, cruzando varias millas de campo, cuando, en realidad, no se había apartado de la casa ni doscientos metros. Tillizini se detuvo y la hizo que se adelantara.
—Quédese aquí –balbució.
Aunque la superficie del pantano era aparentemente plana, a intervalos espaciosos, al azar, había pequeños montículos y elevaciones del terreno, y en dirección a uno de los primeros fuése Tillizini furtivamente.
Marjorie creyó ver la silueta de un hombre sentado sobre uno de los trechos desecados del pantano; pero la fantasía forja cosas muy singulares cuando la noche es oscura y sin estrellas, y cuando después de aquel arrastrarse interminable, el corazón le había saltado infinidad de veces creyéndose ante formas imaginarias que hubiesen querido disputar su huída.

El hombre del montículo no era, sin embargo, una ficción de su fantasía; estaba sentado, con las piernas cruzadas como un sastre, con un gran felpudo de piel de oveja, que le cubría la espalda, y un revólver de cañón largo sobre las rodillas.
El servicio de avanzada en aquel sector había correspondido a Gregorio, el sujeto de rostro agrio que desató la furia de Festini al comenzar el día.
La Mano Roja había establecido el procedimiento de los centinelas para evitar toda sorpresa, y desde su puesto, Gregorio podía fácilmente divisar a cualquiera que, siguiendo el curso del río, tratase de acercarse a la casa.
Estaba bien despabilado y alerta, con el dedo en el gatillo de su revólver.
Todo esto Tillizini, más que saberlo, lo presumía. Le constaba que cualquier acto de violencia, a menos que fuese por sorpresa y mortal originaría una alarma. La audacia era lo único posible. Levantóse y, enderezándose, cruzó, dando trompicones, el terreno cenagoso.
Gregorio le oyó y de un salto se puso en pie.
–¿Quién va? –preguntó en voz baja.
–Soy yo, hermano –contestó en italiano Tillizini.
Bostezó.
–¿Ocurre algo desagradable? –inquirió Gregorio, tratando de descubrir en la oscuridad al recién llegado.
La contestación de Tillizini fué volver a bostezar ruidosamente y con gran maestría, como aquel que de pronto ha sido despertado de su tranquilo sueño, teniendo que obedecer de mala gana a una llamada.
Su bostezo llegó hasta el centinela, del que le separaban unos seis pasos.
Gregorio no receló lo más mínimo.
Automáticamente retiró el dedo del gatillo, asiendo por la culata el revólver, que le pendía libremente de un costado.
—¿Qué m...? –volvió a exclamar.
Entonces, recto como la flecha de una ballesta, Tillizini se lanzó el cuello del otro. Con la mano izquierda hizo presa en el revólver, arrebatándoselo. Lo tenía cogido por el cuello, y ambos rodaron por tierra.
Una exclamación de socorro del centinela quedósele a éste estrangulada en la garganta.
Marjorie, a unos diez metros de distancia, estaba hincada de rodillas sobre la superficie fría del pantano, con las manos juntas y la boca abierta; oía el jadear de la lucha y oyó también un grito apagado, y después...
silencio.
Un segundo después, Tillizini volvió a su encuentro.
—Puede usted levantarse –dijo con suavidad–. Ya no es preciso seguir escondiéndose.
Le ofrecía su brazo, y cuidó solícitamente durante el resto de la jornada de la joven, que estaba medio desfallecida.
En la orilla encontró la pequeña canoa canadiense que le había servido para cruzar el río, y ayudó a la muchacha a que subiese a ella, haciéndolo él después. Cogiendo los remos, con dos sacudidas de los mismos hizo que el frágil barquichuelo remontase la corriente.

Capítulo Xviii

La mujer

Festini, completamente desconcertado, tenía la vista fija en la ventana.

Vió la cuerda, aun oscilante, y comprendió el terrible peligro en que se encontraba.
La muchacha había sido rescatada desde el exterior; vió los barrotes encima de la cama, y el trocito de bramante y de cuerda bajo la ventana acabaron de explicárselo todo.
Renegando y enfurecido, abandoné el cuarto.
En un instante despertó a toda la casa.
En las habitaciones de la planta baja dormían una docena de individuos, todos ellos de fiar, pertenecientes a la Mano Roja. Otros doce estaban despiertos, vigilando los caminos.
No pueden haberse alejado mucho –exclamó Festini–. Por vuestras vidas, procurad que sean capturados.
Él mismo, acompañado de un hombre, se dirigió al río, por el que era de suponer habrían escapado. Conocía cada uno de los puestos que ocupaban sus exploradores, y medio corriendo y medio caminando fué a través de aquel engorroso pantano hasta el lugar que tenía designado Gregorio, uno de los más fieles individuos entre los que prestaban servicio. Llegó hasta el pie del montículo y llamó en voz baja.
Gregorio no contestó.
Festini subió corriendo la pendiente poco pronunciada y proyectó su lamparilla sobre un cuerpo postrado en el suelo.
—Vuélvele boca arriba –dijo con calma.
Miró la cara del cadáver y sintióse oprimido por un terrible presentimiento de derrota. Sin decir palabra, dió media vuelta, y a paso lento regresó a la casa.
A cada instante exclamaba.
"¡Tillizini! ¡Tillizini!
¡Tillizini!" Aquello significaba el fin. Lo sabía. Más preocupada tenía su imaginación con una serie de planes que hiciesen memorable el éxito de su obra que con ideas que tuviesen visos de fuga.
El primer ministro había contestado negativamente.
No necesitaba que un mensajero viniese a comunicárselo. Tillizini había descubierto el emplazamiento del laboratorio; eso era evidente. ¿Cómo?
Festini no podía presumirlo; pero la última carta de la Mano Roja aun no se había jugado. En sus manos estaban todavía los gérmenes de la terrible enfermedad. Ellos mismos serían las primeras víctimas y tras sí dejarían una espantosa herencia a la Humanidad.
Se preguntaba cómo el profesor no le había acometido. Quizá a aquella hora, las once, ¿no se habría arrepentido? Festini descartó, sonriendo, esta probabilidad. Conocía demasiado bien la casta para creer que la piedad o cualquier otro sentimiento delicado pudiese ejercer una influencia sobre el antropólogo.
Acordóse entonces de la joven.
Ella lo explicaría todo. El primer cuidado de Tillizini habría sido ponerla en lugar seguro.
Dió orden de que la guardia fuese limitada a un cerco más estrecho próximo a la casa. Dirigióse a la habitación, se registró los bolsillos y encontró en ellos cartas que no deseaba cayesen en poder del enemigo. Las quemó y se sentó a la mesa para escribir un volante. Mediado éste, presentóse "Il Bue".
—Nuestros hombres han encontrado una mujer –dijo.
—¡Una mujer!
Festini, de un salto, se levantó, brillándole los ojos.
—No es su dama, "signor" –dijo el hombre, y a Festini se le cayó el alma a los pies.
—¿Dónde la habéis encontrado?
¿Qué estaba haciendo?
—Venía hacia la casa –dijo "Il Bue".
—Traedla aquí.
A los pocos instantes volvió aquel individuo, introduciendo en la habitación a una mujer.

Festini, apuesto y elegante, con su amplia chaqueta de perfecta hechura y los pies cubiertos por el fango del pantano, permanecía en pie, apoyado sobre la mesa desnuda; una lámpara portátil constituía toda la iluminación de la estancia.
Carecía de mobiliario. Salvo el ligero calor de la lumbre que ardía en el resquebrajado pavimento; por lo demás, la habitación era triste. La humedad había hecho saltar el papel de las paredes; en el cuarto se dejaba sentir un ambiente indefinible de decadencia.
La mujer que estaba a la entrada se dió cuenta de todo esto en el momento de avanzar lentamente hacia él con los ojos fijos en su cara.
—¡Vera! –exclamó él, absorto.
Ella hizo un gesto afirmativo.
—Dile a ese hombre que se marche.
A una señal de Festini, el individuo corpulento retiróse, cerrando la puerta tras sí.
—¿Por qué has venido? ¿Cómo has podido llegar hasta aquí? ¿Cómo sabías que yo estaba en este lugar?
La asediaba a preguntas.
Vera no contestó, despojándose intencionadamente de su magnífico abrigo de pieles.
—He venido –dijo por fin– para estar a tu lado en el gran momento.
Festini frunció el entrecejo.
—¿Qué quieres decir?
—Estás perdido, Festini. Lo supe ayer noche. Sir Ralph ha recibido una información confidencial del Gobierno, en la que le ordena esté presente cuando llegue este fin.
—¿El fin? –repitió–. No comprendo. ¿Cuándo ha de llegar?
—Hoy –contestó ella con firmeza.
—Pero tú, tú –exclamó–, ¿por qué has venido?
Calló un momento, con los ojos fijos en él.
—Te he servido bien –dijo lentamente–. Deja que te sirva hasta el fin.
—Pero es posible que haya peligro para ti.
—Lo habrá –dijo.
—Yo no puedo permitir esto. Vuelve con los tuyos. Déjame decidir esto solo.
Movió la cabeza sonriendo.
—Esto lo decidiremos juntos, Festini. He venido para quedarme Te han seguido el rastro.
—¿Tillizini? –preguntó él, sin afectarse.
Ella asintió.
—Vió tu coche en la ciudad, sospechó de ti y sujetó una tira de goma a la rueda. Tira que tenía una señal especial. No supe esto hasta anoche.
Por todo el país ha estado la Policía escudriñando las carreteras para descubrir las huellas del coche, Tillizini ha hecho lo demás.
—Comprendo. ¿Y qué ocurre ahora?
—El lugar está cercado. –dijo Vera.
—¿Cercado?
No levantó la voz. Al parecer, esto no le alarmaba. Hizo la pregunta ávidamente. A juicio de ella, este interés por el procedimiento que habían empleado para cazarle era mayor que el miedo a las consecuencias.
Ella se lo llevó hasta la ventana de la habitación que estaba al lado opuesto de la casa en que Marjorie fué confinada, y desde allí podía divisarse, sin obstáculo alguno que lo impidiese, una extensión de seis o siete millas. Desaparecida la neblina, hacía una noche serena y tranquila. Fácilmente podían distinguirse las bajas colinas del horizonte.
Festini vió desparramadas varias luces que le eran familiares. Eran las de una aldea, a unas dos millas de distancia, y, a intervalos, un destello oscilante le indicaba el emplazamiento de la carretera.

Observaron en silencio. De pronto, vieron una luz desconocida. Era más blanca que las otras. Lanzaba tres destellos y se apagaba. Volvía a brillar con intermitencias no uniformes y seguía oscilando como si fuese una bujía azotada por el viento.
—Comprendo –dijo Festini–. Es una lámpara de señales. ¿Hay soldados por ahí?
Ella asintió.
—Sólo a este lado hay doce regimientos –dijo.
—¿Infantería? –preguntó él
—Sí –contestó Vera–, y Caballería, y he visto cañones procedentes de Witham.
—¿Y en la orilla? –preguntó Festini.
—Creo hay algunos barcos torpederos. Llegaron anoche de Chatham.
Festini dirigióse al otro lado de la casa, pero no pudo ver nada. Volvió a su cuarto para coger unos gemelos, y durante un buen rato estuvo escudriñando el río.
Por fin, pudo distinguir los cascos achatados de los destroyers anclados en medio de la corriente, y con las luces apagadas, sin dar señales de vida.
Movió la cabeza pausadamente,
—Comprendo –dijo por segunda vez–.
Vente conmigo.
Cariñosamente posó su mano sobre el hombro de Vera, que se estremeció al solo contacto de aquélla.
No había preguntado nada acerca de Marjorie, pero en aquel momento pensó hacerlo. Él lo adivinó antes que ella hablase.
—La muchacha se ha marchado –dijo–. Tillizini la libertó hará una media hora escasa; también dejó en libertad algunos pichones –exclamó sonriendo tranquilamente.
Le explicó todo lo sucedido.
—Yo creo que es mejor –dijo Vera, con solemnidad.
En su alma no abrigaba el menor resentimiento contra su traición, y él, por su parte, no juzgó necesario dar explicaciones de lo que había hecho ni demostrar su contrariedad.
Aquellos dos tenían muchas facetas semejantes, como él había podido darse cuenta en todo momento. Aceptaban las cosas como venían.
—Supongo –dijo, una vez que se hubo sentado junto a la mesa, con la cabeza entre las manos, sumido en sus pensamientos– que no hay que pensar en rendirse.
Vera movió la cabeza.
—No admitirán ninguna rendición –dijo–. Han venido para exterminarte.
No se atreven a cogerte por temor a que disemines la plaga.
—Son muy inteligentes –exclamó–; pero, sin embargo, creo... Se mordió los nudillos, reflexionando.
—Quizá... –comenzó de nuevo, y se encogió de hombros.
Con paso firme se dirigió hacia la puerta y llamó a “Il Bue”. Con pocas palabras despejó la situación.
—Saca los fusiles de la cueva –dijo– y provee de municiones a los hombres. Vamos a batirnos; pero te digo que no hay posibilidad de escapar. Lo menos que podemos hacer es dejar detrás de nosotros un pequeño recuerdo de nuestro celo y buena fe.
Cuando el individuo se hubo marchado, volvióse hacia Vera.
—Querida –dijo gentilmente–, debes regresar.
—He venido para quedarme –dijo–.
No anhelo otro fin mejor que éste.
Él se quedó mirándola atentamente, con ternura. Tomó su cara entre sus manos y la besó en los labios.
—Como quieras –dijo–. Nada podrá infundirme tantos ánimos como el tenerte a mi lado.

La besó otra vez, y ella posó la cabeza sobre su hombro, rodeándole el cuello con los brazos.
Era dichosa. Por muchos gustos que la vida le hubiese brindado, ninguno podía compararse con éste.
“ “ “

Una hora antes del alba, Festini se separó de la mujer que tanto había arriesgado por él, y se fué de ronda.
En el puesto que ocupaba Gregorio fué colocado un nuevo centinela. Al regresar Festini, cuando atravesaba una habitación que servía de despacho, y donde se reunían todos los de la banda, el sonido de un timbre le hizo detenerse. Retrocedió.
La casa tenía teléfono; pero una hora antes de la llegada de Tillizini, aun cuando Festini lo ignoraba, todos los hilos habían sido cortados. Se dirigió al aparato, descolgando el auricular. ¿Sería posible que por alguna feliz casualidad no hubiesen visto el hilo conductor y pudiese comunicar con los agentes de la Mano Roja en Londres? Esto no se le había ocurrido antes; pero a la primera palabra que oyó contrajo los labios con una sonrisa irónica.
—¿Es usted Festini? –dijo la voz.
—Sí –respondió el conde–. Mi amigo Tillizini, supongo.
—El mismo –contestó la voz, con calma– ¿No tiene usted nada que decirme?
Festini inclinó la cabeza. Durante un buen rato guardó silencio.
—No tengo nada que decir –exclamó–. Usted ha ganado y yo he perdido; ello es tan evidente, que no necesita muchas explicaciones.
—¿Nada más? preguntó la voz.
Festini creyó descubrir una entonación de tristeza.
—Nada más –contestó resueltamente–. ¿Qué puedo decir, excepto que pierdo con el ánimo sereno? Después de todo, tantas veces he expuesto mi credo respecto a temas tan triviales como la vida y la muerte, que aun ahora, al enfrentarme con el momento más crítico de mi existencia, no puedo encontrar idea más reconfortante que la que el propio credo me brinda.
Oyó cómo Tillizini lanzaba una pequeña carcajada; vulgar, jocosa; pero, sin embargo, desesperante.
—¡Siempre el mismo, Festini!
¡Siempre el mismo!
—¿Qué más? –preguntó el conde–.
No esperaría que me retractase o que le ofreciese condiciones. Haciendo esto, me hubiera usted despreciado tanto como yo a usted, caso de que me hubiese ofrecido un medio para escapar. Supongo –continuó– que habla desde un lugar seguro.
—Hablo desde uno de los destroyers –dijo el otro–. Hemos tomado una derivación de su hilo.
—El que me figuro estará cortado –dijo Festini, impasible.
—Está cortado –repitió el otro–.
¿Qué me dice usted de Vera? preguntó de pronto Tillizini.
—Prefiero no hablar de eso –contestó Festini con cierta altanería.
—¿Está con usted?
—Sí, está aquí –contestó Festini después de un instante de vacilación–.
Siendo justo conmigo mismo, debo decir que he tratado de convencerla para que regrese. Yo puedo conducirla fuera de estas lindes sin la menor dificultad.
—¿Y se niega?
—Sí, se niega –dijo Festini–. Y creo que es mejor..

Estaba en pie, con el codo apoyado en la pared y las piernas cruzadas.
Cualquiera que no estuviese en el secreto, hubiera creído que sostenía una conversación vulgar y sin importancia, que, si bien versaba sobre un tema no común, no tenía más consecuencias que las corrientes.
Se hizo otra vez el silencio, que rompió Festini.
—Con toda su filosofía, Tillizini –dijo–, y le concedo a usted un vasto y profundo conocimiento de las cuestiones humanas, ¿se le ha ocurrido pensar qué cosa tan admirable es una mujer? Eche usted a un lado las pasiones y locuras de la vida y descienda hasta aquello que, siendo útil y esencial, forma parte de la existencia. ¿Hay algo tan adicto, tan indulgente, de una pureza tan noble? Creo –oyó cómo Tillizini reía con una risa franca, alegre, gozosa–, creo que todas las preocupaciones, todas las intrigas y todas las violencias de mi vida, todos los crímenes, como usted quiera llamarlos; todos los anhelos y desengaños, bien valen esto; aquí está mi recompensa, quizá más tangible y hermosa que los diez millones que le he pedido al Gobierno. A propósito: supongo que ahora ya le habrán admitido en su seno –añadió en tono burlesco.
—Bien vale la pena –dijo Tillizini.
—Lo vale todo –respondió Festini, vibrándole la voz–. Sin esto; la filosofía es inútil y la vida se ha malgastado.
Hubo otra pausa prolongada.
—¿No tiene nada más que decir?
–preguntó Tillizini.
—Nada –contestó Festini– Nada más que cuanto he dicho. ¿No es suficiente? preguntó–. ¡Vaya un insaciable, Tillizini! –le dijo en tono de chanza–. ¿Qué desea usted?... ¿Un arrepentimiento acompañado de lágrimas? ¿Una solicitud pidiendo clemencia? ¿El perdón de su majestad? –volvió a reír–. No podía usted esperar una cosa semejante, amigo mío.
—No, no lo esperaba –respondió la voz de Tillizini–. A ciencia cierta, no sé lo que esperaba. Creo que hemos terminado.
—Entonces, “au revoir” –dijo Festini.
Hubo ahora una pausa tan larga, que Festini creyó que su comunicante había colgado el auricular.
Ya iba él a hacer lo propio, cuando la voz de Tillizini resonó de nuevo:
—¡Y “bon voyage!” –dijo.
Festini rió, y los dos auriculares quedaron colgados al mismo tiempo.

Capítulo Xix

La ejecución del decreto

En Essex amaneció el día gris.
Sir Ralph Morte–Mannery, envuelto en pieles y dormitando en su coche, fué despertado por la llegada de un tazón de café.
Un joven oficial, abrigado hasta las orejas, tenía abierta la puerta del auto, y sonriendo se lo había ofrecido a su ocupante.
Lamento que sea tan poca cosa, Sir Ralph –dijo; pero es lo único que podemos ofrecerle.
—¿Es ya la hora? –preguntó Sir Ralph.
—Aproximadamente –respondió el otro.

Sir Ralph sorbió el café, y entregando el tazón al asistente que aguardaba, saltó del coche a la carretera.
A derecha e izquierda vió las tropas con armas –soldados de Infantería con uniforme caqui–, formados en varias filas. Detrás, en una elevación del terreno, enganchaban a los armones los caballos de una batería de campaña. En el centro del río estaban anclados los pequeños pero formidables destroyers, separados unos de otros a una distancia de un cable(1), y la corriente les hacía balancearse.
Dos oficiales de Caballería se aproximaron, a galope corto, al lugar donde estaba el caballero.
Uno de ellos le saludó
—Buenos días, Sir Ralph; sus señorías aguardan.
Echó pie a tierra, y entregando el caballo a un soldado, los dos hombres caminaron juntos por la carretera Llegaron hasta la fila de soldados que estaban junto a la casa. En el centro del camino había sido colocada una mesa larga, cubierta con una bayeta verde y rodeada de

(1) Medida longitudinal que equivale a un décimo de milla náutica.
(N. del T.) una colección de sillas heterogéneas pedidas al pueblo próximo.
Un caballero, con sombrero de copa y gabán de pieles caminaba de un lado para otro, cuando llegó Sir Ralph.
Volviéndose, se descubrió.
—Sir Ralph Morte–Mannery –dijo con solemnidad–, estoy comisionado por el Gobierno para haceros entrega de un decreto aprobado anoche por la Cámara de los Comunes, y que ha merecido el beneplácito a primeras horas de esta mañana.
Le entregó el documento a Sir Ralph, quien lo cogió al tiempo que hacía una ligera inclinación.
—Verá usted que se le nombra comisario para llevar a cabo lo dispuesto en este decreto.
Sir Ralph abrió el sobre y sacó cuatro hojas de papel impresas en caracteres muy pequeños. El título era: “Decreto de Defensa de la Ley.” Leyó el preámbulo. Era un decreto que se había promulgado en atención al peligro que amenazaba a Inglaterra.
Llegó al apartado que definía los deberes del comisario, y se impuso de su contenido. Entonces se puso en pie, junto a la mesa, y cuatro individuos ocuparon sus puestos, colocándose dos a cada lado.
Sir Ralph quitóse el sombrero, dando frente a la lóbrega casa..
Leyó el documento que tenía en la mano con voz un poco chillona y temblorosa.
Frank Gallinford, un poco apartado con Tillizini, observaba aquel cuadro extraordinario, ávido de interés. Le oprimía la idea de la tragedia de que estaban rodeados aquellos momentos.
Oyó cómo temblaba la voz del caballero al leer la escueta sentencia:

“...Por cuanto Yo, Sir Ralph Morte–Mannery, comisario de Su Majestad, nombrado por este decreto, declaro que todas las personas que en la actualidad habitan y permanecen en el lugar conocido por el Muelle Falley, en el Condado de Essex, son personas al margen de la ley, y, Por Tanto, las califico como reos de un crimen, el cual, según se especifica en este decreto, lleva aparejada la pena de muerte; por lo que Yo, en uso del poder y autoridad que me han sido otorgados, hago recaer sobre ellos, junta y separadamente, la sentencia que la ley exige: que se dispare sobre ellos hasta matarlos, y que sus cuerpos sean después quemados.”

Quedóse sin voz. Cuando hubo terminado de leer, algunos pudieron observar un movimiento de sus labios como si musitase una oración.

Entonces, desde la casa, llegó el primer reto de la Mano Roja. Fué un disparo a distancia, y Sir Ralph cayó de bruces sobre la mesa, muerto.
Festini había observado la ceremonia y adivinó su trascendencia. Era un excelente tirador.
Durante veinticinco minutos rugió la batalla. La infantería, haciendo pequeñas salidas para ocultar cualquier abrigo que pudiese brindar el terreno llano, abrió un nutrido tiroteo sobre el cobertizo.
Tres minutos después de haberse iniciado el ataque de la Infantería, la #=:a. Batería de Artillería de campaña entró en acción. Y simultáneamente los destroyers comenzaron a lanzar sus diminutas granadas sobre aquella casa predestinada a la destrucción.
Pero a la Mano Roja le costó perecer. Desde el edificio menudeaban los disparos. La barraca ardía en llamas y parte de la casa había sido barrida, dejando al descubierto su interior destartalado.
De pronto, Frank agarró a Tillizini por el brazo.
—¡Dios mío! –exclamó–. ¡Mire!
En lo alto del tejado surgieron inopinadamente dos siluetas: un hombre y una mujer. El hombre, impasible, observaba el ejército destructor que avanzaba a su encuentro. La mujer, según pudo ver Frank con los gemelos, tenía la mano puesta sobre la espalda de él.
Frank retrocedió, tambaleándose.
—¡Es Vera! –exclamó.
Tillizini hizo un gesto afirmativo.
—Así parece –dijo–. Es una mujer mucho más grande de lo que yo me figuraba.
Ése fué su único comentario.
Allí estaban (un blanco para todos); pero la presencia de la mujer hizo que los soldados que avanzaban bajasen sus fusiles.
Estaban ilesos. Festini alzó la mano en un gesto de desafío. De pronto, inclinóse y cayó al suelo.
La mujer corrió a su lado, cogiéndole y estrechándole contra el pecho.
Lo que las fuerzas de tierra podían ver fácilmente quedaba oculto para las dotaciones de los torpederos.
Súbitamente –y encima mismo de la cabeza de Vera– hizo explosión una granada, y los dos, abrazados el uno contra el otro, desaparecieron al hundirse el techo del edificio, que estaba ardiendo.
Frank volvióse hacia Tillizini.
Tenía el rostro más pálido que de costumbre, con los ojos desencajados y la mirada inmóvil.
El inglés no podía hablar; se secó las sienes, con un pañuelo y, al hacerlo, la mano le temblaba.
—Inglaterra le debe a usted algo, profesor Tillizini –dijo Frank, estupefacto, mirando con asombro a aquel personaje silencioso.
Tillizini no contestó.
Cuando más entrado el día, fatigado y con aspecto de enfermo, presentóse en el domicilio del primer ministro y recibió las felicitaciones a las que aquél juzgaba era acreedor, pudo darse cuenta más cabal del papel que había desempeñado.
—El descubrimiento de la banda.
–dijo el primer ministro, afectuosamente –y la exterminación del hombre más peligroso de Europa se deben por entero a usted, señor Tillizini. Le habéis frustrado todos sus intentos.
Casi parecía –dijo sonriendo– que estabais metido en su cerebro y sabíais de antemano lo que iba a ejecutar.
—Es muy probable –dijo Tillizini, distraídamente–. Conocía bien a Festini y conocía también muy a fondo sus procedimientos. Sé algo de su infancia de sus padres, de su

género de vida. El viejo conde Festini tenía dos hijos; al mayor de ellos, no se sabe por qué, le odiaba; al menor le mimó, echándole a perder. El conde Festini fué siempre un cabecilla en esta clase de organizaciones. Se cuenta que él y sus antepasados habían llevado a cabo una venganza durante doscientos años.
El viejo dió fin a ella aniquilando a los últimos adversarios. No tenía la culpa el hombre que ha muerto hoy –dijo pausadamente– de ser lo que era.
Fué criado y entrenado para esa labor; fué un instrumento espontáneo y dispuesto para la Mano Roja, hasta que, por su genio extraordinario, llegó a ser el jefe.
—¿Y qué fué del hermano mayor?
–preguntó con curiosidad el primer ministro.
–Yo soy el hermano mayor –dijo Tillizini, sonrió algo maliciosamente.
Fin

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar